



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
COLEGIO DE HISTORIA

EL CARNAVAL Y LA SEMANA SANTA EN LA CIUDAD DE MÉXICO DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX. SUS ANTECEDENTES HISPANOS Y NOVOHISPANOS.

TESIS



QUE PARA OBTENER EL TÍTULO DE **LICENCIADA EN HISTORIA**
P R E S E N T A :
ANGELA LILIANA CANABAL MORALES

ASESOR: DRA. MARÍA DEL CARMEN VÁZQUEZ MANTECÓN



CIUDAD DE MÉXICO, 2007



FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS
COORDINACIÓN DE HISTORIA





Universidad Nacional
Autónoma de México



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

EL CARNAVAL Y LA SEMANA SANTA
EN LA CIUDAD DE MÉXICO
DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX.
SUS ANTECEDENTES HISPANOS Y NOVOHISPANOS.



Anónimo, "*Semana Santa*", 1849.

En Antonio García Cubas, *El libro de mis recuerdos*, México, Porrúa, 1996, p. 329.

A mis padres,

Jorge Mario Canabal Torres,

Sara Morales Bernal

A mis abuelos,

Ricardo A. Canabal Aznar

Ángela Torres Belmont

A mis hermanos,

Sara Cecilia

María del Carmen

Jorge Ricardo.

AGRADECIMIENTOS

A mis padres, abuelos, y demás familia por ayudarme y preocuparse por mí y porque este trabajo llegara a buen fin.

A Adriana Guzmán Gallegos, por ser mi amiga y por compartir conmigo los mejores momentos de mi vida.

A Evelyn Venegas Arenas, por formar parte de mi historia dentro de la Facultad de Filosofía y Letras, por su ayuda en toda la carrera, por sus comentarios tan atinados en esta tesis, por resolverme miles de dudas y por su amistad.

A mis hermanos, por resolverme mis dudas en la computadora y por su ayuda en los mapas e imágenes que ilustran este trabajo.

A Nayelli del Sol Vázquez Chavira, también por ser parte de mi historia en la Facultad de Filosofía y Letras, por sus comentarios y por su amistad.

A la Dra. María del Carmen Vázquez Mantecón, mi asesora, por sus valiosos comentarios, por su infinita paciencia, y por su dedicación para que esta tesis llegara a buen término.

A mis sinodales, el Dr. Sergio Ortega, Dr. Enrique Placencia, la Dra. Teresa Lozano y la Dra. Patricia Osante, por sus comentarios e invaluable sugerencias.

A mi querida UNAM, por darme la oportunidad de formar parte de sus aulas.

ÍNDICE GENERAL

AGRADECIMIENTOS	iii
INTRODUCCIÓN	iv
I. EL CARNAVAL	1
<i>Antecedentes paganos</i>	
<i>El Carnaval en España. Siglos XVII-XVIII. El origen de la palabra Carnaval</i>	
<i>El disfraz</i>	
<i>La celebración</i>	
<i>Algunos agravios durante el Carnaval</i>	
<i>Los juegos</i>	
<i>Los bailes de máscaras</i>	
<i>El fin del Carnaval</i>	
<i>El Carnaval en la ciudad de México. Siglos XVII-XVIII</i>	
II. EL CARNAVAL EN LA CIUDAD DE MÉXICO DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX.....	16
<i>Iglesia Vs. Carnaval</i>	
<i>Los preparativos para el Carnaval</i>	
<i>El público carnavalesco</i>	
<i>El anuncio oficial</i>	
<i>Más disposiciones generales para la celebración del Carnaval en la ciudad de México</i>	
<i>El Domingo y Martes de Carnaval</i>	
<i>El paseo de Bucarell</i>	
<i>El ambiente en los bailes de máscaras del teatro de Santa Anna</i>	
<i>El baile de piñata</i>	

III. LA SEMANA SANTA	41
<i>Pasión y Muerte de Jesús de Nazareth</i>	
<i>La celebración de la Semana Santa en España</i>	
<i>La Semana Santa en la ciudad de México durante los siglos XVI-XVIII. El espectáculo extraordinario</i>	
<i>EL Miércoles de Ceniza</i>	
<i>El sentido general de la Cuaresma</i>	
<i>El Viernes de Dolores y el altar a la Virgen</i>	
IV. LA CUARESMA Y LA SEMANA SANTA EN LA CIUDAD DE MÉXICO	
(1821-1855)	81
"Recuerda que polvo eres..."	
<i>La comida</i>	
<i>Las diversiones durante esta temporada</i>	
<i>El paseo a la Viga y al pueblo de Santa Anita</i>	
<i>El Viernes de la Dolorosa. Los preparativos</i>	
<i>La celebración</i>	
<i>El Sábado de Pasión</i>	
<i>El Domingo de Ramos</i>	
<i>Del Lunes al Miércoles Santo</i>	
<i>El Jueves Santo</i>	
<i>El Viernes Santo</i>	
<i>El Sábado de Gloria</i>	
<i>El Domingo de Resurrección o de Pascua</i>	
<i>Consideraciones finales.....</i>	131
CONCLUSIONES	135

ANEXO I. CRONOLOGÍA "DEL CARNAVAL Y LA SEMANA SANTA EN LA CIUDAD DE MÉXICO DESDE EL SIGLO XVI HASTA LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX"	140
ANEXO II. IMÁGENES DE LA CUARESMA Y LA SEMANA SANTA.....	158
Figura 1. Anónimo, <i>Máscara</i> , 1842 (En <i>Historia de la vida cotidiana en México</i> , México, COLMEX.-FCE., 2005, p. 193)	158
Figura 2. <i>Una procesión del Viernes Santo en el siglo XVI</i> (En Luis González Obregón, <i>México viejo época colonial: noticias históricas, tradiciones, leyendas y costumbres</i> , pról. de Flor de María Hurtado, México, Alianza, 1991, p.472)	159
Figura 3. <i>El Paseo de Bucareli</i> , Litografía de Casimiro Castro y Juan Campillo, (Mediados del siglo XIX) (En <i>México y sus alrededores</i> , pról. Ricardo Pérez Escamilla, Introd., Carlos Aguirre Anaya, México, Breve Fondo Editorial, 2000, s/p.)	160
Figura 4. <i>El Teatro Nacional</i> , Litografía de Casimiro Castro y Juan Campillo, (Mediados del siglo XIX) (En <i>México y sus alrededores</i> , pról. Ricardo Pérez Escamilla, introd. Carlos Aguirre Anaya, México, Breve Fondo Editorial, 2000,s/p).....	161
Figura 5. <i>El Paseo de la Viga</i> , Litografía de Casimiro Castro y Juan Campillo, (mediados del siglo XIX) (En <i>México y sus alrededores</i> , pról. Ricardo Pérez Escamilla, introd. Carlos Aguirre Anaya, México, Breve Fondo Editorial, 2000, s/p.)	162
Figura 6. <i>El pueblo de Ixtacalco</i> , tomado en globo, Litografía de Casimiro Castro y Juan Campillo, (mediados del siglo XIX) (En <i>México y sus alrededores</i> , pról. Ricardo Pérez Escamilla, introd. Carlos Aguirre Anaya, México, Breve Fondo Editorial 2000,s/p.).....	163
Figura 7. Johann Salomón Hegi, <i>En el paseo de Santa Anita</i> (En Gustavo Curiel, Fausto Ramírez, Antonio Rubial, Angélica Velázquez, <i>Pintura y Vida Cotidiana en México, 1650-1950</i> , México, Fomento Cultural Banamex, CONACULTA,1999, p. 176).....	164
Figura 8. <i>La calle de Roldán y su desembarcadero</i> , Litografía de Casimiro Castro y Juan Campillo (En <i>México y sus alrededores</i> , pról. Ricardo Pérez Escamilla, introd. Carlos Aguirre Anaya, México, Breve Fondo Editorial, 2000, s/p.).....	165
Figura 9. Edouard Pingret, <i>Vendedora de limonadas</i> , 1851 (En Luis Ortiz Macedo, <i>Edouard Pingret. Un pintor romántico francés que retrató el México del mediar del siglo XIX</i> , Fomento Cultural Banamex, 1989, p. 81).....	166

Figura 10. Edouard Pingret, <i>Vendedora de aguas frescas</i> , (mediados del siglo XIX) (En Luis Ortiz Macedo, <i>Edouard Pingret, Un pintor romántico francés que retrató el México del mediar del siglo XIX</i> , Fomento Cultural Banamex, 1989, p. 139)	167
Figura 11. Anónimo, <i>Semana Santa</i> , 1849 (En Antonio García Cubas, <i>El libro de mis recuerdos</i> , México, Porrúa, 1996, p. 329)	168
Figura 12. Johann Salomón Hegi, <i>El Paseo de las cadenas en Jueves Santo</i> , 1854. (En Gustavo Curiel, Fausto Ramírez, Antonio Rubial, Angélica Velázquez, <i>Pintura y Vida Cotidiana en México, 1650-1950</i> , México, Fomento Cultural Banamex, CONACULTA, 1999, p. 157).....	169
Figura 13. <i>El Paseo de las cadenas en una noche de luna</i> , Litografía de Casimiro Castro y Juan Campillo (En <i>México y sus alrededores</i> , pról. Ricardo Pérez Escamilla, introd. Carlos Aguirre Anaya, México, Breve Fondo Editorial, 2000, s/p.).....	170
Figura 14. Primitivo Miranda, <i>Semana Santa en Cuautitlán</i> , 1858 (En Gustavo Curiel, Fausto Ramírez, Antonio Rubial, Angélica Velázquez, <i>Pintura y Vida Cotidiana en México, 1650-1950</i> , México, Fomento Cultural Banamex, CONACULTA, 1999, p. 171)	171
ANEXO III. RECORRIDOS DE DISTINTAS PROCESIONES.....	172
Plano # 1. Recorrido de la procesión que se realizaba el Jueves Santo, desde el templo de la Santísima, en la ciudad de México durante la primera mitad del siglo XIX (Basado en: <i>Plano Retrospectivo de la ciudad de México, 1869</i> , México, Guía Roji, 1993)	172
Plano # 2. Recorrido de la procesión del Santo Entierro que se realizaba el Viernes Santo, desde el templo de Santo Domingo, en la ciudad de México durante la primera mitad del siglo XIX (Basado en: <i>Plano Retrospectivo de la ciudad de México, 1869</i> , México, Guía Roji, 1993).....	173
Plano # 3. Recorrido de la procesión de Sábado de Gloria del templo de Santo Domingo al templo de la Concepción, en la ciudad de México durante la primera mitad del siglo XIX (Basado en: <i>Plano Retrospectivo de la ciudad de México, 1869</i> , México, Guía Roji, 1993).....	174
FONDOS DOCUMENTALES Y BIBLIOGRAFÍA	175
ÍNDICE GENERAL.....	181

INTRODUCCIÓN

En el transcurso del año, se llevan a cabo en México, como en muchas partes del mundo, múltiples fiestas y conmemoraciones de todo tipo, significado y contenido. Algunas de estas suelen ser cívicas, sociales o religiosas. Entre las religiosas más importantes de nuestro país, destaca la de la Pasión y Muerte de Jesús. Esta fiesta religiosa tan importante, -para algunos autores se trata más de una conmemoración- que hoy en día se sigue celebrando, conforma una parte central de las solemnidades con que se recuerda uno de los pasajes más importante de la historia del cristianismo. Se complementa con su contraparte profana que es el Carnaval, necesario antecedente para el recogimiento y la penitencia.

En el calendario religioso cristiano, no se registra una fecha inamovible para conmemorar la Semana Santa. Fue a partir del Concilio de Nicea en el año 325 d. C., que se fijó para la Pascua el primer domingo después de la primera luna llena que sigue al equinoccio de primavera,¹ que ocurre entre el 21 o 22 de marzo. De esta manera, una vez que ha sido establecida la fecha de la Pascua, se asientan todas las fiestas móviles que tienen que ver con el ciclo Pascual, incluyendo por lo tanto al Carnaval y a la Cuaresma.

Revisión historiográfica

El tema principal que abordo en esta investigación, y que ha sido estudiado de manera general, es el del Carnaval y la Semana Santa en la ciudad de México durante la

¹ Jacques, Le Goff, El orden de la memoria. El tiempo como imaginario, Paidós, Ibérica, España, 1991, p. 187.

primera mitad del siglo XIX (1821-1855). La cuestión ha ocupado a historiadores interesados en temas que van desde lo que es una fiesta en general, hasta el significado en particular de alguna de ellas, como lo es en este caso el Carnaval y la Semana Santa. Los siguientes trabajos historiográficos nos permitirán dilucidar y plantear de una mejor manera el problema a resolver en la presente investigación.

Mijail Bajtin en *Cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de Francis Rabelais*,² nos habla primero de la fiesta en Europa. Según él, existían dos tipos de fiesta en la Edad Media: la oficial y la popular. La primera "tendía a consagrar la estabilidad, la inmutabilidad y la perennidad de las reglas que regían el mundo: jerarquías, valores, normas y tabúes religiosos, políticos y morales corrientes"³ y tenía como finalidad la consagración de la desigualdad. En cambio la fiesta popular era "la segunda vida del pueblo, que temporalmente penetraba en el reino utópico y la universalidad, de la libertad, de la igualdad y de la abundancia".⁴ Así la fiesta que reunía estas características era el Carnaval, pues representaba "el triunfo de una especie de liberación transitoria, más allá de la órbita de la concepción dominante, la abolición provisional de las relaciones jerárquicas, privilegios, reglas y tabúes. Se oponía a toda perpetuación, a todo perfeccionamiento y reglamentación".⁵ En pocas palabras, para el autor el Carnaval:

Liberaba la conciencia del dominio de la concepción oficial, permitiendo lanzar una mirada sobre el mundo, una mirada desprovista de pureza, de piedad, perfectamente crítica, pero al mismo tiempo positiva y no nihilista, pues permitía descubrir el principio material y generoso del mundo, el devenir y el cambio, la fuerza invencible y el triunfo eterno

² Mijail Bajtin, *Cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, México, Alianza, 1970.

³ Ibid., p. 15.

⁴ Ibid.

⁵ Ibid.

de lo nuevo, la inmortalidad del pueblo.⁶

Peter Burke, en su estudio titulado *La cultura popular en la Europa Moderna*,⁷ también dedica un capítulo para hablar acerca del "mundo del Carnaval". El autor menciona que esta fiesta era la más popular en la Europa del sur y en ella el pueblo decía "al menos una vez y con relativa impunidad lo que a menudo pensaba".⁸ Burke considera que uno de los temas favoritos del Carnaval era la encarnación del mundo al revés representado principalmente por la inversión física como la gente caminando con la cabeza abajo, la ciudad en el cielo y el sol y la luna en la tierra, los peces volando, el caballo trotando hacia atrás y el jinete encarado hacia la cola del animal; por la transformación de las relaciones entre las personas y los animales, por ejemplo "el caballo convertido en herrero y calzando a su dueño, el buey carnicero despedazando a un hombre; el pez comiéndose al pescador o la liebre llevando a un cazador atado o dándole vueltas en un asador",⁹ y por último por la inversión de las relaciones entre los hombres respecto a la edad o al sexo como el hijo pegándole al padre, el alumno regañando al maestro, los sirvientes dando órdenes a sus amos, el pobre dando limosna al rico o el rey caminando y el campesino a caballo. Otros acontecimientos que sobresalían durante esta fiesta y que Burke menciona principalmente, eran la ingestión masiva que la gente realizaba con la comida y la bebida y el incremento de la violencia. De esta manera para el autor, el Carnaval representaba "un periodo de desorden institucionalizado, un conjunto de rituales sobre

⁶ Ibid.

⁷ Peter Burke, La cultura popular en la Europa moderna, trad. Antonio Feros, Madrid, Alianza, 1991, 443p.

⁸ Ibid., p. 262.

⁹ Ibid., p. 271.

la inversión del mundo conocido. Era el tiempo de demencia en el cual reinaba la locura".¹⁰

En el libro de Julio Caro Baroja, *Carnaval. Análisis histórico cultural*,¹¹ su autor hace un estudio profundo e interesante de lo que él considera que es el Carnaval escogiendo su país: España. Así, a partir de la reunión de datos que realizó, nos adentra a la historia del Carnaval español de los siglos XVI al XIX. Él considera que el Carnaval es un lapso en el cual, el ser humano destaca "los valores paganos de la vida" por espacio de tres días, pues después vendría un periodo seguido de duelo y de tristeza en el cual la tarea principal era la de enaltecer "los valores cristianos" durante la Cuaresma.

Baroja opina que durante el tiempo que dura el Carnaval, el elemento característico de éste, es que el mundo en esos momentos se encuentra "al revés", esto quiere decir que en estos tres días, la gente actuaba de manera inconsciente, lo cual se expresaba de diversas maneras destacando los escándalos, las sátiras e injurias contra médicos, frailes y clases sociales en general; robos, los cuales año tras año se repetían con monotonía; enañamiento con personas determinadas especialmente gente pobre y desvalida; agravios entre pueblos, y finalmente inversiones, destacando aquella en la que el hombre se disfrazaba de mujer y ésta de hombre.

Esta inversión que menciona el autor, refleja el "yo" de la gente el cual durante todo el resto del año era reprimido y ocultado y sólo se mostraba durante esta temporada a través de las máscaras y de los disfraces. Por otro lado, cada año, con el permiso de esta fiesta, el pecado de la gula se hacía presente. Caro

¹⁰ *Ibid.*, p. 275.

¹¹ Julio Caro Baroja, *Carnaval. Análisis histórico cultural*, 2 ed., Madrid, Taurus, 1979.

Baroja señala que la gente en estos tres días de regocijo aprovechaba comer determinados alimentos, pues de antemano sabían que vendría el periodo cuaresmal en el que se tendría forzosamente que llevar al pie de la letra el ayuno. De aquí que el autor considere que el origen de la palabra Carnaval se empezó a estudiar "en función de la idea cristiana de la llegada del ayuno y de la entrada de la Cuaresma".¹²

Edward Muir en un apartado de su obra *Fiesta y rito en la Europa moderna*¹³ dedicado al Carnaval, considera que esta fiesta así como la Cuaresma van unidas y representaban aspectos contrapuestos de la vida humana, pues por un lado el primero "muestra los placeres de la carne" y por el otro la Cuaresma "las exigencias de la piedad y la razón".¹⁴ Para el autor, el Carnaval no solo tenía defectos sino también diversas cualidades, los cuales daban un realce importante a la fiesta. Primero durante el Carnaval, la población podía comer y beber lo que quisiera sin límite alguno; segundo, podrían dar rienda suelta a sus deseos más íntimos y a los placeres del cuerpo abiertamente; tercero, habría un gusto excesivo por la competitividad, el riesgo y el entretenimiento teatral, y por último se encuentra la violencia, pues durante esta fiesta, la falta de autoridad, es evidente y por lo mismo, todo lo que se haga en ella no recibe castigo alguno. Muir llega a la conclusión de que en esta fiesta todo se permite, porque debido a las tensiones que hay en toda sociedad organizada y estructurada, el Carnaval actúa como una "válvula de escape". Así esta fiesta sólo es una pausa en la vida normal, una liberación cíclica de las presiones sociales para evitar más adelante problemas.

¹² *Ibid.*, p. 33.

¹³ Edward Muir, *Fiesta y rito en la Europa moderna*, Madrid, Complutense, 2001, 388 p.

¹⁴ *Ibid.*, p. 96.

Otro autor que comparte estas mismas opiniones es Ricardo Díaz Muñoz en su libro *El Carnaval. Gran fiesta de la sensualidad*.¹⁵ Considera que es el periodo de gran efusividad y frenético placer, en el cual se manifiestan abiertamente las pasiones colectivas. Según él, este tipo de fiestas constituían un escaparate emocional para el pueblo pues "al no creer en la palabra libertad, hacía suya la palabra libertinaje".¹⁶ Este libertinaje consistía en glorificar "el cinismo, la desvergüenza, el sarcasmo y la alegría de vivir",¹⁷ aunque sólo fuera por tres días, a través del uso de disfraces y sobre todo de las máscaras. Las cuales servían para ocultar la verdadera personalidad de la gente y así poder realizar cualquier tipo de maldades sin el temor de ser reconocidos.

Otros investigadores como Pedro Montoliu Camps,¹⁸ Jesús Callejo¹⁹ y A. Sánchez del Barrio,²⁰ en sus respectivas obras dedican un apartado para hablar del Carnaval en España durante los siglos XVI al XIX. Estos autores al igual que los antes mencionados, llegan a la conclusión de que el Carnaval es una fiesta en la cual durante el tiempo que dura, el gozo está presente, y las reglas pasan a un segundo término, pues el objetivo principal de dicha celebración es por un momento olvidarse de los problemas y sólo divertirse.

Por lo que se refiere al Carnaval en la ciudad de México, tenemos pocos libros que hablen del tema, debido a la escasez de datos. Sin embargo, los estudios que se han realizado dan una idea en general de cómo se celebró esta fiesta durante los siglos

¹⁵ Ricardo Díaz Muñoz, *El Carnaval. Gran fiesta de la sensualidad*, México, edit. Posada, 1976, 157 p.

¹⁶ *Ibid.*, p. 15.

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ Pedro Montoliu Camps, *Fiestas y tradiciones madrileñas*, Madrid, Silex, 1990, p. 55-79.

¹⁹ Jesús Callejo, *Fiestas sagradas. Sus orígenes, ritos y significado que perviven en la tradición de pueblos*, España, edit. Edaf, 1999, p. 80-93.

²⁰ A. Sánchez del Barrio, *Fiestas y ritos tradicionales*, Valladolid, Castilla edic., 1999, p. 33-51.

XVIII y XIX. Así uno de los autores que dedica al tema unas páginas de su libro *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el siglo de las luces*,²¹ es Juan Pedro Viqueira Albán quien se basa principalmente en las prohibiciones de que fue objeto.

Viqueira Albán comenta que esta gran fiesta de la "inversión" fue combatida con diversos bandos por los poderes civiles y religiosos a finales del siglo XVII y principios del XVIII debido a los excesos que en ella se cometían como la inversión de hombres y mujeres, el uso de máscaras y los disfraces de religiosos, por lo que esta celebración con estas medidas fue perdiendo interés entre la población. Así lo que resta del siglo XVIII y principios del XIX no se tuvieron noticias en la ciudad de México del Carnaval, sin embargo, éste resurgió a mediados del siglo XIX, y el autor considera que éste sólo fue una triste copia de la celebración que se llevaba a cabo en la capital de la Nueva España, pues sólo se reducía a elegantes bailes de máscaras, los cuales eran concurridos por lo más "selecto de la sociedad". En conclusión, Viqueira Albán considera que el Carnaval se privatizó y pasó a ser "patrimonio exclusivo de las clases altas".²²

En cuanto al estudio del Carnaval durante el siglo XIX, Verónica Zárate en su trabajo *Del regocijo a la penitencia o del Carnaval a la Cuaresma en la ciudad de México en el siglo XIX*,²³ plantea que el Carnaval y la Cuaresma, eran fiestas en las cuales se hallaban presentes dos sentimientos: el del gozo y el de la penitencia, ambos

²¹ Juan Pedro Viqueira Albán, *¿Relajados o reprimidos? Diversiones públicas y vida social en la ciudad de México durante el siglo de las luces*, México, FCE, 2001, pp. 138-152.

²² *Ibid.*, p. 148.

²³ Verónica Zárate, Conferencia, "Del regocijo a la penitencia o del Carnaval a la Cuaresma en la ciudad de México en el siglo XIX", Coloquio *Gozos y Penalidades de la vida cotidiana*, México, COLMEX, 15-17 de marzo del 2004.

“divididos” por una línea muy delgada, la cual era muy fácil de quebrantar. Ella considera que con el Carnaval, el único sentimiento que había era el del gozo, el cual la mayoría de las veces era llevado al límite, pues con el pretexto de la fiesta se cometían muchos abusos y excesos debido al uso de las máscaras y de los disfraces.

También la autora destaca que mientras duraba el Carnaval, tanto los hombres como las mujeres reflejaban fielmente en sus actos la lujuria, la gula y la vanidad, sin importar las clases sociales ni la educación que se tuviera, pues el hecho era gozar desenfrenadamente estos días, ya que de antemano se sabía que al terminar, vendrían cuarenta días en los cuales la penitencia haría “acto de presencia”, pero como veremos más adelante, no estaría exenta de algún gozo.

Otros libros que hablan de una manera concisa acerca del Carnaval en México son los de Higinio Vázquez Santana y José I. Dávila titulado *El Carnaval*²⁴ y el de Haydee Quiroz Malca, *El Carnaval en México. Abanico de culturas*.²⁵ En ambos libros se hace una somera descripción del Carnaval en España y en la Nueva España, y presentan al lector de forma monográfica los carnavales más importantes que se llevan a cabo en la república mexicana durante el siglo XIX. Por lo tanto, sólo los tomamos como referencia para saber desde cuando y como se realiza esta festividad en nuestro país.

Con respecto a la Semana Santa, a raíz de la conquista, los españoles con ayuda de los misioneros, introdujeron las celebraciones y las fiestas que se llevaban a cabo en la España Medieval. En un principio, para catequizar a los indígenas, éstos utilizaron el teatro, en el cual a parte de representar algunos pasajes del

²⁴ Higinio Vázquez Santana e Ignacio Dávila, *El Carnaval*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1931, 139 p.

²⁵ Haydee Quiroz Malca, *El Carnaval en México. Abanico de culturas*, México, CONACULTA, 2002, 186 p.

nuevo y viejo testamento o los sucesos de la vida de la Virgen, escenificaron la Pasión y Muerte de Jesús. Esto último, aunado a la fundación de las cofradías, y a la instauración de las procesiones de Semana Santa en 1585, basadas en las que se hacían en España, particularmente las de Sevilla, conformaron la Semana Santa Novohispana, la cual no tuvo muchos cambios durante la primera mitad del siglo XIX. Por lo tanto, veremos como antecedente algunos estudios que han abordado este tema en España.

Federico Fernández Basurte en su libro *La procesión de Semana Santa en la Málaga del siglo XVII*,²⁶ nos habla acerca de esta fiesta, en especial de cómo se llevaba a cabo la procesión. El autor menciona en general como se asoció con las cofradías de "Pasión" para así conformar lo que se conocería más adelante como procesión penitencial. Después señala cómo se celebraba en la ciudad de Málaga en el siglo XVII. Basándose en "el título 16 del libro III de las constituciones sinodales", Fernández Basurte describe ampliamente cómo se reglamentaba dicha procesión, desde el control sobre el horario y el itinerario, la vigilancia del vestuario y las actitudes de los participantes, hasta las medidas acerca de las imágenes, las insignias y la eliminación de las prácticas litúrgicas incorrectas.

Más adelante el autor analiza detenidamente el cortejo procesional. Primero, desde los participantes o "el elemento humano que toma parte en la procesión y a las distintas funciones que desempeñan en ella".²⁷ Segundo, el elemento material o utillaje, como los enseres y atributos que se utilizan en las manifestaciones de las hermandades y las cofradías, y por último, el aspecto económico "en concreto los gastos que genera la puesta en marcha de la procesión y los medios

²⁶ Federico Fernández Basurte, La procesión de Semana Santa en la Málaga del siglo XVII, España, Studia Malacitana, 1996, 444 p.

²⁷ Ibid., p. 260.

para la financiación de la misma".²⁸ El autor concluye que la procesión de Semana Santa constituye uno de los acontecimientos más propicios para servir de "escaparate", por su "carácter de espectáculo público y su capacidad de aglutinar a toda sociedad en torno a un mismo acto".²⁹

Otro autor que también habla sobre las procesiones de Semana Santa pero en la ciudad de Córdoba es Juan Aranda Doncel en su artículo titulado "*Cofradías penitenciales y Semana Santa en la diócesis de Córdoba: el auge de la etapa barroca*".³⁰ En él plantea que a lo largo del siglo XVII y la primera mitad del siglo XVIII, las procesiones de Semana Santa que se celebraban en esta ciudad tuvieron su época de gran esplendor y auge. Según él, esto se logró por "la vitalidad de las cofradías y la fastuosidad de los cortejos penitenciales al impregnarse de los elementos estéticos del barroco".³¹

Aranda Doncel opina que la expresión más auténtica de la etapa barroca fueron las representaciones de la Pasión y los sermones, los cuales adquirieron durante la Semana Santa cordobesa un indudable protagonismo. Por otro lado, menciona que la evolución histórica de las cofradías penitenciales y de la Semana Santa en las poblaciones de la diócesis de Córdoba durante la Edad Moderna tuvieron tres etapas destacadas. En la primera tuvo lugar el nacimiento y la fundación de varias cofradías pasionistas desde la década de los años treinta del siglo XVI hasta finales de este mismo. La segunda abarcó el siglo XVII y se prolongó hasta 1740, correspondiendo al auge de la etapa barroca, y la

²⁸ Ibid.

²⁹ Ibid., p. 305.

³⁰ Juan Aranda Doncel, Cofradías penitenciales y Semana Santa en la Diócesis de Córdoba: El auge de la etapa barroca, Demófilo, Revista de cultura tradicional de Andalucía, número 36, 2000, p. 130-150.

³¹ Ibid., p. 345.

tercera fue de 1740 a 1820, destacándose por "la postura crítica bajo unos parámetros ilustrados de los titulares del obispado a la celebración tradicional de la Semana Santa que originó una acusada crisis en la actividad cofrade y un rechazo frontal de todas las capas sociales".³²

Ramón A. Peñafiel en su libro *Mentalidad y religiosidad popular murciana en la primera mitad del siglo XVIII*,³³ dedica brevemente unas cuartillas para hablar acerca del Vía Crucis y las procesiones de Semana Santa en esta ciudad. Por lo que se refiere al Vía Crucis, el autor señala que esta práctica es conocida desde el siglo V y que es en el siglo XVI cuando los franciscanos se encargan de propagarla y divulgarla a través de las cruces que fueron clavando en las montañas y de las señales que se establecieron en los diversos lugares del camino que conducían a esos calvarios, separados por la misma distancia que recorrió Cristo en su agonía. Así, para el autor esta práctica se da como una forma de recordar y "conmemorar, la Pasión del Señor y el camino por él recorrido hasta llegar al Calvario".³⁴

En cuanto a las procesiones de Pasión o Semana Santa, Ramón Peñafiel destaca que en la ciudad de Murcia las "cofradías y hermandades" tenían cierta rivalidad, porque ambas deseaban "dotar de un mayor esplendor sus procesiones recurriendo para ello, de las mejores túnicas e imágenes y del mayor número de hombres".³⁵ Siendo lo más atractivo para el público en este tipo de espectáculos, la luz de velas y hachones, el redoble de tambores, así como el desfile de los penitentes y de las imágenes. Como conclusión, el autor señala que la

³² *Ibid.*

³³ Ramón A. Peñafiel, *Mentalidad y religiosidad popular murciana en la primera mitad del siglo XVIII*, Murcia, Universidad Secretariado de Publicaciones, 1988, 353 p.

³⁴ *Ibid.*, p. 270.

³⁵ *Ibid.*, p. 274.

procesión murciana era "una forma propia y específica de comprender, interpretar y manifestar algo tan sublime como la Pasión de Cristo".³⁶

Por último, autores antes mencionados como Pedro Montoliu Camps³⁷ y A. Sánchez del Barrio³⁸ en sus respectivos libros dedican un apartado para hablar de la Cuaresma y de la Semana Santa en la España de los siglos XVI al XIX. El primero de ellos opina que los cuarenta y siete días comprendidos entre el Miércoles de Ceniza y el Domingo de Resurrección, eran días en que reinaba un ambiente de seriedad y de tristeza que afectaba tanto los espectáculos públicos como las transacciones comerciales. Todo este espíritu se resumía en una sola palabra: "prohibición", la cual se reflejaba en no comer carne, festejar los matrimonios y nacimientos con banquetes o asistir al teatro.

Esta paz espiritual no se veía interrumpida por ruidos, especialmente durante la Semana Santa, sólo los únicos actos que estaban permitidos eran los conciertos de música religiosa, alternando su asistencia con la realización de novenas, ejercicios espirituales y solemnes funciones cuaresmales. Según Montoliu "bajo esta capa de recogimiento se escondía un espíritu profano, el cual utilizaba cualquier excusa para hacerse presente".³⁹ Como prueba de esto, Montoliu menciona que durante los últimos cuatro siglos encontró diversos documentos en los que se denunciaba la actitud hipócrita que tenían los fieles, pues estos buscaban "las más dispares argucias para evitar el ayuno y la abstinencia".⁴⁰

³⁶ *Ibid.*, p. 275.

³⁷ Pedro Montoliu Camps, *op. cit.*, p. 103-121.

³⁸ A. Sánchez del Barrio, *op. cit.*, p. 53-72.

³⁹ Pedro Montoliu Camps, *op. cit.*, p. 103.

⁴⁰ *Ibid.*

En cuanto a la Semana Santa, el mismo autor menciona que en Madrid, ésta se caracterizaba en especial por las procesiones, las cuales fueron impulsadas por los gremios a partir del siglo XVI. Dos siglos más tarde esta tradición ya muy arraigada continuó, por lo que del Domingo de Ramos al de Resurrección se realizaban más de una veintena de procesiones, las cuales terminaban ante el Palacio del Retiro, con el objeto de que pudieran ser observadas por los reyes. Sin embargo, Montoliu Camps opina con cierta nostalgia que estas procesiones que por siglos fueron espectaculares hoy algunas de ellas han desaparecido, y que aunque en los últimos años del siglo XX han logrado sobrevivir y han sido acogidas por un mayor interés entre la población, no volverán a tener la misma solemnidad ni fama que tuvieron en el siglo XVIII.

Por lo que se refiere a A. Sánchez del Barrio, éste considera que una vez que terminaba el Carnaval, iniciaba la Cuaresma, la cual según él "ponía el contrapunto de moderación y penitencia a las alborotadas fiestas de enmascarados".⁴¹ Así, estos días de oración y recogimiento eran el marco propicio para que los fieles se prepararan para la Semana Santa. Por otro lado, el autor reúne en tres grandes grupos las manifestaciones rituales propias del tiempo de Pasión, marcadas profundamente por un carácter religioso siendo éstas: los desfiles procesionales en torno a una imagen sagrada como "el Vía Crucis, la procesión de los Ramos, los desfiles disciplinarios o las procesiones con encuentro de imágenes";⁴² las representaciones escénicas de los pasajes de la Pasión y la Resurrección de Jesucristo como "el lavatorio de los pies, el oficio de las Tinieblas, los monumentos, las crucifixiones simuladas, los desenclavos, la quema de los judas o la bajada del

⁴¹ A. Sánchez del Barrio, *op. cit.*, p. 53.

⁴² *Ibid.*

ángel”,⁴³ y por último, los rituales relacionados con elementos fundamentales como “la tierra (siembra de determinadas plantas en ciertos momentos); el agua (bendiciones); el fuego (hoguera pascual, buena lumbre) o con el aire (toques de matracas, esquila, campanas)”.⁴⁴

En cuanto a la Cuaresma en la ciudad de México durante el siglo XIX, Verónica Zárate, en su trabajo antes mencionado, destaca que ésta era un periodo “de penitencia, de abstinencia carnal y de ayuno”, el cual comenzaba con el Miércoles de Ceniza y terminaba con el Domingo de Pascua o de Resurrección. Ella considera que durante estos cuarenta días el sentimiento que más prevalecía era el de la penitencia, aunque con una fuerte dosis gozosa. Un ejemplo de esto se daba el Viernes de Dolores, el Domingo de Ramos y la Semana Santa.

En el primero, era ya una tradición colocar altares a la Virgen de los Dolores, asunto festivo en el cual se manifestaba también la penitencia “por el dolor de la Virgen expresado al rezar el Rosario frente a la imagen tratando de aliviar su pena”⁴⁵ y el gozo al consumir alimentos y bebidas, y escuchar música como el Stabat Mater de Rossini o el Ave María de Baca, o simplemente bailar. En el segundo, la autora considera que por lo general, las “hojas de palma tejidas representan la participación gozosa en el rito procesional que va hacia la muerte para la salvación de todos los hombres”⁴⁶ y por lo mismo este domingo tiene un doble significado “el de gloria y el de sufrimiento”, que es lo característico del Misterio Pascual.

⁴³ Ibid.

⁴⁴ Ibid.

⁴⁵ Verónica Zárate, op. cit.

⁴⁶ Ibid.

En cuanto a la Semana Santa, Zárate menciona que los días que más destacaban eran el Jueves, Viernes Santo y Sábado de Gloria, pues por un lado la gente asistía a la visita de las siete casas, a la ceremonia del lavatorio de los pies, a observar los monumentos o a las diversas procesiones que se realizaban y, según la autora, esto representaba la "penitencia", sin embargo el gozo hacía acto de presencia, pues una vez que devotamente se cumplían con las tareas obligatorias de la época como todo "buen cristiano", la gente estrenaba ropa, disfrutaba de los puestos de chíá y otros, y a pesar del "supuesto ayuno" que durante esta época se tenía que cumplir, se consumían alimentos suculentos propios de esta temporada, se estallaban cohetes, se sonaban las matracas y se quemaban los judas. De esta manera, la autora concluye que el gozo por lo general siempre está relacionado con un momento, mientras que la penitencia es más duradera y por lo mismo el ser humano busca de alguna manera la salida que puede facilitar aunque sea temporalmente, el regocijo.

Otro libro que se relaciona con esta investigación es el de Sonia Iglesias y Cabrera, *La Semana Santa en México. Con la muerte en la cruz*.⁴⁷ En él, la autora aborda de manera monográfica los episodios y los aspectos más importantes de esta celebración en nuestro país. Primero hace una breve descripción del Carnaval, el cual está íntimamente relacionado con la Cuaresma, pues "representa el tiempo de desenfreno necesario para posteriormente, destacar los valores y principios cristianos y prepararse para el ayuno";⁴⁸ después nos describe la

⁴⁷ Sonia Iglesias y Cabrera, *La Semana Santa en México. Con la muerte en la cruz*, México, CONACULTA, 2002, 280 p.

⁴⁸ *Ibid.*, p. 21.

Cuaresma "periodo especialmente dedicado a la preparación espiritual de la Pascua de Resurrección de Jesús",⁴⁹ y por último nos introduce al tema principal del libro: la Semana Santa en México.

En este apartado Sonia Iglesias nos indica el origen de esta festividad y nos describe brevemente a través de varios cronistas cómo se llevaba a cabo durante los siglos XVI al XIX en nuestro país la celebración de la Semana Santa. Por lo que se refiere al último capítulo correspondiente al siglo XX, la autora hizo una investigación en la cual de manera particular se acercó a algunas comunidades indígenas, mestizas y afro mestizas del país para conocer, a partir de los fundamentos religiosos comunes de cada uno de ellos, cómo se celebra actualmente la Semana Mayor.

Planteamiento del problema

Como se ha podido ver, después de este breve recuento historiográfico, la investigación especializada ha cubierto diferentes facetas así como espacios y periodos diversos del Carnaval y de la Semana Santa, no sólo en España sino también en la ciudad de México, y es en este lugar donde sitúo la presente investigación, pues, la capital de nuestro país a lo largo de los siglos ha sido testigo importante, no sólo de luchas internas y externas, sino también, a través de la vida cotidiana en sus calles y sus plazas, sus habitantes han disfrutado y vivido cada una de las fiestas tanto religiosas como civiles que se han celebrado, y de las cuales nos han dejado referencia a través de diversos testimonios.

⁴⁹Ibid., p. 33.

Por consiguiente, el objetivo de este trabajo, no sólo consiste en describir el Carnaval y la Semana Santa, sino el de darles voz a aquellos escritores costumbristas, a los viajeros y a los habitantes de la capital, para que a través de ellos, se conozcan más a fondo ambas festividades, pues forman parte de la historia social y cultural de nuestro país. En este estudio se intentan responder las siguientes preguntas: ¿cómo se llevaban a cabo estas celebraciones en la ciudad de México después de la Independencia y antes de la Reforma?, ¿cuál era el comportamiento de la población en general en ambas festividades?, ¿cómo convivían la penitencia y el gozo durante la Cuaresma?, ¿el regocijo de la gente rebasaba en mucho el motivo religioso de la fiesta de Semana Santa?

Por otra parte, la temporalidad que elegí para la siguiente investigación va de 1821 a 1855. La elección de este tiempo responde principalmente a que este periodo en que el país se está conformando como tal, ha sido estudiado bajo una perspectiva económica y política. Por lo tanto en la presente investigación, estos años se quieren estudiar tomando en cuenta lo cultural y lo social, a partir del análisis de ambas celebraciones. Otra razón más, es que tales fiestas fueron importantes para el pueblo y para la iglesia, antes de las leyes de Reforma, pues después de estas, muchas costumbres y actividades que se llevaban a cabo en ellas sufrieron cambios y por lo tanto ya no volvieron a ser las mismas.

Por lo que respecta al espacio urbano de la capital durante las primeras cinco décadas del siglo XIX, tuvo pocos cambios, pues se quedó casi enteramente en el barroco y lo estructuraba su catolicidad. Esto se veía reflejado en las aproximadamente 80 iglesias y en los 35 conjuntos conventuales, siendo los más imponentes: Santo Domingo, al norte de la Plaza Mayor; al sur San Agustín; al

poniente San Francisco y los barrios de la Merced y Santiago Tlatelolco, con sus templos, capillas, patios, huertas y ermitas.⁵⁰ Alrededor de ellos, "se dibujaban las calles y los callejones, se construían las casas y se organizaba la vida de los barrios".⁵¹

El centro de la ciudad acogía a las familias de abolengo y al clero, mientras que en los suburbios se aglutinaban las clases populares mejor conocidas como "leperuza" o "peladaje", que aproximadamente representaban 4/5 partes de la población de la ciudad,⁵² la cual iba en aumento, pues al iniciar el siglo XIX, según datos de Humboldt, había 137,000 habitantes y en 1811, el Padrón del Juzgado de la Policía contaba alrededor de 168,846; para 1833, según unos censos que cita Orozco y Berra, la población era de 170,000 y para 1838, era de 205,430, cifra que se redujo a 200,000 almas en 1852, debido a las epidemias de viruela (1840) y a la de cólera morbus (1850), a la leva y a la inestabilidad política.⁵³

En cuanto a las fiestas religiosas, continuaron con gran fuerza, pues se sujetaban "a los valores tradicionales y conmovían ciertas fibras íntimas de sus participantes",⁵⁴ "su escenificación frecuente tanto en el espacio urbano como en el calendario siguió siendo aplastante",⁵⁵ mientras que en la nueva República, sólo se celebraban pocos aniversarios cívicos, por ejemplo, a partir de 1825, el 15 y el 16 de septiembre (grito de Dolores y comienzo de la insurrección de Hidalgo), desde 1837, el 27 de septiembre (entrada triunfal del Ejército Trigarante en la ciudad de México), y pocas veces se

⁵⁰ Annick Lemperiere, "La ciudad de México, 1780-1860: del espacio barroco al espacio republicano", en Acevedo Esther (coord.), Hacia otra historia del arte en México. De la estructuración colonial a la exigencia nacional (1780- 1860), t. I, México, CONACULTA, 2001, p. 153.

⁵¹ Ibid.

⁵² Ricardo Pérez Montfort, "La fiesta y los bajos fondos. Aproximaciones literarias a la transformación de la sociedad urbana en México", en Regina Hernández Franyuti (comp.), La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX, t. II, México, Instituto Mora, 1994, p. 425-426.

⁵³ Ibid., p. 427.

⁵⁴ Ibid., p. 422.

⁵⁵ Annick Lemperiere, op. cit., p. 159.

festejó el 4 de octubre, día en que se recordaba la promulgación de la Constitución de 1824.⁵⁶

El Carnaval y la Cuaresma, la Semana Santa, el Corpus Christi, las posadas y la Navidad, los días de los Santos Patronos de la ciudad y las fiestas dedicadas a las vírgenes de los Remedios y Guadalupe, integraban los momentos más importantes de cada año y movilizaban de manera sorprendente "a la sociedad urbana y sus múltiples corporaciones (Ayuntamiento, órdenes religiosas, cofradías, colegios y Universidad) como en tiempos de la monarquía católica, a través de procesiones. Estas dibujaban "en la ciudad barroca, el más sacralizado triángulo, cuyos ángulos se encontraban en Santo Domingo, San Francisco y la Plaza Mayor".⁵⁷ Eran tres los "ejes sagrados" de dichos itinerarios: uno iba de norte a sur, desde la Villa de Guadalupe hasta la Catedral, pasando por el templo de Santo Domingo; y dos que iban de este a oeste, uno por las calles de Tacuba y Santa Clara, y el otro por Plateros y San Francisco.

Este trabajo está conformado por cuatro capítulos: en el primero se presentan los antecedentes paganos del Carnaval, así como la celebración que se llevaba a cabo de esta fiesta en la España de los siglos XVII - XVIII. Estudia asimismo la misma fiesta pero en la ciudad de México, también durante los mismos siglos. En el segundo capítulo me dedico al Carnaval en la ciudad de México durante la primera mitad del siglo XIX. En el tercer capítulo abordo la fiesta de la Semana Santa, haciendo primero una breve remembranza de la Pasión y Muerte de Jesús de Nazareth, y luego me ocupo de señalar cómo se realizaba esta conmemoración en España durante los siglos XV a XVIII, para terminar con la

⁵⁶ Ibid., (La autora equivoca la fecha de octubre y dice que era el día 5).

⁵⁷ Ibid.

celebración de esta fiesta en la ciudad de México en la época colonial. El cuarto capítulo, se centra en la celebración de la Cuaresma y la Semana Santa en la ciudad de México en los primeros cinco decenios de su vida independiente.

El lector, a lo largo de la presente investigación, puede ir acompañando la lectura con algunas ilustraciones representativas de la época que he puesto al final del texto, así como por unos mapas que elaboré exprofeso, en los cuales se señalan el itinerario de las procesiones que se llevaron a cabo el Jueves y el Viernes Santo y el Sábado de Gloria. He preparado asimismo un cuadro cronológico, en el cual se exponen los sucesos más sobresalientes de ambas festividades ocurridos en España, Nueva España y la ciudad de México desde el siglo XVI, hasta la primera mitad del siglo XIX, que facilitarán su ubicación y su comprensión en conjunto.

Por último, las fuentes en las que se basa la presente investigación son los fondos documentales del Archivo Histórico de la Ciudad de México, en particular los ramos: *Diversiones Públicas, Actas de Cabildo y Asistencia del Ayuntamiento a diversos actos*. También se utilizaron los fondos documentales del Archivo General de la Nación, en especial los ramos de: *Gobernación, Bandos, Justicia Archivo y Justicia Eclesiástica*. Asimismo, resultaron de gran valor para la misma los diversos periódicos de la época. Me he basado también en los relatos de los cronistas y viajeros y en una bibliografía contemporánea que se refiere a la fiesta en general y a estas dos en particular.

Tanto el Carnaval como la Semana Santa en la ciudad de México, durante los años de 1821 a 1855, eran fiestas muy esperadas y celebradas con gran júbilo por parte de la población. La primera de ellas se festejaba por medio de los bailes de máscaras,

y a través de los diferentes disfraces la gente llegaba al grado del desenfreno, quebrantaba reglas y revelaba algo que durante gran parte del año tenía que esconder. En cuanto a la Semana Santa, era una de las fiestas religiosas más importantes del año, pues en ella se conmemoraba la Pasión y Muerte de Jesús, a través de los diferentes oficios que se llevaban a cabo durante toda esa semana.

I. EL CARNAVAL

Una de las fiestas populares que han perdurado a través del tiempo y que va tomada de la mano con la celebración litúrgica de la Semana Santa es el Carnaval. Ésta es una celebración burlesca, paródica y divertidamente cómica que permite, gracias al humor festivo de la población, transgredir y humillar al poder divino o político. Por lo tanto en el presente trabajo hago una referencia de esta fiesta para entender mejor cómo se realizó en la ciudad de México durante la primera mitad del siglo XIX.

Antecedentes paganos

El origen del Carnaval se remonta a aquellas fiestas precursoras que los egipcios, los griegos y los romanos realizaban en honor a algún dios. Los egipcios solían rendir culto a Isis,⁵⁸ la cual año tras año era sacada de su recogimiento y se le paseaba en procesión. Durante ésta, la gente portaba cañas de cebada y trigo, que conmemoraban el descubrimiento de los cereales que Isis les había concedido. Estas fiestas eran majestuosas y el pueblo se entregaba a las alabanzas día y noche y honraba a la diosa con ceremonias violentas e irrespetuosas algunas veces.⁵⁹

Los romanos celebraban fiestas en las que rendían homenaje al dios Baco y entre cuyas peripecias destacaban las orgías, el libertinaje y los grandes banquetes. También celebraban las Lupercales y las Saturnales. Las

⁵⁸ Era considerada la diosa de los cereales, señora de la abundancia y del pan, madre de las espigas y creadora de las cosas verdes.

⁵⁹ Ricardo Díaz Muñoz, *op. cit.*, p. 14.

Lupercales⁶⁰ se efectuaban cada 15 de febrero en honor de Luperco⁶¹ y del dios Fauno. Eran fiestas que realizaban los habitantes de las colinas que rodeaban Roma, para asegurar los beneficios económicos de los pastores, la fertilidad de las mujeres y los rebaños, y la protección a estos últimos contra el ataque de los animales feroces que acechaban el lugar.⁶²

Las Saturnales, era la fiesta romana en honor del dios Saturno y oficialmente se llevaba a cabo del 17 al 23 de diciembre. Durante estas fiestas el único trabajo que se permitía era el de cocinar. Se organizaba una gran comida comunal en memoria de cuando en la tierra todos los hombres eran iguales y felices. Se encendían velas y se intercambiaban regalos y la gente como signo de libertad portaba un sombrero, a los esclavos se les trataba como personas libres y sus amos les servían en los banquetes.⁶³

Durante el tiempo que duraba esta fiesta se elegía entre las clases inferiores a un rey, el cual casi siempre era el más feo, bobo y patán. Éste gobernaba un mundo al revés, dando órdenes inconcebibles, incitando a su comitiva a bailar, beber, escandalizar y entregarse a la diversión. Este cambio estamental afectaba los más altos cargos, pero nadie podía rehuir a tal bullicio.⁶⁴ Al terminar las fiestas, este rey era ajusticiado, pues se le hacía responsable de los males sufridos por el abandono de los valores morales establecidos. Sin embargo, con la divulgación del cristianismo, los sacerdotes y los obispos prohibieron esta fiesta así como la

⁶⁰ Esta fiesta fue suprimida definitivamente por el Papa Gelasio I en el año 494 harto del desorden y del libertinaje que ésta provocaba, reemplazándola por una fiesta consagrada a la purificación de la Virgen María.

⁶¹ Dios romano con el que tenían que ver las fiestas de la antigua Roma llamadas Lupercales.

⁶² Ricardo Díaz Muñoz, *op. cit.*, p. 21.

⁶³ Uwe Schultz, *La fiesta, una historia cultural: desde la antigüedad hasta nuestros días*, trad. José Luis Gil, Madrid, Alianza, 1993, p. 157.

⁶⁴ *Ibid.*

participación en ella y predicaron contra otro tipo de diversiones parecidas.⁶⁵

El Carnaval en España. Siglos XVII-XVIII. El origen de la palabra Carnaval

La palabra Carnaval en un principio se creía que derivaba de la palabra *currus navalis* o carro naval, pues los romanos de la época imperial celebraban cada 5 de marzo un desfile en el cual participaba la gente disfrazada y se paseaba con gran pompa en un barco en honor a la diosa Isis. Sin embargo, esta etimología empezó a estar en deshuso y la palabra se analizó "en función de la idea cristiana de la llegada del ayuno y de la entrada de la Cuaresma".⁶⁶ De esta manera, durante el siglo XIII en España al Carnaval se le conocía como Carnestolendas⁶⁷ y Antruejo o Introido, traducidas al latín como *Carnisprivium*.⁶⁸ En el siglo XIV se utilizaba el vocablo "Carnal" en oposición a la Cuaresma, y a partir del siglo XV diversos autores españoles usaban la palabra Carnaval, derivada de la palabra italiana Carnevale.

En algunos lugares de España, el Carnaval iniciaba en la Navidad, en otros comenzaba el día de Reyes o el día de San Antón. Algunos más indican que empezaba el día de la Candelaria (2 de febrero), o el día de San Blas (3 de febrero); o bien quince días antes del Domingo de Carnaval; otros limitan las festividades al Domingo, Lunes y Martes anteriores al Miércoles de Ceniza y por último, otros lo restringían sólo al Martes de Carnaval. Sin embargo, el esquema tradicional que se adoptó oficialmente en España fue el siguiente: Jueves

⁶⁵ Ibid.

⁶⁶ Julio Caro Baroja, op. cit., p. 33.

⁶⁷ Esta palabra significa carnes eliminadas.

⁶⁸ Esta palabra significa privarse de las carnes.

de Compadres;⁶⁹ el Jueves de Comadres, correspondiente a la semana siguiente; el Jueves Gordo o Lardero, una semana antes de las fiestas; el Domingo, Lunes y Martes de Carnaval; el Miércoles de Ceniza, y el Domingo de Piñata.⁷⁰

El Disfraz

La costumbre de usar disfraz con máscara o sin ella, tuvo su origen en las ceremonias religiosas que llevaban a cabo los egipcios, hebreos y romanos, así como en las farsas teatrales de los griegos. Sin embargo, fue en Italia donde, durante el Carnaval, se adoptó la máscara no sólo como vehículo de alegría y desenfreno, sino que además servía para ocultar la personalidad de quien la usara para gozar así de impunidad en conspiraciones y venganzas, o para facilitar amoríos y romances.

Poco después, el uso de la máscara se fue extendiendo por toda Europa, aunque siempre con el desacuerdo de las autoridades, las cuales consideraban que el hecho de que la población encubriera su rostro provocaba conflictos.⁷¹ España no fue la excepción. Durante el reinado de los Reyes Católicos, se permitió el disfraz en determinados días con el fin de realizar diversas bromas en los lugares públicos. Sin embargo, Carlos I en 1523 dictó en Valladolid, por petición de las Cortes, una ley donde prohibía el uso de las máscaras y los disfraces, debido al mal uso que se hacía de ellos. Más tarde, Felipe II prohibió el uso de la careta pero autorizó el disfraz. Fue Felipe IV quien, con más libertad, permitió el uso de disfraces y máscaras en la

⁶⁹ Nombre con el que se le conocía al perteneciente a la tercera semana, antes de que iniciara el Carnaval.

⁷⁰ Era llamado así porque, primero en la calle y posteriormente en los bailes conmemorados ese día, se colgaba un cántaro o una olla que tenía algunos obsequios o dinero, y los jóvenes, con los ojos cubiertos debían quebrarla con un palo.

⁷¹ Pedro Montoliu Camps, *op. cit.*, p. 56.

corte, volviendo así el esplendor de las mascaradas en la realeza.

Sin embargo, Felipe V y Fernando VI las volvieron a prohibir, pues el primero argumentaba que no le gustaban las continuas ofensas que las máscaras dirigían a su persona. Más tarde, Carlos III derogó las leyes de sus antecesores y expidió un decreto, en el cual autorizaba las diversiones públicas durante el Carnaval, el uso de las máscaras en la misma fiesta y en el teatro, y con el fin de evitar desmanes en los bailes de máscaras y en otras manifestaciones de carácter popular, ordenó que se redactara un reglamento. De esta manera, todas estas autorizaciones y prohibiciones dependían de la mentalidad del monarca que estuviera en el poder, y no afectaron en lo más mínimo al Carnaval, alcanzando su máximo auge a partir del siglo XVII.

La Celebración

En la Europa del Renacimiento y del inicio de la modernidad, el Carnaval era la festividad más popular e importante del año y el momento apropiado para decir al menos una vez y sin que se recibiera castigo alguno lo que a menudo se pensaba.⁷² Era la fiesta donde el pueblo recuperaba el protagonismo social y había una revitalización de la conciencia de identidad étnica y social. Era el triunfo de una especie de liberación transitoria, pues se abolían provisionalmente "las relaciones jerárquicas, privilegios, reglas y tabúes. Se oponía a toda perpetuación, a todo perfeccionamiento y reglamentación".⁷³ Todos eran iguales, pues prevalecía una forma especial de contacto libre y familiar entre las personas casi siempre separadas en la vida cotidiana por la condición social, su riqueza, su profesión, sus años o su situación familiar.

⁷² Peter Burke, *op. cit.*, p. 262.

⁷³ Mijail Bajtin, *op. cit.*, p. 15.

Los días grandes del Carnaval eran el Domingo, Lunes, Martes de Carnaval y el Miércoles de Ceniza. Durante los primeros tres días, las calles se convertían en un escenario donde prácticamente estaba todo permitido. La gente bailaba, cantaba y se disfrazaba con narices largas o con disfraces populares ya fuera de animales salvajes, bufones, diablos o religiosos, pero sin importar las murmuraciones la inversión más clásica era aquella en la que el hombre se disfrazaba de mujer y ésta de hombre, siendo mal visto por la iglesia, pues vestirse con las ropas del otro sexo era considerado pecado contra el sexto mandamiento.⁷⁴

Se realizaban desfiles compuestos por carros llenos de gente que llevaban puestos estos disfraces, los cuales iban cantando melodías especialmente compuestas para esta ocasión, y que dedicaban a las damas que desde sus balcones observaban el desfile. También se llevaban a cabo diferentes competencias destacando las carreras a caballo, pedestres o en círculo, y se celebraban batallas o torneos acuáticos o terrestres. Además era común dentro del Carnaval la representación de una obra teatral, que podía ser de cualquier género, casi siempre una parodia o sátira contra las autoridades civiles y eclesiásticas.⁷⁵ Otro de los temas importantes del Carnaval eran la comida y el sexo. Durante esta época la gente acostumbraba comer de manera exagerada cualquier alimento sobre todo carne de cerdo, de vaca y de otros animales; además se incrementaba la actividad sexual, pues vendrían cuarenta días en los que se tendría que guardar un riguroso ayuno y una severa abstinencia.

⁷⁴ Julio Caro Baroja, *op. cit.*, p. 98.

⁷⁵ Peter Burke, *op. cit.*, p. 266.

Algunos agravios durante el Carnaval

Dentro de la diversión que traían consigo las fiestas del Carnaval, existían también algunos agravios que a veces llegaban a ser violentos durante estas fiestas en España, en los siglos XVII y XVIII. Por ejemplo, a los hombres menesterosos que vagaban por las calles, los insultaban desde las casas, les hacían bromas o les echaban en cara su condición social, y en cambio se guardaba un gran respeto a los que parecían que gozaban de una situación económica más cómoda.

Otra costumbre que se tenía era que mucha gente disfrazada o enmascarada solía ir por las calles gritando las faltas ajenas ya fueran falsas o verdaderas, y utilizaban para ello las palabras más irrespetuosas que existían. También durante esta época se robaban determinados objetos que tenían algún uso doméstico; se cogían de las granjas o centros de trabajo algunas herramientas o trebejos que se utilizaban en la agricultura; se asaltaban algunos caminos o el camino más frecuente; se pendían los autos de los árboles, se arrojaban a los ríos o si no se hacían rodar. Todas estas atrocidades se solían practicar monótonamente todos los años.

Los juegos

Durante el Carnaval se llevaban a cabo los siguientes juegos -violentos en su mayoría- ya tradicionales en la población española. "Mantear el pelele": en los balcones se acostumbraba colgar un muñeco hecho de trapos viejos y relleno con paja, al cual se le llamaba popularmente "pelele". Este muñeco de tamaño natural solía ser presentado en sociedad el Domingo de Carnaval y por las tardes era lanzado al aire hasta que se rompía completamente o se quedaba colgado en el centro de la

calle siendo sentenciado a morir en la hoguera el Miércoles de Ceniza. Cuando no eran muñecos, la víctima era un vecino o un desconocido, que, a pesar de quejarse, era lanzado al aire mientras los que lo aventaban cantaban "el pelele está malo, ¿qué le daremos? Agua de caracoles que cría cuernos".⁷⁶

"Tirar objetos o líquidos": grupos de hombres enmascarados mientras paseaban por las calles iban lanzando huevos de olor llenos de agua, harina, ceniza o salvado a las muchachas que encontraban a su paso, cantando coplas chistosas y emulando los gritos de las jóvenes. "Quebrar o cazar la olla": se rompía una olla con un palo por una persona que tuviera los ojos vendados, pues se tenía la creencia que de esta forma se desintegraba el mal y la abundancia en especial de productos agropecuarios nunca faltaría en la tierra. En el segundo caso, la olla tenía que ser atrapada por los jóvenes que formados en círculo se la lanzaban de uno a otro.⁷⁷

"Uso de matracas, campanas y cencerros": algunos personajes carnavalescos acostumbraban usar las matracas, las campanas y los cencerros,⁷⁸ con el fin de provocar un ruido estruendoso para alejar así a los malos espíritus y disfrutar los sentidos y el renacimiento de la naturaleza. "Prender mazas": se colgaban unas colas de papel llamadas mazas, en la parte posterior de la ropa de la gente a la que se le hacía la broma sin que se diera cuenta. Junto a la maza se colocaba un papel el cual contenía una frase burlona sobre la persona. Con la aparición de la chistera,⁷⁹ se creó la siguiente burla: se ataba de ambos lados de la calle una cuerda y al pasar un caballero se movía la cuerda y se procuraba tirarle el sombrero.⁸⁰

Dentro de estos juegos destacaban algunos que se llevaban a cabo

⁷⁶ Pedro Montoliu Camps, *op. cit.*, p. 64.

⁷⁷ Ricardo Díaz Muñoz, *op. cit.*, p. 48-49.

⁷⁸ Eran pequeñas campanillas, las cuales algunas veces se colgaban al cuello de las reses.

⁷⁹ Sombrero de copa alta.

⁸⁰ Pedro Montoliu Camps, *op. cit.*, p. 58.

con animales y eran considerados como violentos: "Atormentar a gatos y perros": se tenía por costumbre amarrar envases, frascos u otros objetos al cuello y a la cola de gatos y perros y correr detrás de ellos por las calles, gritando o cantando refranes picarescos.⁸¹ "Gatadas": esta carnavalada consistía en amarrar a un gato con una soga a una polea y se le pegaba hasta que éste se enojaba y se lanzaba a la espalda de algún peatón. El minino solía sujetarse de la ropa del transeúnte y éste sorprendido, huía o terminaba peleándose con el animal.⁸²

"Correr el gallo": en un principio los profesores y los niños elegían a suerte al rey de los gallos. El que ganaba se vestía simulando al animal y marchaba enfrente de la procesión que salía a las calles a "apedrear" al rey del corral con naranjas. Mientras hacían esto iban de puerta en puerta pidiendo dinero para comprar un gallo y con él realizar una cena. Otra situación con los gallos era la de atar uno o dos de estos animales en una cuerda que pendía de un lado a otro de la calle, así los jóvenes con los ojos cubiertos y con un palo o una espada en la mano esperaban su turno para pegarle al gallo, el que le daba en la cabeza se quedaba con él y el que no le pegaba pagaba una multa. En otras poblaciones el correr gallos consistía en enterrar al animal y sólo dejar afuera su cuello, para que la gente con los ojos vendados y con una espada en la mano hiciera el intento de decapitarla.⁸³

⁸¹ Ricardo Díaz Muñoz, *op. cit.*, p. 45.

⁸² Pedro Montoliu Camps, *op. cit.*, p. 58.

⁸³ Ricardo Díaz Muñoz, *op. cit.*, p. 47-48.

Los Bailes de Máscaras

Durante los siglos XVIII y XIX, los eventos más populares del Carnaval español fueron los bailes de máscaras. Estos fueron introducidos a la corte española por don Pedro Pablo Abarca de Bolea, conde de Aranda. Tradicionalmente el Domingo de Carnaval desde el medio día la gente solía salir a las calles principales a enseñar sus disfraces. También se veía desde un zapatero tomando la medida del pie de varias mujeres hasta un grupo de damas manteando un pelele que portaba cualquier disfraz.

Por la noche, la gente que podía, compraba boletos para asistir a los bailes que se realizaban en los principales teatros del país. Los concurrentes a estos bailes llevaban caretas o antifaces y solían alternar el baile popular, el rigodón⁸⁴ y el vals con veloces huidas para beber refrescos que se vendían a modestos precios.⁸⁵ Durante los dos días siguientes se seguían organizando estos bailes ya fueran en los teatros, en casas particulares, salones privados o públicos y locales.

En Madrid, los teatros más importantes donde se realizaban estos bailes populares eran los de la Zarzuela y el Real. En el primero acudía la clase media alta, la cual bailaba al ritmo de diversas orquestas y coros; y en el Real sólo asistía la flor y nata de la sociedad encabezada por la familia real. A este último continuamente se le renovaba la decoración, se bailaba hasta las seis de la mañana diversas piezas musicales que se componían para la ocasión como poleas, habaneras, rigodones, mazurcas, chotis, redovas, valeses y galop;⁸⁶ a las tres de la mañana se hacía un intermedio en el cual se celebraba un sorteo para obtener un premio, el cual casi siempre era dinero.

⁸⁴ Danza en la que las parejas hacen las mismas figuras.

⁸⁵ Pedro Montoliu Camps, *op. cit.*, p. 60.

⁸⁶ Danza y música de origen húngaro.

El fin del Carnaval

El final del Carnaval se indicaba por medio del entierro de la sardina, fiesta que tuvo su origen cuando durante el siglo XVIII, el rey Carlos III decidió durante un Miércoles de Ceniza que la carne debía de ser desterrada para cumplir con la abstinencia. Para tal fin organizó en la Plaza de la Ópera, en Madrid, una fiesta donde mandó traer sardinas, pero como hacía demasiado calor, éstas se echaron a perder, por lo que el pueblo ante tal situación organizó un entierro simulado y se dirigió en comitiva hacia la Casa de Campo para enterrar y deshacerse de la pestilente carga.⁸⁷

De aquí en adelante se siguió celebrando esta procesión en la cual la sardina era representada por un cuerpo de cartón con forma de pez o por una persona con un pescado en la boca, la cual se ofrecía voluntariamente a representar a la sardina y era llevada al cementerio en andas⁸⁸ o en carros alegóricos por una comitiva integrada por los miembros de la cofradía de la Sardina y la de San Marcos, acompañados de una multitud disfrazada, la cual llevaba consigo pendones, estandartes, escobas, jeringas, iban cantando canciones tristes y mojando a los que observaban la procesión; otros iban predicando sermones en son de burla o fingiendo dolor o llanto.

Mientras tanto, la Cuaresma, la cual era caracterizada por una vieja de cartón con siete piernas que representaban las siete semanas de ayuno obligatorio, era conducida por la gente con actitud de triunfo. Ella enlutada, decrepita e hipócrita marchaba atrás del cortejo y se burlaba de los fuertes gritos de la multitud enmascarada. Al llegar al cementerio mientras se quemaba a la sardina se recitaban unos poemas alusivos a la ocasión, se redoblaban los lamentos y se

⁸⁷ Jesús Callejo, *op. cit.*, p. 92.

⁸⁸ Angarillas con que se transporta a una persona, imagen o paso de procesión.

coronaba a la Cuaresma poniéndole un cetro de espinacas y una capa negra, después era conducida en medio de melodías lúgubres iluminada con velas a la Plaza Mayor, donde se apagaban éstas y se daba por terminado el periodo de diversión.⁸⁹ La vieja de cartón era instalada en una casa y conforme iban pasando las semanas de la Cuaresma se le iban cortando las piernas hasta terminar con las siete. Al llegar el Sábado Santo, se le degollaba con la misma algarabía con la que se había realizado el entierro de la sardina.

El Carnaval en la ciudad de México. Siglos XVII-XVIII

La información existente acerca del Carnaval en la ciudad de México durante los siglos XVII y XVIII es muy escasa, sin embargo, debido a algunos edictos relacionados con las Carnestolendas en esta época, nos damos una idea de cómo se llevaba a cabo dicha celebración. Así, los tres días anteriores al Miércoles de Ceniza prevalecía en la ciudad de México un ambiente de libertad y júbilo. Se tenía por costumbre portar diversas máscaras y usar disfraces de religiosos aunque lo más común era que las mujeres se vistieran de hombres y viceversa. Aprovechando su anonimato, muchas personas se lanzaban cascarones y anises,⁹⁰ se emborrachaban o recorrían la ciudad burlándose de la gente y de las autoridades civiles y eclesiásticas, y cometían diversos desmanes.⁹¹ Debido a esto, esta fiesta comenzó a ser censurada por los poderes civil y eclesiástico a finales del siglo XVII y principios del siglo XVIII.

En 1722, el arzobispo de la ciudad de México, Carlos Bermúdez de

⁸⁹ Julio Caro Baroja, *op. cit.*, p. 136.

⁹⁰ Pequeños granos de anís bañados en azúcar.

⁹¹ Juan Pedro Viqueira Albán, *op. cit.*, p. 139.

Castro, publicó un edicto en el cual prohibió "las mujeriles transformaciones que en estas Carnestolendas suele sugerir el demonio en semejantes trajes".⁹² El virrey apoyó al arzobispo con este edicto y publicó otro prohibiendo que durante el Carnaval salieran enmascarados, ni gente con los rostros cubiertos en los bailes que se llevarían a cabo en esos días. Estas medidas fueron acatadas por el pueblo y durante los tres días del Carnaval sólo hubo Jubileo en las iglesias.

Sin embargo, las medidas más efectivas en contra del Carnaval fueron las que llevó a cabo el virrey don Juan Acuña, marqués de Casa Fuerte, que gobernó la Nueva España de fines de 1722 a principios de 1734. Él se encargó de redoblar los esfuerzos para acabar con los abusos que propiciaba esta fiesta. Así, el 20 de diciembre de 1731, se distribuyó por toda la ciudad un bando en el cual se prohibía a los hombres disfrazarse de mujeres y a éstas de hombres, así como de utilizar máscaras, y si esto no se cumplía se castigaría con doscientos azotes y dos años de cárcel a los españoles que no probaran ser hidalgos, a los que lo fueran seis años de presidio y a los de color quebrado doscientos azotes y seis años de obraje.⁹³

Este bando fue una de las tantas medidas que desde hacía varios años los virreyes venían difundiendo en contra del Carnaval. Así en 1821, un síndico del Ayuntamiento, opinaba que desde el siglo anterior el virrey marqués de Casa Fuerte había conseguido poner fin a las máscaras y al caos que provocaba el Carnaval, así como apartar todo festejo del centro de la ciudad estimulando una diversión alternativa: el paseo de Ixtacalco, el cual iniciaba el Domingo de Carnestolendas y duraba hasta el de la

⁹² HNM, *Gaceta de México*, 13 de febrero de 1722, núm. 2.

⁹³ AGNM, *Bandos*, vol. 2, # 25, f. 258.

Pascua de Resurrección.⁹⁴

A partir de aquel momento, los siguientes virreyes en la época del Carnaval, sólo se encargaron de supervisar que no resurgiera el libertinaje dentro de la ciudad, así como de acabar con algunas anomalías e intentar imponer un poco de orden en las inmediaciones de la capital. Las noticias posteriores al virrey Casa Fuerte nos dicen que durante los días del Carnaval en la ciudad de México reinaba absoluta tranquilidad.

Así lo confirma la referencia que la Gaceta de México publicó en 1783, donde comunicaba que el 16, 17 y 18 de febrero, días en que se celebraban las Carnestolendas, la asistencia del público para hacer la diligencia de ganar el Jubileo en todos los templos en donde lo hubo, fue muy numerosa. No se vieron ni escucharon personas disfrazadas ni enmascaradas, bailes provocativos, juegos ni otras diversiones dañinas que se acostumbraban en estos días.⁹⁵ Sin embargo, el gobierno seguía intentando acabar con algunos desórdenes que aún existían, como tirarse anises y cascarones de huevos llenos de varias sustancias.

Así, en 1787, a raíz del fallecimiento del virrey conde de Gálvez, la Real Audiencia que gobernaba a la Nueva España fijó un cartel en las puertas del Coliseo, el cual decía que debido al desorden que la gente realizaba en los días en que se celebraba el Carnaval dentro del teatro, como lanzar a los palcos y a la tarima anises gruesos, almendras cubiertas, cebada, alverjones, otras semillas y piedras pequeñas, quedaba prohibido y sólo se permitiría tirar con moderación anises menudos como grajeas o mostacillas y se arrestaría a todo aquel que

⁹⁴AHCM, Diversiones Públicas, vol. 797, exp. 33.

⁹⁵ Juan Pedro Viqueira Albán, op. cit., p. 146.

incumpliera estas órdenes.⁹⁶

Este desorden no sólo era en salas de espectáculos sino también en las calles, alamedas, paseos y otros parajes públicos. En 1789, se prohibió, por un bando, que ninguna persona arrojara, quebrara o tirara en los lugares antes mencionados cascarrones, anises, papeles, aguas, frutas ni otra cosa, y si esto no se cumplía, se castigaría a los españoles con cincuenta pesos de multa. Si ésta no se pagaba, irían a la cárcel quince días, mientras los negros, indios y demás castas estarían en prisión un mes. También se prohibía la venta de los cascarrones, anises y demás objetos que servían para este tipo de diversión.

Sin embargo, a esta ley no se le hizo mucho caso, pues en 1797 para reforzarla, se publicó otro edicto en el cual el Ayuntamiento ordenaba al gremio de confiteros que se abstuvieran de vender sus productos en los mercados durante esta fiesta, así como a los jueces de plaza, que vigilaran que esto se cumpliera.⁹⁷ Con este tipo de medidas, la celebración del Carnaval en la capital decayó notablemente. A pesar de todo, a mediados del siglo XIX esta fiesta volvió a tener cierto grado de esplendor gracias a los bailes de máscaras que se llevarían a cabo en los teatros principales de la ciudad o en las casas particulares.

⁹⁶ Enrique Olavarría y Ferrari, Reseña histórica del teatro en México, México, UNAM, 1985, p. 50.

⁹⁷ AHCM, Diversiones Públicas, vol. 796, exp. 13.

II. EL CARNAVAL EN LA CIUDAD DE MÉXICO DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX

Iglesia Vs Carnaval

En la primera mitad del siglo XIX, durante los tres primeros meses de cada año, continuamente encontramos el paso entre la alegría y la penitencia en ambos sentidos. De esta manera, el Carnaval es el preámbulo de la Cuaresma y por lo tanto el final del gozo permitido. A partir de la década de los 30, esta fiesta volvió a ser importante debido a los magníficos bailes de máscaras que se realizarían en esta temporada.

Sin embargo, este tipo de eventos no le era de todo agradable a la iglesia. Así, en 1831 el Carnaval se vio envuelto en un gran escándalo. Ese año como era ya costumbre, se anunciaron los bailes de máscaras tradicionales, mismos que fueron autorizados por el gobierno. Sin embargo, el 5 de marzo el Arzobispado publicó un edicto en el cual prohibía a los habitantes de la capital asistir a los bailes de máscaras y decretó que quien lo hiciera recibiría inmediatamente como castigo la excomunión.⁹⁸

Este edicto fue leído en todas las misas del Domingo de Carnaval, con el único fin de que los fieles no acudieran a este tipo de diversiones. Las razones que exponía el Arzobispado para realizar dicha prohibición fueron las siguientes: la primera era que en los bailes del año anterior que tuvieron lugar en una casa particular, los invitados tanto hombres como mujeres sólo llevaban puesta la máscara; y la segunda fue que algunas personas acostumbraban asistir a los bailes públicos disfrazadas de algún personaje religioso como curas, monjas

⁹⁸ AGNM., Justicia, vol., 121, leg., 45.

o frailes.⁹⁹ Muchas fueron las reacciones ante este edicto, sobre todo las que no estaban de acuerdo con la actitud que la iglesia había asumido. Entre ellas figuró la de un periodista que bajo el seudónimo de "Argos" había escrito un artículo en contra de los autores del edicto, en el cual opinaba:

Puede ser que en alguna parte llegase a tanto el desenfreno de las pasiones, pero si acaso hubo tal, sería en secreto entre pocas personas y la repetición de tales excesos no la impedirá el anatema de las máscaras, porque quienes tengan disposición para ello no tendrán embarazo en desnudarse también la cara para no incurrir en la censura.¹⁰⁰

En cuanto a los disfraces que representaban a algún personaje religioso, el periodista recomendaba al Arzobispado que prohibiera las representaciones de la Pasión, pues en ellas mucha gente que personificaba a algún personaje religioso como cofrades con túnica larga, frailes, curas o el mismísimo Jesucristo acudían ebrios o se ponían a jugar dentro de las iglesias a los naipes, dados o rayuela, sirviendo todo esto "más bien de diversión que de excitar la piedad y devoción de los fieles".¹⁰¹ Otro articulista, respecto al mismo tema comentaba: "Si este edicto se hubiera publicado en el siglo XVI, se habría acatado con la sumisión y respeto que demandaba la ignorancia de los pueblos en aquellos tiempos de barbarie."¹⁰²

Debido a estos artículos y al escándalo causado por este edicto, las autoridades eclesiásticas no volvieron a mencionar el tema. Sin embargo, hasta donde se sabe, el Carnaval se siguió celebrando si bien la discusión sobre su permisividad también continuó. En 1855, el Papa Pío IX decretó el año del Jubileo y por

⁹⁹ Francisco Reyes de la Maza, Circo, maroma y teatro, (1810-1910), México, UNAM, 1985, p. 19.

¹⁰⁰ Ibid.

¹⁰¹ Ibid.

¹⁰² HNM., Voz de la Patria, t. IV, 10 de marzo de 1831, p. 1-8.

esto mismo se consideraba una contradicción que el Carnaval se permitiera, por los excesos que se cometían en él. Sin embargo, diversos comerciantes pidieron al gobierno que no prohibieran los bailes de máscaras, pues tendrían inevitables pérdidas económicas. Cuando se solicitó su opinión, el abogado Ignacio Sierra y Rosso consideró:

Que hágase lo que se hiciera, es decir, concédase o niéguese el permiso, siempre hay lugar al pretexto para que se excite el disgusto y la odiosidad, pues que ya en un sentido se dirá que se niega el recreo y la distracción honesta al público y por otro se dirá que en el actual tiempo del Jubileo sólo con desprecio y con positivo ultraje a la piedad religiosa, podían permitirse unos espectáculos que aún en tiempos comunes y por su naturaleza misma se han prohibido.¹⁰³

La probable justificación de esta tolerancia era que aún los preceptos de Tiberio continuaban vigentes: “al pueblo es menester darle pan y circo para que no sienta el peso de sus cadenas ni despierte de su letargo”.¹⁰⁴

Los preparativos para el Carnaval

A mediados del siglo XIX en la ciudad de México, una de las principales diversiones del Carnaval fueron los bailes llamados de “máscaras”, en los que se practicaban las danzas que en esos momentos más gustaban a los mexicanos: valeses, cuadrillas, contradanzas, polkas, schotises, galopas y dengues. Estos bailes en un principio provocaron gran polémica. Por ejemplo, en 1840 un periodista se alegraba de que se estableciera la costumbre europea de este tipo de bailes y esperaba que el público asistente demostrara su “circunspección y cultura” porque sí de lo contrario se

¹⁰³ AGNM., *Justicia Eclesiástica*, t. 170, f. 245-250.

¹⁰⁴ HNM., *El Duende*, t. I, n. 10, 22 de febrero de 1840, p. 113-118.

perdía la disciplina y la compostura, en lo sucesivo serían prohibidos.¹⁰⁵

Sin embargo, no todos estaban de acuerdo y parte de la sociedad "conservadora" comentaba que ese tipo de bailes "lejos de ser de alguna utilidad, sólo sirven para corromper más y más la poca moral pública que ha quedado y atacar las buenas costumbres".¹⁰⁶ Otros críticos, opinaban que con ellos se daba un "inquieto y diabólico espectáculo". Así lo escribió un periodista con las iniciales M.G. en 1840:

Rompió la música, y entonces fue cosa de ver cual se agitaban y daban aullidos de júbilo aquellas extrañas criaturas; como se agarraban unas a otras, tomándose de las manos, de los brazos y aún del cuello: ora formaban grandes ruedas, y brincaban y saltaban sin hacer el menor caso del compás, ora acompañados de dos en dos, se dejaban arrastrar del paso doble y de la galopa, dando y sufriendo sendos empellones, pateando con toda fuerza, cual si fuesen energúmenos, y saludándose mutuamente con chistes unos, y otros con groserías.¹⁰⁷

A pesar de las críticas, desde el mes de enero hasta la primera quincena de febrero, se llevaban a cabo los preparativos para el Carnaval. Durante este tiempo los diversos empresarios se encargaban de solicitar una licencia a la comisión de teatros y diversiones públicas para que se les permitiera realizar los bailes de máscaras en los tres días del Carnaval. Así, a partir de 1840, éstos se efectuaban con el carácter de públicos en los principales teatros de la capital, siendo éstos: "el teatro Principal, el cual se encontraba en la antigua calle del Coliseo Nuevo, hoy tercera de Bolívar entre Madero y Venustiano Carranza";¹⁰⁸ también se llevaron a cabo en el "teatro Santa Anna, después llamado teatro Nacional, ubicado en la calle de

¹⁰⁵ HNM., Periódico de Ciencias, Literatura y Artes, t. I, n. 4, 10 de marzo de 1840, p. 66-67.

¹⁰⁶ HNM., El Cosmopolita, t. IV, n. 60, 29 de febrero de 1840, p. 3.

¹⁰⁷ HNM., Repertorio de Literatura y Variedades, t. I, 1840, p. 273-274.

¹⁰⁸ HNM., El Museo Mexicano, t. III, 1844, p. 89-92. Véase Manuel Mañón, Historia del teatro Principal de México, México, Editorial Cultura, 1932, p. 16.

Bolívar y cerrando la calle de Cinco de Mayo".¹⁰⁹ Hubo otros años en que se realizaban en el teatro Unión, Oriente e Iturbide, "el cual se encontraba ubicado en los terrenos de la actual sede de la asamblea del D. F., en las calles de Donceles y Bolívar".¹¹⁰

Como era necesario poner un poco de orden en estos espectáculos, en la década de los cuarenta la comisión de teatro y diversiones públicas divulgó un reglamento, al cual, conforme fueron pasando los años, se le fueron agregando más artículos. Así en el año de 1842, la licencia les era otorgada siempre y cuando cumplieran con los siguientes puntos: uno de los señores capitulares debía asistir a cada baile y ante él, los asistentes antes de entrar al teatro se tenían que quitar las máscaras. Después ya adentro, el señor capitular se colocaría en un punto estratégico para vigilar el orden del baile y a aquél que incumpliera con éste, sería remitido a la autoridad competente.¹¹¹

Durante el año de 1843, este reglamento se siguió llevando a cabo sin ningún cambio. Sin embargo, en 1844, ante la proximidad del Carnaval, la comisión de diversiones públicas decidió agregar más artículos al de 1842, siendo estos los siguientes: el empresario debía pagar una cuota o pensión municipal por cada función de baile de máscaras que llevara a cabo. Esta cuota sería designada a algún hospital y variaba, pero casi siempre se establecía entre los cinco y los cien pesos. Se tenía prohibido entrar al salón del baile con armas y bastones. Ninguna persona debía introducirse con careta a los palcos y a la galería alta, ni caminar por los pasillos que condujeran a estos lugares. Dentro del teatro se disponía de un lugar donde la gente podía guardar sus sombreros, capas,

¹⁰⁹ Verónica Zárate, *op. cit.*

¹¹⁰ *Ibid.*

¹¹¹ AHCM, *Actas de cabildo*, vol. 162 A, s/f., 14 de enero de 1842.

armas y bastones.¹¹²

En el año de 1845, el reglamento fue el mismo, sólo se estableció el precio de las entradas a los bailes de máscaras: dieciséis pesos para los palcos con ocho boletos, dos pesos al patio y uno la galería alta; y se prohibió la entrada al salón de personas "ebrias", así como la venta de licores "embriagantes". Durante 1846, los bailes de máscaras se realizaron sin ningún problema y se siguió llevando a cabo el reglamento del año anterior. Sin embargo, para el año de 1847 se le agregaron otros artículos: la gente que en el interior del teatro vendía comida y bebida, tenía que colocar en los lugares visibles las listas con los correspondientes precios, los cuales debían ser medidos. Además, la comisión de diversiones públicas debía mandar a algún arquitecto que estuviera disponible a revisar en cada función el tablado donde se llevaría a cabo el baile para evitar cualquier accidente; sin este requisito y si el informe no se cumplía satisfactoriamente, no se autorizaría el baile de máscaras correspondiente.¹¹³ De esta manera, las autoridades ordenaban y controlaban la "fiesta", y como muestra estaban los reglamentos que nos indican el relajamiento, el desorden y la falta de respeto que se daba en ella.

El público carnavalesco

Ya se ha dicho que con la excusa del Carnaval, la gente cometía diversos abusos y atropellos que se evidenciaban en la comida, la permisividad, la ironía y el escándalo. Por otra parte, durante esta fiesta era ya una tradición que los rostros se encubrieran tras un confuso disfraz, lo cual permitía que las clases sociales se mezclaran, además de que aseguraban su anonimato. En 1844, un escritor, bajo un pseudónimo,

¹¹² *Ibid.*, vol. 165 A, 16 de febrero de 1844.

¹¹³ *Ibid.*, vol. 169 A, 9 de febrero de 1847.

opinaba acerca de lo que sucedía en esos días:

La gente se vuelve loca, [...] la vergüenza desaparece luego que se cubre el rostro con la careta, [...] el ambiente es voluptuoso, [...] la luz comunica cierta belleza a las mujeres, [...] vamos, nadie sabe lo que puede suceder en una noche de Carnaval.¹¹⁴

Otro autor, al año siguiente, comentaba que era el “día de alboroto y de locura, en que las viejas se vuelven mozas, las muchachas ancianas, y los rostros de máscara se cubren, como si fuese necesario, con otra máscara”. Encuentros, desencuentros, propuestas amorosas, pequeños escarmientos y chistosas bromas, “todo tiene lugar en estos días en que la costumbre autoriza a ciertas acciones y ciertas palabras, que no se dirían sin rubor si faltase la careta”.¹¹⁵ De esta manera, el uso de las máscaras, permitía con total libertad, realizar actos que generalmente permanecían reprimidos durante todo el año. Asimismo, en estos días de Carnaval se alimentaba desmedidamente la vanidad, pues la gente gastaba sus ahorros o contraían diversas deudas comprando, alquilando o mandando a hacer lo último de la moda. Ante esto, Guillermo Prieto, bajo el pseudónimo de “Fidel”, se preguntaba:

¿Que importa al garboso empleado
quedarse un mes sin cenar,
si vende un año de pagas
por un dominó y un chal?¹¹⁶

Lo único importante durante estos días era lucir los mejores disfraces y adornos. Así, días antes de que comenzara esta fiesta, en la prensa se podían leer varios anuncios ofreciendo los diversos artículos indispensables para esta temporada. Por ejemplo, en la segunda calle de Plateros número 2, el dueño de la sastrería llamada “A los Gustos Reunidos” anunciaba al público que acababa de

¹¹⁴ HNM., El Siglo Diez y Nueve, n. 822, 24 de febrero de 1844, p. 3.

¹¹⁵ HNM., Revista Científica y Literaria de México, t. I, 1845, p. 368-369.

¹¹⁶ HNM., El Siglo Diez y Nueve, 3 de marzo de 1843, p. 3.

recibir un gran surtido de trajes de máscaras de todas clases y precios;¹¹⁷ también en la calle de Santa Teresa la Antigua, junto al número 15, el negocio de don Ignacio Rodríguez vendía "a precios muy cómodos", disfraces de seda, terciopelo y corrientes, propios para el Carnaval.¹¹⁸

Las peluquerías también ofrecían varios artículos para esta temporada, así las que se encontraban en las calles del Coliseo y de la primera calle de la Merced contigua al número 17, avisaban la venta o alquiler de caretas de cartón, cera, raso, dominós de seda y medios dominós de raso y terciopelo de algodón; y otros disfraces a un peso y diez reales, así como guantes, pelucas de figurón, caireles, barbas, patillas, tirabuzones para damas, corchos, plomos y otros adornos para la cabeza. Los dueños de estas peluquerías tenían su negocio abierto durante todas las noches del Carnaval, para que la gente adquiriera cualquier artículo que necesitara.¹¹⁹

Muchas veces, los trajes de máscaras iban de acuerdo a lo que se usaba o estaba de moda en Europa, sobre todo en Francia. Así, en la peluquería del Portal de Mercaderes número 4, la gente podía alquilar magníficos trajes de máscaras al gusto francés como de "Titi, Pierrot, Malin, históricos o de los personajes de las novelas de Alejandro Dumas, como los Tres Mosqueteros, Chicot, Luis XIV, Enrique IV, Margarita de Valois y otros",¹²⁰ todos nuevos y a precios baratos. Sin embargo, los trajes que más sobresalían en estos tres días de fiesta eran: los payasos,

¹¹⁷ HNM., El Siglo Diez y Nueve, sábado 9 de febrero de 1850, p. 4.

¹¹⁸ HNM., El Ómnibus, martes 28 de febrero de 1854, p. 4.

¹¹⁹ HNM., El Siglo Diez y Nueve, n. 114, 29 de enero de 1842, p. 4.

¹²⁰ HNM., Monitor Republicano, viernes 28 de febrero de 1851, p. 4.

los figurones, dominós,¹²¹ arlequines, purchilenas, viejos, aldeanos, guerreros, caballeros medievales, moros, españoles, pastores, petimetres,¹²² griegos y mendigos.

Los únicos disfraces que estaban prohibidos eran aquellos que representaban algún religioso o santo. Sin embargo, a pesar de esta prohibición, un cronista cuenta que en un baile al que asistió se encontró "máscaras que representaban monjas descarriadas, frailes prostituidos y santos en orgía".¹²³ También se acostumbraba que tanto hombres como mujeres que asistían a los bailes llamados de "máscaras" adquirieran trajes del sexo opuesto. Fanny Calderón de la Barca, esposa del primer embajador de España en México, escribió lo siguiente cuando asistió a un baile en 1840:

Los trajes de las mujeres eran por su mayor parte dominoes, adoptados con el objeto de hacer más impenetrable el disfraz, porque no se considera del mejor tono concurrir a estos bailes. Había también algunas vestidas de hombres[...] y también hombres disfrazados de mujeres.¹²⁴

Esta nota nos indica que la práctica de travestir era aceptada en estas fiestas, en donde el gozo se permitía hasta llegar al grado del desenfreno, de quebrantar las reglas, de revelar algo que durante parte del año se tenía que esconder. Por otra parte, si alguna persona necesitaba un corte de pelo o algún peinado, los dueños de estas peluquerías contaban con personal para ir a las casas o al lugar que se les indicaba. Pero si se quería asistir a otras peluquerías más distinguidas, en la segunda calle de Plateros número 11, se realizaban cortes y rizados del cabello por estilistas que habían tenido mucha aceptación en Europa. También

¹²¹ Era una capa larga con capucha utilizada en los bailes de máscaras.

¹²² Persona joven, excesivamente atildada, arreglada o demasiado preocupada por seguir la moda.

¹²³ Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, México, Porrúa, 1997, p. 117.

¹²⁴ Madame Calderón de la Barca, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país 1839-1842*, México, Porrúa, 1997. (Sepan Cuantos # 74), p. 85.

confeccionaban pelucas y casquetes de "nueva invención", las cuales eran muy ligeras y disimuladas y no molestaban la cabeza.¹²⁵ Tenían servicio a domicilio siempre y cuando la cita se hacía con dos horas de anticipación. Aparte de estos servicios, los peluqueros durante estos días también eran buenos consejeros y amigos. Un autor de la época comentaba: "es persona en día de tanto afán, es el noble confidente, es de capotes guardián y archivo de mil secretos que si fuera a publicar, levantara el grito al cielo el jesuita universal".¹²⁶

Por otro lado, era indispensable asistir a estos bailes no sólo disfrazados sino sabiendo bailar, por lo que en la prensa se encontraban anuncios que invitaban a la gente a tomar clases. Por ejemplo, el señor Alejo Infante se comprometía a enseñar, antes de que se realizara el Carnaval, todos los bailes que se acostumbraban en las salas, como las polkas, valeses, contradanzas, scotish y danza habanera. La gente que estaba interesada asistía a la calle del Coliseo número 7, o si no, las clases las daba en la casa de los clientes que así lo dispusieran, cobrando lo mismo.¹²⁷ Si no se querían tomar las clases, se anunciaban la venta de diversos manuales para aprender a bailar sin necesidad de un maestro, por tan sólo cuatro reales.¹²⁸

El Anuncio Oficial

Una vez que los empresarios cumplían con todos los requisitos y que les era otorgada la licencia, en los principales periódicos y carteles se anunciaban

¹²⁵ HNM., *El Universal*, martes 12 de febrero de 1850, p. 4.

¹²⁶ HNM., *El Siglo Diez y Nueve*, 26 de febrero de 1849, p. 227.

¹²⁷ HNM., *El Omnibus*, lunes 20 de febrero de 1854, p. 4.

¹²⁸ HNM., *El Mosquito Mexicano*, n. 90, 20 de enero de 1835, p. 4.

oficialmente los bailes de máscaras al público. Así en febrero de 1841 el orden de la función que se publicaba era el siguiente: el salón principal sería adornado e iluminado con la decencia propia de un espectáculo de esta índole; en los lugares principales se colocaban dos orquestas para darle más variedad a la fiesta: una de viento y otra de cuerda, las cuales tocaban alternadamente cuadrillas, "walses", contradanzas, polkas y scotish.

En cada esquina del salón se encontraba un bastonero para que los enmascarados no estorbaran a los que fueran a bailar, estando la policía a su disposición. Ésta era nombrada por el señor prefecto del centro, a propuesta en terna de la empresa; ningún enmascarado podía introducir al salón armas de ningún tipo; si alguna cuadrilla quería que se tocara otro baile o tenía alguno organizado, sólo se llevaría a cabo con el conocimiento del bastonero; se tenía disponible un paraje con sus correspondientes porteros para que todos aquellos que asistieran a los bailes entregaran sus capas y sombreros, y a cambio recibían un boleto numerado a fin de evitar cualquier extravío; había dos cuartos separados y listos con todo lo indispensable para las necesidades urgentes, atendidos por dos personas de ambos sexos; cada función era presidida por la autoridad correspondiente, y por último, en una sala se encontraban toda especie de refrescos, licores y comida.

Los bailes comenzaban entre las ocho y nueve de la noche y terminaban a las cinco de la mañana. Además, si se iba al baile sin disfraz, no había de que preocuparse, pues adentro del teatro se ubicaba un departamento en el que se encontraban disfraces, caretas y guantes de alquiler o venta, todo nuevo para damas y caballeros. Por los precios de los boletos, podemos apreciar que se esperaba la asistencia de mucha gente, ya que el costo de los palcos

primeros, segundos y terceros con ocho boletos de entrada, era de dieciséis pesos; palquitos en los terceros, con seis boletos, costaban doce pesos y los palquitos en la cazuela con ocho boletos, ocho pesos. También había la posibilidad de pagar sólo dos por entrar solamente al patio, o uno por mirar desde el balcón de arriba.¹²⁹ Así, aunque todos se encontraban juntos en un solo lugar, no necesariamente estaban revueltos.

Para conservar el orden dentro del salón, los bastoneros pedían el auxilio al oficial de la policía que se encontraba a disposición de las autoridades que presidían la función; cualquiera de los asistentes que llevaban máscaras y se portaban groseros, se les quitaba en presencia del público y eran amonestados por el juez; por último, no se permitía usar disfraces representando a algún personaje religioso de ambos sexos. En los siguientes años que se realizaron los bailes de máscaras, por lo general, la orden de la función no tuvo variación alguna.

Más disposiciones generales para la celebración del Carnaval en la ciudad de México

Debido a los desórdenes que se seguían provocando durante el Carnaval, el 12 de abril de 1854, el gobernador de la ciudad de México Antonio Diez Bonilla, publicaba un nuevo bando con la intención de que esta fiesta se llevara a cabo con el mayor orden posible el próximo año.¹³⁰ Los dos puntos que conformaban dicho edicto eran los siguientes: serían detenidos por la policía y puestos a disposición de la

¹²⁹ HNM., *El Siglo Diez y Nueve*, t. I, sábado 17 de febrero de 1849, p. 4.

¹³⁰ En los años anteriores no se encontró ningún bando donde se indicaran las disposiciones generales por parte de la autoridad para llevar a cabo el Carnaval.

autoridad correspondiente, todos aquellos que con motivo de la fiesta tiraban piedras o cualquier otra cosa, con las que lastimaban a las personas y los que se valían del disfraz para decir insultos, palabras indecentes o asuntos que perturbaban la tranquilidad de los asistentes. También esta disposición comprendía a aquellas personas que, solas o en grupo, se metían a las casas a robar. En segundo lugar estipulaba que las cantinas que con el permiso correspondiente se colocaban fuera o dentro de los teatros donde se realizaban los bailes de máscaras, cobrarían el precio normal de las bebidas que vendían hasta las doce de la noche y después de esta hora podían aumentarlas un poco, sin exceder nunca el doble de ellos.¹³¹

En febrero de 1856, el gobernador en turno de la ciudad de México Juan J. Baz publicó nuevamente este reglamento, al cual se le agregaron dos artículos nuevos: serían arrestados todos aquellos individuos que en el Paseo de Bucareli obstruían el orden establecido para la marcha sucesiva de los carruajes, y los jinetes que sacaban del paseo a sus caballos atropellando o molestando a los peatones. Por su parte, los carruajes y jinetes que entraban al Paseo de Bucareli, para seguridad y comodidad de todos los transeúntes, lo harían por las siguientes calles: del Puente de San Francisco, Corpus Christi, el Hospicio y la Ex Acordada, seguirían hasta la capilla del Calvario en donde deberían dar vuelta. Al terminar el paseo, de regreso tomarían la calle que va de la estatua de Carlos IV a las plazuelas de San Fernando, San Hipólito, San Juan de Dios, la Mariscal,

¹³¹ AGNM, Gobernación, s/s. 431, exp. 4, 12 de abril de 1854.

San Andrés, Santa Clara y Tacuba.¹³²

El Domingo y el Martes de Carnaval

La alegría y el festejo que prevalecían el Domingo y el Martes de Carnaval eran inolvidables. Las calles se hallaban colmadas de gente que se dirigía por las tardes al Paseo de Bucareli y por las noches a los Portales rumbo a los bailes de máscaras que se llevaban a cabo en los diversos teatros o casas particulares de la ciudad, y los que no iban a estos lugares, se quedaban en la calle de Vergara a observar a los enmascarados y divertirse con ellos.

El Paseo de Bucareli

Además de los bailes de "máscaras", se inauguró la costumbre a mediados del siglo XIX de llevar a cabo un "paseo de máscaras" sobre el paseo de Bucareli.¹³³ Este se encontraba en lo que entonces era el sur-poniente de la ciudad y estaba integrado por una calzada ancha que comenzaba en una plazoleta y terminaba en la garita de Belén; su pavimento, según cuenta Antonio García Cubas, distinguido escritor y geógrafo mexicano, se hallaba en pésimo estado, pues estaba lleno de hoyos y de tierra suelta.

A las orillas de las acequias pestilentes se encontraban cuatro filas de sauces que dividían en tres aquella calzada. La del centro, de mayor holgura, era para las cabalgaduras y los carruajes, y las dos laterales para la gente que

¹³² HNM., *Monitor Republicano*, lunes 4 de febrero de 1856, p. 4.

¹³³ HNM., *El Tío Nonilla*, t. 1, n. 26, 17 de febrero de 1850, p. 407.

iba a pie. Por último, en el centro de las anchas plazoletas circulares se encontraban dos fuentes con sus estatuas un poco estropeadas.¹³⁴ A pesar de que a varios ciudadanos este paseo les parecía feo, esto no era impedimento para que en él se reuniera la gente en estos días de Carnaval. Esto tenía una explicación, pues Guillermo Prieto, reconocido político liberal, periodista y escritor mexicano, solía frecuentarlo, y nos dice que cuando se paraba en la fuente principal, el paisaje que se veía era extraordinario, pues al sur, se podía apreciar el acueducto de Chapultepec, así como el bosque con sus árboles vetustos, donde destacaba el precioso castillo; y al norte, se percibían las casas de la ciudad, así como sus azoteas; y sobresalía de los arcos la fachada sobria del convento de San Fernando.¹³⁵

Desde las tres de la tarde, la muchedumbre llenaba las calles de Plateros, la Profesa, San Francisco y otras que conducían a Bucareli. "Para 1850 se calcula que alrededor de veinte mil personas asistieron a este paseo en este espacio abierto".¹³⁶ Entre los asistentes se encontraban "máscaras" a caballo, a pie o en coches con música y en carruajes abiertos, entre los que sobresalían "una comparsa de estudiantes de Salamanca que llevaba su música peculiar".¹³⁷ Según señalaba la nota periodística,

Como a las cuatro de la tarde comenzaron a aparecer los coches; todas las familias más distinguidas concurren ocupando sus elegantes carruajes; la mayor parte de las lindas mexicanas de la clase media ocupaban los modestos simones, y las provocativas chinas las mezcladas con lo más pobre y repugnante de la población y los elegantes *pictons* llenaban las aceras, los lados y

¹³⁴ Antonio García Cubas, *El Libro de mis Recuerdos*, México, edit. Porrúa, 1986, p. 308.

¹³⁵ Guillermo Prieto, *Cuadro de costumbres 1*, pról. Carlos Monsiváis, México, CONACULTA, 1993, p. 248.

¹³⁶ Verónica Zárate, *op. cit.*

¹³⁷ *Ibid.*

aun el centro del paseo.¹³⁸

Por la noche, la fiesta era más alegre, pues para divertirse bien, sólo era necesario recorrer las calles que se encontraban cerca de los portales, para observar las comparsas arrojando a los peatones flores, anises o cascarones rellenos de aguas de olor, harina, tizne o salvado. Otras, según un cronista, "se dirigían a varias casas particulares para divertir a sus dueños y algunas más al teatro, pero todas seguidas por la turba de muchachos que mezclaban sus gritos a las atipladas voces de los enmascarados".¹³⁹

El ambiente en los bailes de máscaras del teatro Santa Anna

Si grande era la concurrencia que ocupaba los portales y las principales calles de la ciudad, mayor era la que se reunía en la calle de Vergara delante del pórtico del teatro de Santa Anna. Mucha gente acostumbraba mandar a sus criados a colocar, a lo largo de toda la calle hasta la puerta del teatro, sillas de un lado a otro, para que en la tarde, tanto en ellas como de pie, las familias estuvieran largas horas mirando pasar a las brillantes "mascaritas", así como a "uno que otro pelagato".¹⁴⁰ Este teatro llamaba la atención por la manera como estaba decorada la fachada, a pesar de que estaba incompleta. En su portada había muchos farolitos venecianos y vasos de colores colocados en los marcos de las puertas, las ventanas y en los fustes de las columnas, y del segundo piso colgaba una gran farola de lienzo blanco

¹³⁸ HNM., *El Monitor Republicano*, n. 1738, 14 de febrero de 1850.

¹³⁹ Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 309.

¹⁴⁰ Ignacio Altamirano, *Textos costumbristas* (V), pról. José J. Blanco, México, SEP, 1986, p. 115.

decorada con algunas pinturas alegóricas.¹⁴¹

Al entrar, después de atravesar el vestíbulo, la gente curiosa formaba una valla que se extendía por todo el patio, con el fin de pasar revista a todo aquel que ingresaba al salón. Al llegar a la entrada de éste, la gente se daba codazos y empujones porque sólo se encontraba abierta una puerta. Después de pasarla, el espectáculo que se apreciaba era maravilloso:

había ricos y bien distribuidos candiles de cristal,[..] el salón extensísimo, su cielo, por la parte del foro, figurando nubes de jazmín y de oro, y el teatro gigantesco, oriental, sublime. Las columnas de reluciente estuco, balaustrados de oro; todo brillando con aquella luz intensísima, todo realzando; en los palcos, una concurrencia en su mayoría elegantísima y hermosa.¹⁴²

Mientras el salón se llenaba, se formaban pequeños grupos de "mascaritas" llamadas "decentes", las cuales, según un cronista de la época, se encargaban de examinar los guantes y las botas de los enmascarados: si tenían las manos finas y llevaban el calzado de charol o de cuero inglés pasaban, si no, eran repugnados o señalados como "gente ordinaria".¹⁴³ También se veían grupos de políticos enmascarados diciendo toda clase de insultos o prodigando elogios, como de costumbre, a otros políticos que no traían consigo su careta.

Según la particular manera de ver las cosas de Guillermo Prieto, había otro corrillo llamado de la "crónica escandalosa",¹⁴⁴ el cual se la pasaba revelando con voz aguda los secretos terribles de las esposas, los maridos o los hijos. Por otro lado, se observaban algunas bandadas de europeos finos "atronando el pavimento con sus patas proverbiales, y haciendo chusquísimos ademanes con sus

¹⁴¹ Guillermo Prieto, Cuadro de costumbres 1, p. 350.

¹⁴² Ibid., p. 352.

¹⁴³ Ignacio Altamirano, op. cit., p. 353.

¹⁴⁴ Guillermo Prieto, Cuadro de costumbres 1, p. 352.

paisanas".¹⁴⁵ Y no podían faltar las "máscaras" graciosas que andaban por todo el salón conociendo a otras "máscaras", "diciéndoles sus vidas; riendo aquí, pasando burlones acullá, perdiéndose insustanciales en el torbellino".¹⁴⁶ Aproximadamente a las diez de la noche, el salón se encontraba lleno de "mascaritas".

García Cubas menciona que cuando asistió a uno de esos bailes a mediados del siglo XIX en este teatro, alrededor del salón se colocaban las sillas y se sentaban en ellas bellas "máscaras" del sexo femenino y parados se encontraban los del sexo masculino esperando a su acompañante o escogiendo con quién querían bailar. También comentó que una orquesta se colocaba en el tablado que se ubicaba al fondo del salón donde tocaban alegres piezas, las cuales eran anunciadas por medio de carteles que se colocaban sucesivamente en el palco central, y los bastoneros, quienes lucían largas capas de seda negra con cintas rojas, se encargaban de dar la señal del baile golpeando el piso con la punta de sus bastones, en cuyo extremo superior flotaban los largos listones de diversos colores.¹⁴⁷ En general prevalecía un ambiente de alegría, pues la mayoría de las "máscaras" al escuchar la música parecían remolinos, según lo vio Guillermo Prieto:

Suena la música alegre, se oye irritante la polka, y así como el remolino alza del suelo las hojas, y las arrastra inconstante, las revuelve y amontona, así confusa se agita esa concurrencia loca, todos como arrebatados por una fuerza imperiosa; cruje en el suelo la seda, brillan a la luz las joyas.¹⁴⁸

Y las que no bailaban, solían recorrer los palcos y el patio, diciendo

¹⁴⁵ Ibid.

¹⁴⁶ Ibid.

¹⁴⁷ Antonio García Cubas, op. cit., p. 310.

¹⁴⁸ Guillermo Prieto, Poesía popular, poesía patriótica, México, CONACULTA, 1994, p. 59.

chistes y atrayendo alrededor suyo a los interesados y curiosos. También estos bailes representaban la oportunidad perfecta para que algunas mujeres engañaran a sus maridos sin que estos se dieran cuenta:

¿No es dulce ver al marido con risible gravedad, llevar celoso del brazo a su adorada mitad, mientras un máscara astuto la va siguiendo detrás y en sus barbas y a sus ojos...? Mientras dice él, ¡qué capaz!, tengo mucho, mucho mundo, ¿quién conmigo ha de jugar? Y al dar la vuelta aturdido, vieja de vestido igual la suplanta y le mantiene la ilusión mientras que van... No sé dónde, más lo cierto ¿qué no han de irse a confesar?¹⁴⁹

Otros maridos que sabían los peligros que representaban algunas "mascaritas" durante estos bailes, cuidaban a sus mujeres: "los maridos moderados contienen a sus esposas, pobres aves que contemplan en su jaula a los que gozan, teniendo contento el rostro, más llena el alma de cólera".¹⁵⁰ Y otros enmascarados se dedicaban a decir piropos a las damas y groserías a los hombres, provocando muchas veces arranques de antifaces, bofetadas o riñas que hacían intervenir inmediatamente a la policía.¹⁵¹

A parte del baile, otro atractivo de esta fiesta era las cantinas que se encontraban ubicadas al interior de los salones, donde se vendían algunas bebidas. Esto era lo que de nuevo narraba Guillermo Prieto bajo el sobrenombre de "Fidel": "a la izquierda del espectador que entraba, estaba la monopolizadora cantina, fuente de los deseos del hambriento, azote de amantes pobres, y contribución directa para el

¹⁴⁹ *Ibid.*, p. 28.

¹⁵⁰ *Ibid.*, p. 59.

¹⁵¹ Ignacio Altamirano, *op. cit.*, p. 355.

sediento y el necesitado".¹⁵²

Según el reglamento publicado en 1845 para los bailes de máscaras, la venta de licores "embriagantes" y la entrada al salón de personas "ebrias", estaba prohibida. Sin embargo, algunos artículos periodísticos señalaban el consumo de "sangría", "vasos de ponche", vino y champaña, así como el comportamiento de algunas "mascaritas" con algunas copas de más:

Había varias máscaras encurtidos en licores junto a la cantina, recorriendo todo el diapasón de las desvergüenzas y las blasfemias, y presentando la embriaguez de su asquerosa verdad; otras máscaras peleaban en la cantina por los precios de lo que habían comido [...]; otros vagaban pidiendo prestado para dejar en aquel mostrador saldadas sus cuentas.¹⁵³

Cuando las manecillas del reloj marcaban las doce de la noche, iniciaba la hora del libertinaje y el jolgorio, por lo que la gente seria y prudente comenzaba a salir del salón y sólo se quedaban los "sinvergüenzas o insensatos" bailando bailes sensuales, realizando gestos ridículos y posturas grotescas. A las seis de la mañana la fiesta llegaba a su fin. Prieto menciona que al salir del salón, observaba a los músicos que salían bostezando con sus desafinados instrumentos; a las mujeres sin maquillaje, despeinadas, con la máscara en la mano y los zapatos entresacados, a los jóvenes pensando que harían en el próximo baile y a los maridos con cierta curiosidad por conocer quién era cierta "mascarita" que andaba cortejando a su mujer.¹⁵⁴ Y ya por las calles oscuras veía a ciertas máscaras cansadas que caminaban con un pañuelo en la nariz para evitar algún resfrío; a algunos matrimonios enmascarados peleando y a otros grupos de alegres "mascaritas" que iban cantando y dando fuertes gritos, los

¹⁵² HNM., El Museo Mexicano, t. III, 1844, p. 89-92.

¹⁵³ Guillermo Prieto, Cuadro de costumbres 1, p. 353.

¹⁵⁴ Ibid., p. 77.

cuales resonaban en el silencio.¹⁵⁵

Por otro lado, no sabemos aproximadamente cuánta gente asistía a estos bailes, lo que sí conocemos, gracias a las crónicas, es que eran muy concurridos por extranjeros, por ejemplo, en marzo de 1840, Carlos María de Bustamante nos cuenta que el baile que hubo en el Coliseo estuvo "muy concurrido de extranjeros y principalmente de franceses".¹⁵⁶ Fanny Calderón de la Barca, durante su estancia en la ciudad, no podía perderse de este espectáculo y nos dice: "llegamos al teatro a eso de las diez, todo estaba muy tranquilo y en orden, y el baile muy alegre y concurrido",¹⁵⁷ y Brantz Mayer, cuando asistió a uno de estos bailes comentaba: "los palcos estaban llenos por el "Beau- monde", resplandecientes de diamantes, mientras la platea y las galerías se cubrían de enmascarados con disfraces".¹⁵⁸

Y los connacionales de la clase media alta no se podían quedar atrás. De uno de los tantos bailes a los que asistió Guillermo Prieto mencionaba que "el teatro reverberaba como una ascua de oro, en los palcos cubiertos de ramos y flores, se ostentaban hadas, sultanes, odaliscas, reinas y damas de hermosura histórica, avasallando la seda y los encajes [.....] formando en conjunto una grandeza olímpica que se perdía en lo ideal y lo maravilloso".¹⁵⁹ Bustamante, en 1846, asistió a otro baile que se celebró en el Coliseo, el cual estuvo tan lleno que ocurrió un accidente, pues "se hundieron unos tablones del piso bailando porción de enmascarados y se fueron a fondo más de 100 personas, que en el pecado llevaron la penitencia y quedaron bastante estropeados, más se compuso luego el pavimento y continuó la

¹⁵⁵ *Ibid.*, pp. 353/54.

¹⁵⁶ Carlos María de Bustamante, *Diario Histórico de México 1822-1848*, Josefina Z. Vázquez, Héctor H. Silva (editores), México, COLMEX-CIESAS, 2001, CD 1, lunes 2 de marzo de 1840.

¹⁵⁷ Madame Calderón de la Barca, *op. cit.*, p. 85.

¹⁵⁸ Brantz Mayer, *México lo que fue y lo que es*, trad. Francisco del Piane, pról. Juan Ortega Medina, México, FCE, 1953, p. 197.

¹⁵⁹ Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, p. 120.

farsa como si nada hubiera ocurrido".¹⁶⁰ Toda esta presencia que tuvieron los bailes de máscaras públicos durante la primera mitad del siglo XIX terminó, según Prieto, por "las invasiones de ebrios y gente ordinaria al teatro, comenzando así lentamente la marcada decadencia de las máscaras".¹⁶¹

Por otra parte, también se efectuaban divertidos bailes de máscaras en las casas particulares, donde los concurrentes eran escogidos rigurosamente por los anfitriones, aunque esto no evitaba la posibilidad de que se introdujeran algunos no convocados, por lo que la invitación se procuraba hacer con la mayor discreción. Entre los bailes que más sobresalieron se encontraban los del licenciado González Angulo, que llevaba a cabo en su casa que se situaba en la calle de Moneda, donde convertía las grandes habitaciones en salones de "palacios venecianos". Otros eran los que celebraba el general Barrera en su casa ubicada en la esquina del Reloj y Cordobanes, donde se podían observar comparsas de reyes y diosas, formados con los hombres más importantes de la época; y por último, tenemos los del general Valencia que se llevaban a cabo en el mirador de la alameda, y aunque tenían un carácter más popular, su elevada posición los hacía más suntuosos y finos.¹⁶²

Hasta el momento he dicho cómo celebraba el Carnaval la clase media alta en la ciudad de México, pero ¿qué pasaba con la gente de pocos recursos que no tenía la posibilidad de asistir a los bailes antes mencionados? Ellos realizaban en estos días fiestas callejeras del Carnaval que se reducían, en opinión de Guillermo Prieto –el único que las refirió–, "a retozos más o menos groseros con el pretexto de quebrarse cascarones de tizar, salvado o miel y aguas pestilentes",¹⁶³ y aparte de realizar

¹⁶⁰ Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, jueves 26 de febrero de 1846.

¹⁶¹ Guillermo Prieto, *Memorias de mis tiempos*, p. 120.

¹⁶² *Ibid.*, p. 117.

¹⁶³ *Ibid.*

“desfiguros horribles” el populacho se disfrazaba de “charros de cutis de sombra parda, tacones torcidos, pantalones con valenciana de hilachos, zapatones a raíz de la piel y tenía modales zurdos y ordinarios”.¹⁶⁴ A otros se les hacía más divertido estar de espectadores afuera de los teatros, en los portales, en los marcos de las puertas o la banquetta. En todos estos lugares se veían padres de familia cargando a los niños más pequeños y con su prole en seguimiento; matanceros, herreros y gente de “bronce”; lloros de niños, por un lado, y risas, silbidos y carcajadas estupendas por el otro; madres ahogando a los frutos del amor, y todos acosando a las “mascaritas”, tirándoles de los vestidos, algunos indagando lo que hubiera de postizo y los niños gritando muchos improperios.¹⁶⁵

Por toda esta alegría desbordada en todos los sectores de la sociedad, Prieto llegó a exclamar: “¡Lindo es México por dentro en noche de Carnaval!”¹⁶⁶ Y cuando éste llegaba a su fin, cuando se dejaban a un lado las máscaras y los disfraces, cuando el gozo daba paso a la penitencia, con cierta ironía o tristeza en 1844 escribía:

¡Vuelve, vuelve, dulce Carnaval, fusión de partidos, amparo de solteras, desahogo de casadas y doncellas, cosecha de bribones y coquetas, bonanza de peluqueros y modistas, solemnidad clásica para los cocheros y las hijas de la alegría, festividad de la plebe, destete de los hijos de familia!¹⁶⁷

¹⁶⁴ *Ibid.* p. 118.

¹⁶⁵ Guillermo Prieto, *Cuadro de costumbres* 1, p. 350.

¹⁶⁶ HNM., *El Siglo Diez y Nueve*, 26 de febrero de 1849, p. 227.

¹⁶⁷ HNM., *El Museo Mexicano*, t. III, 1844, p. 89-92.

El Baile de Piñata.

Para despedir al Carnaval, el primer domingo de Cuaresma se llevaba a cabo el tradicional baile de piñata, llamado así, porque se colgaba del techo del teatro una olla llena de dulces, la cual tenía que ser quebrada de un palo o un bastonazo por alguno de los concurrentes que llevaba los ojos vendados.¹⁶⁸ En la ciudad de México, a mediados del siglo XIX, estos bailes se celebraron en el teatro Santa Anna, y los empresarios aprovechaban las relaciones que tenían en París para encargarse, con la debida anticipación, todo lo necesario para presentar un espectáculo nuevo y novedoso, digno de la sociedad ilustrada de la capital. Se invitaba al público en general a romper la piñata -que contenía dulces y palomas- a las doce de la noche.¹⁶⁹

La entrada y los vestíbulos del teatro se encontraban adornados con farolitos chinos, flores y macetas con plantas naturales y otros adornos, los cuales formaban un jardín. En el interior, el salón estaba embellecido con grandes espejos y abundantes candiles, siendo la mayor parte de éstos comprados exclusivamente para esta función.¹⁷⁰ El patio exterior se encontraba adornado con trescientas sesenta luces pequeñas de gas. Gran parte de la iluminación de la fachada, los vestíbulos, los corredores y el patio se prendían de un golpe por medio de un procedimiento químico, "porque de otra manera sería imposible lograr tal objeto".¹⁷¹ Una banda se encargaba de tocar música militar a la entrada del teatro completando el brillo de esta alegre fiesta. Con cada boleto de entrada, se daba un número que servía para la rifa de seis onzas de oro, dulces finos y flores, cuyo premio recaía en el primer número

¹⁶⁸ Alonso Pedroza Martín, Enciclopedia del idioma: diccionario histórico y moderno de la lengua española (siglo XII al XX etimología, tecnología regional e hispanoamericano), t. 3, Madrid, Aguilar, 1958, p. 3285-86.

¹⁶⁹ HNM., El Monitor, 7 de febrero de 1856, p. 4.

¹⁷⁰ HNM., El Siglo Diez y Nueve, lunes 27 de febrero de 1854, p. 4.

¹⁷¹ Ibid.

que se sacaba del globo en el palco del "excelentísimo" Ayuntamiento.

Como siempre, había una cantina bien surtida, tocador para damas y seis bastoneros para conservar el orden en el salón. A pesar del gasto que representaba tal espectáculo, la empresa no alteraba los precios de la entrada, los cuales eran los siguientes: palcos completos con ocho entradas, dieciséis pesos, entrada general, dos pesos; entrada a la galería, un peso,¹⁷² y para los que quisieran disfrutar sólo de la vista del salón se vendían los boletos a cuatro reales y la entrada al teatro era a las nueve y media de la noche. El reglamento de los bailes de máscaras era el mismo para los bailes de piñata.

Durante los tres días que duraba el Carnaval en la ciudad de México, se dejaban a un lado o se ocultaban bajo alguna máscara la moral y la honestidad. "Los rostros de papel en la mascarada se envolvían en un mar de sonrisas."¹⁷³ Y a pesar de que tanto el gobierno como la iglesia intentaban obstaculizar estos excesos, los ciudadanos se comportaban en forma por demás cómoda. Lo permisivo de esos días tenía un límite cuando comenzaba la Cuaresma. "Después del baile...la oración. Delirar para llorar,"¹⁷⁴ escribió un cronista conocedor de los gozos del Carnaval y de los preceptos cristianos.

¹⁷² Ibid.

¹⁷³ Verónica Zárate, op. cit.

¹⁷⁴ HNM., El Patriota Mexicano, n. 2, 12 de agosto de 1845, p. 2-3.

III. LA SEMANA SANTA

Para conocer los sucesos que dan origen a la celebración de la Semana Santa es necesario describir brevemente que sucedió históricamente a su personaje central. El relato lo he extraído de los Evangelios aceptados por la Iglesia católica. Es interesante constatar que la celebración de este acontecimiento en el México decimonónico, siguió siendo fiel a la tradición plasmada en esos textos sagrados.

Pasión y muerte de Jesús de Nazareth

Cuando Jesús cumplió treinta años, se despidió de su madre y se dirigió a la ribera del río Jordán, en busca de Juan para que lo bautizara. Éste al principio se negó, pero después aceptó cuando Jesús le dijo que sólo obedecía las órdenes que le había aconsejado su Padre. Después de haber sido bautizado, Jesús se dirigió al desierto con el único fin de prepararse mediante oraciones y ayunos durante cuarenta días y cuarenta noches, para difundir el Evangelio. Al término de esto, Jesús regresó a Galilea, y en este lugar y en Judea, acompañado de sus doce discípulos o apóstoles: Pedro, Andrés, Santiago el menor, Juan, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Judas Tadeo, Santiago el mayor, Simón y Judas Iscariote, predicó su doctrina por espacio de tres años,¹⁷⁵ en los cuales se dice, realizó muchos milagros, y su popularidad creció.

Unos días antes de la fiesta de la Pascua, Jesús emprendió el viaje a Jerusalén. Al llegar al cerro de los Olivos, pidió a dos de sus discípulos que fueran al pueblo de enfrente y le trajeran un burrito que estaba amarrado. Al llevárselo

¹⁷⁵ Sonia Iglesias y Cabrera, *op. cit.*, p. 67.

le pusieron encima sus capas y Jesús lo montó para entrar a la ciudad (Mc. 11, 2-7; Lc. 19, 30 -35).¹⁷⁶ A medida que avanzaba, la gente extendía sus mantos sobre el camino, y con ramos y palmas aclamaban al salvador, gritando "¡Hosanna! ¡Bendito el que viene en Nombre del Señor!"(Mc. 11-10).¹⁷⁷ Así, acompañado por la multitud, Jesús entró a Jerusalén y se dirigió al templo.

Al ingresar corrió a los vendedores y compradores que se encontraban en los patios. Tumbó los puestos de las palomas y las mesas donde se cambiaban las monedas (Mt. 21,12; Jn. 2, 14),¹⁷⁸ y les dijo: "Está escrito: Mi casa será llamada Casa de oración. ¡Pero vosotros estáis haciendo de ella una cueva de bandidos!"(Mt. 21,13),¹⁷⁹ después de esto regresó junto con sus apóstoles a Betania. Los tres días siguientes, Jesús predicó en las mañanas en el templo y por las tardes regresaba a esa aldea.

Mientras tanto en Jerusalén, el Sanedrín¹⁸⁰ se reunió en la casa de quien era el sumo sacerdote, José Caifás, el miércoles, tres días después de su entrada, para deliberar acerca de lo que estaba ocurriendo con Jesús, y determinaron que era necesario aprehenderlo fuera del templo, en un lugar apartado y después darle muerte. Sin embargo, su plan debían llevarlo a cabo después de la fiesta de Pascua, ya que ésta propiciaba grandes tumultos y la vigilancia se hacía más estrecha.

Antes de retirarse, llegó un discípulo de Jesús que los buscaba, era Judas Iscariote, quien les preguntó cuánto dinero estarían dispuestos a darle si les entregaba a Jesús. Los miembros del Sanedrín le contestaron que

¹⁷⁶ Biblia de Jerusalén, México, edit. Porrúa, 1986, (Sepan cuantos # 500) p. 1448/ 1487.

¹⁷⁷ Ibid., p. 1448.

¹⁷⁸ Ibid., p. 1418, 1508.

¹⁷⁹ Ibid.

¹⁸⁰ Era el tribunal o senado, constituido por 70 ancianos pertenecientes a los sumos sacerdotes, los jefes de las familias laicas, los escribas y los doctores de la ley. Su objetivo principal era vigilar todas las instituciones judaicas y que se cumpliera la ley debidamente.

treinta monedas de plata, y desde este momento Judas comenzó a buscar una oportunidad para entregarlo (Mt. 26, 14 -16).¹⁸¹ El jueves por la mañana, en Betania, Jesús pidió a dos de sus apóstoles, Juan y Pedro, que prepararan la cena pascual en Jerusalén.

Ellos le preguntaron que dónde y Jesús les dijo que al entrar a la ciudad hallarían un hombre con un cántaro de agua, al cual debían seguir hasta su casa y al padre de familia debían decirle que les mostrara la sala donde se llevaría a cabo la Pascua, pues su tiempo estaba cerca; así lo hicieron, todo sucedió tal y como Jesús lo dijo. Y se dedicaron a preparar el banquete pascual,¹⁸² el cual consistía en un cordero macho, asado, al que no se le debía quebrar hueso alguno, y se le solía acompañar con una ensalada de hierbas amargas y con pan ázimo.¹⁸³

Mientras sus dos discípulos hacían estos preparativos, Jesús se despidió de sus amigos y se dirigió a Jerusalén. Al llegar a la casa, Jesús se sentó en el asiento central de los tres que había en la cabecera, a su derecha se sentó Juan, y a su izquierda Pedro. Al terminar la cena, Jesús se levantó de la mesa y preparó el agua y el lienzo, y se dispuso a lavarles los pies a cada uno de sus apóstoles. Al llegar el turno de Pedro, éste le dijo que nunca le permitiría que le lavara los pies, a lo que Jesús le contestó que si no se los lavaba, no formaría parte de él (Jn. 13, 8).¹⁸⁴ Concluida su humilde tarea, regresó a la mesa, tomó un pedazo de pan y después de orar, lo bendijo, lo partió y lo dio a sus doce apóstoles "diciendo: tomad, comed este es mi cuerpo" (Mt. 26, 26),¹⁸⁵ después tomó el cáliz que contenía el vino y

¹⁸¹ *Ibid.*, p. 1426.

¹⁸² Este banquete era importante, pues evocaba el cordero que los judíos esclavizados en Egipto, habían sacrificado.

¹⁸³ Este era el pan que no contenía levadura.

¹⁸⁴ Biblia de Jerusalén, *op. cit.*, p. 1529.

¹⁸⁵ *Ibid.*, p. 1427.

lo bendijo y exclamó: beban todos, "porque esta es mi sangre de la alianza, que es derramada por muchos para perdón de los pecados" (Mt. 26, 28).¹⁸⁶ Esto más tarde sería el fundamento de la Sagrada Comunión o la Sagrada Eucaristía.

Enseguida Jesús les dijo a sus apóstoles que uno de ellos lo iba a entregar, ante esto sus discípulos se indignaron, le dijeron algunas palabras con mucho cariño y le refrendaron su fidelidad. Pedro pidió a Juan que preguntara al maestro el nombre del traidor, éste se dejó caer sobre el pecho de Jesús pidiéndole le dijera quién era. Jesús le respondió que era aquel a quien le diera un pedazo de pan remojado, entonces lo mojó en la salsa y se lo dio a Judas Iscariote (Jn. 13, 24 -26).¹⁸⁷ Tras el bocado, Judas le preguntó ¿Seré acaso yo, Maestro? Y Jesús le contestó que sí, que él lo había dicho (Jn.13, 27),¹⁸⁸ y así Judas se levantó de su lugar y salió.

Al terminar la cena, Jesús se dirigió al huerto de Getsemaní, junto al monte de los Olivos, a orar, acompañado de sus apóstoles, ocho se quedaron afuera y sólo Pedro, Juan y Santiago lo acompañaron adentro. Mientras Jesús rezaba, Judas, quien lo había seguido desde que salió de la casa, fue con el Sanedrín a decirles dónde se encontraba Jesús, y les dijo que para no equivocarse de persona a quien él besara, ese era al que tenían que aprehender (Mt. 26, 48; Mc. 14, 44).¹⁸⁹ Cuando terminó Jesús de orar, se dirigió a sus apóstoles y les dijo que había llegado la hora y venía ya el que lo iba a entregar. Llegó Judas con los fariseos y los soldados romanos armados con palos y espadas, de repente apareció Jesús de entre los árboles, Judas lo reconoció, se acercó a él y le dio un beso. De esta manera entregó a

¹⁸⁶ Ibid.

¹⁸⁷ Ibid., p. 1529.

¹⁸⁸ Ibid.

¹⁸⁹ Ibid., p. 1428, 1453.

Jesús, los soldados le amarraron las manos y lo llevaron a la ciudad a la casa de Anás, suegro de Caifás y de aquí lo trasladaron a la casa de éste último, quién le preguntó a Jesús si era Cristo, hijo de Dios, y Jesús le contestó: Si así tú lo dices. Esta respuesta indignó al Sanedrín y lo condenaron a muerte.

Amanecía, toda la ciudad comentaba los sucesos que habían ocurrido en la noche. Pronto se corrió el rumor de que un discípulo de Jesús se había suicidado, era Judas, quién después de haber entregado a su maestro se arrepintió, devolvió las treinta monedas al Sanedrín, éstos le dijeron que no les importaba sus remordimientos, entonces Judas tiró las monedas y se ahorcó a las afueras del templo (Mt. 27, 3-5).¹⁹⁰ Como era necesario que se ratificara la sentencia de muerte que el Sanedrín había dictado, condujeron a Jesús ante la autoridad civil romana, representada por Poncio Pilatos.¹⁹¹

Al llegar el Sanedrín ante él, le informaron que ellos lo habían encontrado culpable por proclamarse rey de los judíos e hijo de Jehová, y de incitar al pueblo a no pagar los impuestos correspondientes. Pilatos no lo encontró culpable, y decidió mandarlo con Herodes Antipaz. Al llegar Jesús con él, lo acosó con preguntas y esperó que le hiciera algún milagro. Jesús sólo permaneció callado; después le puso un manto blanco y lo envió de vuelta con Pilatos.¹⁹² Éste reunió al Sanedrín y les dijo que no encontraba motivos suficientes para condenarlo por lo que sólo lo castigaría y después lo dejaría libre.

Sin embargo, se tenía la costumbre de que durante la fiesta de la Pascua, el gobernador dejaba en libertad a un prisionero, entonces algunos grupos pidieron la liberación de Barrabás, reo acusado de asesinato y rebelión. Mientras

¹⁹⁰ *Ibid.*, p. 1429.

¹⁹¹ Este ocupaba desde hacía tres años el puesto de procurador de Judea, Idumea y Samaria.

¹⁹² Sonia Iglesias y Cabrera., *op. cit.*, p. 71.

Pilatos decidía, el Sanedrín convencía al pueblo de que pidiera la libertad de Barrabás y la condenación de Jesús. Pilatos preguntó al pueblo a quien prefería salvar si a Jesús o a Barrabás, ellos contestaron que este último. Pilatos preguntó qué haría con Jesús y la gran muchedumbre le contestó que se le crucificara (Mt. 27, 20 - 22; Mc. 15, 11- 3).¹⁹³

Entonces para calmar los ánimos, soltó a Barrabás e indicó al centurión que se llevarán a Jesús y lo flagelaran. Lo llevaron a un rincón de los pórticos, donde se encontraba la columna flagelatoria. Expertos le quitaron a Jesús su ropa, le enfundaron la cabeza con un paño roto y sucio que tenían allí para no escuchar sus quejidos, le calzaron sus pies con cepos, luego sus manos se las sujetaron en argollas y comenzaron a golpearlo en el pecho, la cara, la espalda y los ojos. Al terminar los soldados lo condujeron al interior, reunieron a la tropa, le pusieron encima una capa color púrpura, en la cabeza una corona de espinas, y una caña en la mano derecha, y doblando ante él la rodilla y entre risas e insultos le decían ¡arriba el rey de los judíos! (Mt. 27, 28-29; Jn. 19, 2-3).¹⁹⁴

De nueva cuenta apareció Pilatos en lo alto de la escalinata y les enseñó a Jesús por última vez. La gente sólo gritaba que lo crucificaran. Pilatos indignado les dijo que tomaran a Jesús y lo hicieran ellos, pues ningún delito encontraba en él. Los judíos contestaron que, según su ley, Jesús debía morir, pues se hizo pasar por hijo de Dios (Jn. 19, 6-7).¹⁹⁵ Ante tal respuesta Pilatos se acercó a Jesús y le preguntó que de dónde venía y no le contestó. Después Pilatos le dijo que por qué no le contestaba, pues en sus manos estaba dejarlo libre o mandarle

¹⁹³ Biblia de Jerusalén, *op. cit.*, p. 1430, 1454.

¹⁹⁴ *Ibid.*, p. 1430, 1537.

¹⁹⁵ *Ibid.*, p. 1537.

crucificar (Jn. 19, 9-10),¹⁹⁶ Jesús le contestó: "No tendrías contra mí ningún poder, si no se te hubiera dado de arriba; por eso, el que me ha entregado a ti tiene mayor pecado"(Jn. 19, 11).¹⁹⁷ Pilatos buscaba la manera de dejarlo libre pero el Sanedrín le advirtió que si lo soltaba no era amigo del César y se enfrentaría con él (Jn. 19,12).¹⁹⁸ Después de esto Pilatos hizo colocar afuera, sobre el litóstrotos,¹⁹⁹ la silla curul en la alta tribuna, y salió junto con Jesús, se sentó y dijo: "¡he aquí a su rey!", la muchedumbre gritó "¡fuera! ¡fuera!, ¡crucifícale!" Pilatos les contestó: "¿debo crucificar yo a su rey?," el Sanedrín le respondió: "sólo tenemos un rey que es el César"(Jn. 19,14-15).²⁰⁰ Al darse cuenta Pilatos de que el pueblo no cambiaría de opinión, sino más bien acrecentaba el bullicio, pidió agua y se lavó las manos²⁰¹y responsabilizó al pueblo de este acto.

El pueblo le respondió: "¡Qué su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos!"(Mt. 27, 24-25)²⁰² Después de lavarse las manos, Pilatos dejó en libertad a Barrabás y le dictó la sentencia de muerte en la cruz, y ordenó que se le crucificara con otros dos ladrones. Se hicieron pronto los preparativos, apareció un ejecutor con la cruz que Jesús debía de llevar hasta el lugar de su suplicio, luego llegó un centurión con más de sesenta soldados para mantener el orden y el cortejo se puso en marcha al medio día del viernes, partiendo de la torre Antonia al Monte Calvario o

¹⁹⁶ Ibid.

¹⁹⁷ Ibid.

¹⁹⁸ Ibid.

¹⁹⁹ Era el patio enlosado que se encontraba situado afuera de la residencia del procurador.

²⁰⁰ Biblia de Jerusalén, op. cit., p. 1537.

²⁰¹ Esta era una costumbre romana, la cual significaba que se quitaba toda la responsabilidad del problema.

²⁰² Biblia de Jerusalén, op. cit., p. 1430.

Gólgota.²⁰³

Jesús fue caminando con la cruz a cuestas, resbaló y cayó varias veces vencido por el cansancio y por el peso de la cruz, entonces los soldados al ver que ya no podía más, llamaron a uno de los muchos observadores que seguían la procesión para que le ayudara, era Simón de Cirene, quien cargó el palo horizontal de la cruz y caminó junto al reo. Mucha gente lo seguía y se burlaban de él. Sólo las mujeres se compadecían de su dolor y Jesús, volviéndose hacia ellas les dijo que no llorarán por él, sino que lloraran por ellas y por sus descendientes (Lc. 23, 28).²⁰⁴

Al llegar al Monte Calvario, le ofrecieron a Jesús vino mezclado con mirra e incienso,²⁰⁵ pero se negó a beberlo. Después le quitaron la ropa, le subieron a la cruz que estaba ya plantada en el suelo con cuerdas y correas, y le sujetaron a ella con clavos largos que le traspasaron los pies y las manos. Sobre la cabeza le colocaron un letrero que Pilatos había redactado e indicaba el crimen que había cometido y decía: "Jesús Nazareno, rey de los judíos".²⁰⁶ Estaba escrito en tres lenguas: griego, la lengua cosmopolita; latín, la lengua del imperio y en hebreo, la lengua sagrada.

Junto con Jesús, crucificaron a dos ladrones, uno a cada lado de la cruz de él, el de la izquierda se llamaba Gestas y el de la derecha, Dimas; el pueblo lo insultaba, el Sanedrín y los soldados se burlaban diciéndole que si era el rey de los

²⁰³ Este monte se encontraba al noroeste de la ciudad de Jerusalén y se le llamaba así porque tenía forma de una calavera.

²⁰⁴ Biblia de Jerusalén, *op. cit.*, p. 1494.

²⁰⁵ Esta era una bebida embriagante que las mujeres judías ofrecían a los ajusticiados para atenuar sus sufrimientos.

²⁰⁶ Biblia de Jerusalén, *op. cit.*, p. 1538.

judíos, se salvara (Mt. 27, 39-42; Lc. 23, 35-37);²⁰⁷ Gestas reía y le decía que si era el Cristo se salvara él y los salvara a ellos, y Dimas, enojado, reprendió a Gestas, confesó sus pecados y culpas, proclamó la inocencia de Jesús, y le pidió que cuando estuviera en la gloria se acordara de él, y Jesús le contestó, que hoy mismo estaría con él en el paraíso (Lc. 23, 39-43).²⁰⁸ Conforme más arreciaban los insultos, Jesús, dirigiéndose al cielo, suplicó a favor de sus enemigos y dijo: "Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen" (Lc. 23, 34).²⁰⁹ Jesús entraba en agonía.

Desde las doce hasta las tres de la tarde, el cielo se oscureció y la tierra se cubrió de tinieblas. Se acercaron a Jesús su madre, la hermana de su madre, María, mujer de Cleofas, María Magdalena y Juan. Jesús los vio y le dijo a su madre y a su discípulo más querido: "ahí tienes a tu hijo", y a él, "ahí tienes a tu madre" (Jn. 19, 26-27).²¹⁰ Después, "cerca de las tres, Jesús gritó con fuerza: Dios mío, Dios mío ¿Por qué me has abandonado?" (Mt. 27, 46).²¹¹ Luego dijo que tenía sed, el centurión hizo una señal a uno de sus soldados, éste empapó una esponja con vino agridulce, la sujetó en una lanza y la acercó a la boca de Jesús (Jn. 19, 28-29).²¹²

Después de esto, dijo que todo estaba consumado, y recogiendo todas sus fuerzas gritó muy fuerte "Padre, entrego mi espíritu en tus manos" (Lc. 23, 46),²¹³ inclinó la cabeza y expiró a las tres de la tarde. Los soldados no quisieron quebrarle las piernas como a los ladrones, y uno de ellos le metió una lanza en el costado saliéndole agua y sangre. Los sanedritas se retiraron a terminar con los

²⁰⁷ Ibid., p. 1430, 1494.

²⁰⁸ Ibid., p. 1494.

²⁰⁹ Ibid.

²¹⁰ Ibid., p. 1538.

²¹¹ Ibid., p. 1431.

²¹² Ibid., p. 1538.

²¹³ Ibid., p. 1494.

preparativos de la Pascua y la gente se fue hacia la ciudad golpeándose el pecho.

Al siguiente día, sábado, un miembro del Sanedrín que no había estado de acuerdo con los planes y actos de los demás, llamado José de Arimatea, se presentó ante Pilatos para pedirle el cuerpo de Jesús y darle así sepultura. (Lc. 23, 50-53; Jn. 19, 38). Junto con su amigo Nicodemo, descendieron el cuerpo de la cruz, lo perfumaron con mirra y aloe,²¹⁴ lo embalsamaron y lo recubrieron con una sabana muy fina, después lo llevaron a un huerto cercano que pertenecía a José de Arimatea, y, en un sepulcro nuevo, lo enterraron y lo cubrieron con una gran roca. (Jn. 19, 39-41).²¹⁵ El domingo en la madrugada Jesús resucitó.

Jesús se apareció a los apóstoles y estuvo con ellos cuarenta días para prepararlos para la misión definitiva y completar su obra, luego fueron juntos al Monte de los Olivos y después de bendecirlos, ascendió al cielo. Subió en medio de una nube hermosa que poco a poco lo cubrió. Después descendieron dos ángeles del cielo y les dijeron: "hombres de Galilea ¿Qué tanto observan al firmamento? Jesucristo regresará a la tierra algún día con la misma magnificencia con la que ascendió al cielo" (He. 1,10).²¹⁶

Los dos periodos grandes en torno a los cuales gira toda la cosmovisión cristiana: el nacimiento y la muerte de Jesucristo, han dado lugar, el primero, a festejar la Navidad y el segundo a recordar la Semana Santa. Se le llama así o Semana Mayor a la última semana de la Cuaresma que antecede a la Pascua. Comienza el Domingo de Ramos y termina el Domingo de Pascua, y es la más importante para los cristianos, pues en ella se conmemora la Pasión,

²¹⁴ El aloe era una resina que se usaba como un ungüento para embalsamar a los muertos.

²¹⁵ Biblia de Jerusalén, *op. cit.*, p. 1494.

²¹⁶ *Ibid.*, p. 1445.

Muerte y Resurrección de Jesucristo a través de diversas manifestaciones rituales, marcadas cada una por un profundo carácter religioso. Dentro de estas encontramos: La procesión de las palmas, rito tradicional que se celebra el Domingo de Ramos y recuerda la entrada triunfal que realizó Jesús en Jerusalén. El Oficio de las Tinieblas: se llevaba a cabo en el interior del templo, y las luces como las velas se iban apagando al final de cada salmo que se cantaba hasta quedar a oscuras, y en ese momento la gente hacía ruido con matracas o golpeaba su asiento. Todo esto era para recordar el momento preciso en que moría Jesucristo.

El Jueves Santo: había desfiles disciplinarios, que tenían como fin primordial reparar las culpas de la sociedad, así como la inmolación física de los disciplinantes quienes, al castigar su cuerpo, trataban de limpiar sus almas. Además se celebra la institución de la Santa Eucaristía, o sea, "la transformación del vino y del pan en la sangre y cuerpo de Jesús".²¹⁷ También se conmemora el lavatorio de los pies, el cual representa una lección de humildad que Cristo ofreció a sus apóstoles, después de la última cena. Este día, también se realiza la visita de la "siete casas", en la cual los católicos acuden a siete iglesias a rezar en cada una, una estación o el Vía Crucis entero y este rito conmemora "el paso de Jesús por los lugares de su sufrimiento cuando fue apresado".²¹⁸

Por lo que se refiere al Viernes Santo, los sacerdotes deben vestir de negro, el altar tiene que estar vacío y las velas deben ser apagadas, todo esto como prueba de luto, pues Jesús ha sido sentenciado a Muerte. Luego se representa la Pasión y Muerte de Cristo, y al terminar se da la función del descendimiento, el cual es uno de los ritos más espectaculares que se contempla durante los oficios del Viernes Santo y consiste

²¹⁷ Sonia Iglesias y Cabrera, *op. cit.*, p. 79.

²¹⁸ *Ibid.*

en desclavar una imagen de Jesucristo, con un ritual perfectamente establecido. "Primero se retira el INRI de la cruz, luego la corona de espinas y la soga de esparto, después se desclavan los brazos y los pies (primero izquierdo y luego derecho) y finalmente se muestra el cuerpo a la Virgen Dolorosa".²¹⁹ Al terminar este encuentro, la imagen de Jesús es introducida a una urna para celebrar la procesión del Santo Entierro. Por lo que se refiere al Sábado de Gloria, se queman los tradicionales judas en alusión a la traición que hizo éste a Jesús, y se prende y bendice el "fuego nuevo", símbolo de Jesucristo resucitado, además se enciende con el mismo, el gran cirio pascual para dar luz al mundo.²²⁰ Por último tenemos el Domingo de Pascua que "rememora la presencia física de Jesús resucitada ante sus discípulos".²²¹

De esta manera, desde los primeros tiempos de la Iglesia la Semana Santa fue conmemorada por los cristianos. Sin embargo, la primera noticia concreta que se tuvo sobre esta celebración correspondió al relato que hizo la peregrina gallega Egeria o Etería, a finales del siglo IV, sobre las ceremonias que se llevaron a cabo en Jerusalén. Según ella, estas ceremonias eran semejantes a las que se llevaban a cabo en España, particularmente las que se realizaban el Sábado Santo, pero lo que más le llamaba la atención era la romería que se organizaba el Domingo de Ramos y el fervor que tenía la gente hacia la Santa Cruz, devociones que pasarían más tarde de los Santos Lugares a los templos de Occidente.²²²

Con el paso del tiempo, el fervor hacia Cristo comenzó a moverse en dirección de su humanidad, por lo que, en el siglo XI, San Anselmo de Canterbury fue el primero que ordenó los temas de la Pasión y Muerte de Jesús recomendados por la Biblia y

²¹⁹ A. Sánchez del Barrio, *op. cit.*, p. 71.

²²⁰ Jesús Callejo, *op. cit.*, p. 104.

²²¹ Sonia Iglesias y Cabrera, *op. cit.*, p. 89.

²²² *Ibid.*, p. 57.

los primeros Doctores de la Iglesia.²²³ Además, realizó el significado de la muerte de Jesús, y la palabra de amor que concedió a los hombres; y Dios como humano comenzó a ser un modelo a copiar por los mortales.²²⁴ Sin embargo, el paso verdadero hacia la contemplación de Jesucristo como hombre y de su humanidad, se originó hasta el siglo XIII, con San Francisco de Asís, quién estudió la vida de Cristo a fondo. Y a partir de él, creció el número de devotos que admiraban a Jesús, y repetían el amor y la misericordia de este.

La celebración de la Semana Santa en España

En España, durante el siglo XVI, fue Vicente Ferrer quien contempló e imitó la humanidad doliente de Jesús. Él se encargó de estimular la práctica de la flagelación y de fomentar la creación de las cofradías penitenciarias. Sin embargo, los franciscanos fueron los verdaderos inventores de la Semana Santa hispánica, pues asociaron las procesiones de penitencia²²⁵ que realizaba Vicente Ferrer, con los días en que tradicionalmente se conmemoraba la Pasión de Cristo. También proporcionaron el ejercicio del Vía Crucis y rindieron culto a las reliquias de la verdadera cruz -que ellos mismos trajeron de los Santos Lugares-, de los que fueron custodios a través de las cofradías.

Las cofradías fueron asociaciones o hermandades de personas devotas a algún santo. Constituían el fermento religioso de los gremios y de la ciudadela. Económicamente dependían de las contribuciones que se pedían a quienes se

²²³ Sevilla Penitente, t. I, Sevilla, Edit. Gever, 1995, p. 16.

²²⁴ Ibid.

²²⁵ En estas procesiones los asistentes a ellas se mortificaban así mismos con flagelos que tenían al final pequeños discos metálicos.

incorporaban a ellas y de los donativos que conseguían durante sus fiestas, los cuales servían para pagar diversos gastos, como sus banquetes que se realizaban cada año, el aceite de las lámparas votivas que se prendían ante el retablo del santo patrón y sus obras de beneficencia. Las cofradías que se encontraban instaladas en las iglesias de los barrios y de los conventos se dividían en dos: las pequeñas atendían las prácticas religiosas de rutina, socorrían a los pobres y cooperaban en los entierros, y las más grandes se encargaban de organizar las peregrinaciones y los votos comunes.²²⁶

A pesar de que existieron ejemplos de cofradías fundadas en los reinos hispánicos durante los siglos XIII-XIV, el periodo de mayor crecimiento de éstas, se dio a finales del siglo XV y principios del XVI. Las cofradías que se fundaron en estos siglos, fueron las de carácter penitencial, las cuales tuvieron como primordial fin venerar la Pasión y Muerte de Jesucristo a través de las procesiones, en las cuales algunos miembros de las cofradías o todos se flagelaban el Jueves o Viernes Santo.²²⁷ El fin que perseguía esta práctica piadosa, de carácter público, era la de reparar las culpas de la comunidad, así como la inmolación física de los disciplinantes, quienes buscaban limpiar sus almas castigando su cuerpo.

Durante los siglos XVII-XVIII la conmemoración de la Semana Santa iniciaba el Domingo de Ramos y culminaba con el Domingo de Pascua. Durante toda la semana dejaban de repicar las campanas, se prohibía el uso de sillas de mano y coches, y las personas de la clase alta, en señal de tristeza y de modestia, acudían a los templos a

²²⁶ Christian William A., *Religiosidad local en la España de Felipe II*, trad. de Javier Calzada, Madrid, edit. Nerea, 1991, p. 69.

²²⁷ Federico Fernández, *op. cit.*, p. 39.

pie, desarmados y sin ir acompañados de sus criados.²²⁸ Dentro de la iglesias, las imágenes y crucifijos permanecían cubiertos por telas oscuras hasta el Viernes Santo. El Jueves Santo, los fieles recorrían siete iglesias con el fin de rezar cierto número de padres nuestros y aves marías ante el monumento.²²⁹ Éste se decoraba con cirios, flores y se mostraban los mejores tapices con hermosos encajes y los candeleros adornados, que eran colocados junto a los tabernáculos.²³⁰

Por otro lado, esta visita tradicional a las iglesias que se encontraban abiertas todo el día y toda la noche, hacía que las mujeres, a las cuales se les vigilaba constantemente, concertaran citas con sus galanes, y éstos gozaban de la libertad para llevar a cabo sus conquistas y sus aventuras efímeras.²³¹ Por esto mismo, el gobernador ordenó a los alcaldes de corte encargados de la policía, que éstos vigilaran las iglesias, y que los hombres y las mujeres no hablaran y se comportaran con la mayor decencia y respeto debido. Dentro de esta festividad, las procesiones que se realizaban cada día, desde el Domingo de Ramos hasta el de Pascua, constituían un espectáculo extraordinario, pero las que solían llamar más la atención y que atraían una mayor afluencia de gente que se aglutinaba en las calles, las azoteas y los balcones eran las que se realizaban el Jueves y el Viernes Santo: las de disciplinantes y nazarenos.

El orden típico que se seguían en estas procesiones era el siguiente: se colocaban varios hombres con sus trompetas de latón al inicio del séquito y comunicaban con un tañido triste y extenso el paso de la procesión por las calles; quien tocaba dicho

²²⁸ M. Defourneaux, La vida cotidiana en España en el siglo de oro, Argentina, Hachette, 1964, p. 139.

²²⁹ El Monumento es el altar en el que se guarda, a modo de sepulcro, un copón con la Eucaristía durante los oficios del Jueves Santo.

²³⁰ Pedro Montoliu Camps, op. cit., p. 110.

²³¹ M. Defourneaux, op. cit., p. 139.

instrumento no pertenecía a cofradía alguna y llevaba el rostro cubierto con un capirote. Después desfilaban las autoridades públicas, quienes portaban un estandarte y eran asistidos por representantes de diferentes familias de la aristocracia. Junto al primer distintivo, se situaba un niño que anunciaba con una campana la procesión y marcaba con su toque el ritmo de la marcha de las dos primeras filas de nazarenos, los cuales llevaban hachas de luz que servían para iluminar las calles por las que pasaba el desfile. Los nazarenos vestían túnicas moradas, llevaban peluquines de estopa que les cubrían la cabeza, cuerdas de pita o esparto en la cintura y en el cuello, coronas de espinas y pies descalzos.²³² En medio de estas filas iba la Santa Cruz o Cruz de Jerusalén, la cual representaba la Pasión y Muerte de Jesucristo que se celebraba. Luego seguían otros grupos de nazarenos, los cuales en una mano llevaban la cera y en la otra portaban un paso de fuente, esto era una charola sobre la que se ponían los atributos de la Pasión de Jesús, como eran las estacas, el mazo, la corona de espinas, los cráneos u otros huesos.

Luego marchaba una escuadra militar formada por soldados con picas, y con su alférez abanderado en medio. Atrás venía otro grupo de nazarenos con sus hachas de luz, y su incensario con su naveta y su cucharilla para perfumar esta parte de la procesión. En medio iban los disciplinantes o penitentes, vestidos con una túnica circular que abarcaba hasta los pies, descubierta por la espalda para facilitar la flagelación, esta túnica era de color blanco para realzar la sangre roja,²³³ además usaban un capirote que les cubría la cabeza y el rostro para resguardar su identidad y evitar preguntas sobre los pecados que pretendían expiar con esta práctica, iban generalmente descalzos o llevaban a veces huaraches de piel o ternero, y se

²³² Federico Fernández, *op. cit.*, p. 317.

²³³ *Ibid.*, p. 281.

flagelaban "con sus disciplinas de rodezuelas, herrezuelas, carretillas o rosetas, es decir, pequeños discos metálicos dispuestos al final del flagelo",²³⁴ mientras otros llevaban pesadas cruces.

Seguía otro grupo de nazarenos con sus antorchas, después venían los pasos, figuras esculpidas de gran colorido y realismo en los rostros, que representaban escenas de la Pasión y eran llevados en hombros. Se hacían acompañar de algunos cuerpos de música que cantaban el *Miserere*²³⁵ a Jesucristo y el *Stabat Mater*²³⁶ a la Virgen de los Dolores.²³⁷ Detrás de cada paso, venían las cofradías, con sus cruces cubiertas con velos negros; sus estandartes, los cuales eran el emblema oficial de la cofradía, generalmente era un pedazo de tela cuadrangular o rectangular, cuya orilla principal estaba atada a una varilla que colgaba horizontalmente de un palo configurando un crucifijo, el cual era un honor llevar.²³⁸

También transportaban banderas, las cuales tenían plasmadas algún emblema alusivo a la cofradía o a su titular; y por último llevaban un escudo, el cual contribuía al lucimiento del vestuario y servía también para que el público reconociera a la cofradía; se confeccionaban de cuero, metal o papel, y en medio iba impreso o dibujado el emblema de la cofradía, que podía ser la figura principal de ésta, los distintivos que la representaban o el lugar de donde venían, y solía colocarse en el brazo sujetado en la manga de la túnica.²³⁹

Las cofradías vestían túnicas de diferentes colores y tejidos, y llevaban confeccionados el escapulario, el cual se hacía sobre el tafetán, además cada cofrade

²³⁴ *Ibid.*, p. 316.

²³⁵ Se cantaba el salmo 50, el cual comenzaba con esta palabra latina, cuyo significado es "apiádate".

²³⁶ Himno y canto musical dedicados a los dolores de la Virgen María al pie de la cruz.

²³⁷ Juan Aranda, *op. cit.*, p. 140.

²³⁸ Fernando Fernández, *op. cit.*, p. 333.

²³⁹ *Ibid.*, p. 324.

llevaba encendido un cirio. Atrás de cada cofradía con su paso, se transportaba el palio, éste era una pieza de tela de Damasco y terciopelo con lujosos bordados y adornos, que, a modo de toldo o dosel, se instalaba sobre un número par de bastones largos casi siempre de cuatro a ocho, y era del mismo color con el que se identificaba la cofradía a través de sus túnicas y estandartes. El palio representaba "un signo de respeto y reverencia hacia la imagen, inmediatamente detrás de la cual era portado".²⁴⁰ Asimismo, el puesto de portador de las barras del palio por lo general gozaba de un gran respeto y para quien lo desempeñaba representaba un gran orgullo.

Por último, uno de los objetos que se solían emplear en la procesión eran las bacías o demandas. Estas eran unas bandejas grandes confeccionadas en latón o plata que llevaba un niño, quien, después del cortejo de los penitentes, recogía las limosnas que ayudaban en parte al financiamiento de la misma.²⁴¹ Los mayordomos eran los encargados de organizar la procesión, llevaban un bastón o cetro, símbolo de autoridad. Deambulaban entre los nazarenos, los penitentes y demás colaboradores, así como alrededor de los pasos, para procurar que el séquito se cumpliera en orden, que sus integrantes mantuvieran la compostura y sus actitudes estuvieran congruentes con el ánimo de la festividad.²⁴² Así, a lo largo del siglo XVII y la primera mitad del siglo XVIII, las procesiones que se realizaban durante la Semana Santa ganaban en espectacularidad deslumbrando a la gente que acudía a presenciarlas.

²⁴⁰ *Ibid.*, p. 346.

²⁴¹ *Ibid.*, p. 344.

²⁴² *Ibid.*, p. 376.

La Semana Santa en la ciudad de México durante los siglos XVI-XVIII. El Espectáculo Extraordinario

Durante la España barroca, la fiesta de cualquier índole fue importante para todos los sectores de la sociedad, pues tanto los nobles, funcionarios, clero, órdenes religiosas, artistas, artesanos, y pueblo en general participaban en ella, unos como actores y otros como espectadores.²⁴³ El lugar en el que se celebraba era el auténtico corazón de éstas, la Plaza Mayor donde se encontraban reunidos los poderes civiles y eclesiásticos, y la cual debía ser "como un edificación teatral",²⁴⁴ de grandes dimensiones que debía servir para dos cosas: el uso de la vida diaria y el lugar de fiesta cuando hubiera grandes festejos y solemnidades.

Su arquitectura debía disponer de miradores y balcones para que en ellos se situaran las personas más distinguidas. También se instalaban tablados, cadalsos, tribunas y gradas para colocar el mayor número de asistentes. En los cortejos de entradas reales, entierros, procesiones, "máscaras", las distintas clases sociales tenían establecido de antemano su puesto, así como los gastos con los que debían concurrir, casi siempre recayendo estos en el pueblo.

Así, cada uno de los estratos sociales cumplía fielmente con su papel en estas fiestas: los nobles participaban en la destreza corporal y los ejercicios de fuerza, los religiosos en el orden de las ceremonias, "los estudiantes en los de ingenio, los comerciantes y artesanos en el de formar comitivas de cuadros plásticos que acompañaban y adornaban las carrozas que, por medio de alegorías mitológicas, históricas o fantásticas simbolizaban los atributos del poder, al que así adulaban,

²⁴³ Antonio Bonett Correa, "La fiesta barroca como práctica del poder", en El arte efímero en el mundo hispánico, México, UNAM, 1983, p. 62.

²⁴⁴ Ibid., p. 65.

acataban y divertían".²⁴⁵

Entre los elementos distintivos de la fiesta se encontraban la luz, con luminarias que se colocaban en las plazas, vitrinas y balcones de las fachadas de las casas;²⁴⁶ el ruido, a través de los cohetes, fuegos artificiales, cañones, carros de fuego y castillos, con los cuales se cerraban con broche de oro las fiestas²⁴⁷ y el gusto por lo dorado. Todo este esplendor de los espectáculos barrocos, hacía muchas veces que se criticara o elogiara con mayor énfasis y se olvidara por un momento de los arrebatos de piedad y del entusiasmo de los participantes. De esta manera, durante el siglo de oro las ciudades españolas mantenían constantemente "una competencia por el lujo de sus celebraciones, la originalidad de sus festejos y la vistosidad de sus espectáculos".²⁴⁸

Todo este aparato pasó casi intacto a las colonias españolas. Por lo que se refiere a la capital de la Nueva España, en la Plaza Mayor, centro de los poderes civiles y religiosos, se realizaban diversas festividades, que incluían, según la ocasión, mascaradas, juegos de cañas, procesiones, lidias de toros, certámenes poéticos, decoración en fachadas, arcos triunfales, representaciones teatrales, música, bailes, desfiles y danzas, así como la venta de dulces apropiados a cada momento.²⁴⁹

Autoridades civiles y religiosas, órdenes regulares, corporaciones, particulares y el pueblo en general, de algún modo contribuían al esplendor de las festividades. Por ejemplo, el Ayuntamiento pagaba cantidades proporcionales a la calidad y número de las actividades que se tenían programadas; la brillantez de la fiesta dependía en gran parte de la situación económica de la ciudad, de la disposición que tuvieran

²⁴⁵ *Ibid.*, p. 68.

²⁴⁶ *Ibid.*, p. 70.

²⁴⁷ *Ibid.*, p. 72.

²⁴⁸ Pilar Gonzalbo Aizpuru, "Las Fiestas Novohispanas: espectáculo y ejemplo", en *Mexican Studies*, University of California Press, vol. 9, n.1, 1993, p. 25.

²⁴⁹ *Ibid.*, p. 19.

los regidores o de la colaboración monetaria que diera el virrey; la ciudad costeaba los salarios y vestidos de los músicos, la pólvora y la cera, y los premios de los concursos y certámenes a veces eran donativos de algunas instituciones tanto civiles como eclesiásticas. Así, el espectáculo que se ofrecía al pueblo "se cobraba en prestigio a través del respeto que inspiraba el ritual profano como instrumento del poder".²⁵⁰

Por otro lado, según la magnificencia del evento, se instalaba el ámbito adecuado, se movilizaba a los participantes y se preparaba la fiesta. El primer paso era la decoración de calles, templos y casas, y completando este efecto escenográfico se encontraba el vestuario, los emblemas y estandartes. Algo que era parte esencial de los festejos y que representaba el esparcimiento colectivo relacionado precisamente con el tipo de festividad para la que se planeaba eran los juegos y las diversiones.

Tampoco podían faltar los fuegos artificiales, los hachones encendidos y las luminarias, que proporcionaban en conjunto un espléndido marco para las celebraciones nocturnas y constituían por sí mismos todo un espectáculo, al igual que la música de las chirimías y las trompetas que acompañaban obligatoriamente las procesiones y los desfiles, mientras que las campanas cumplían su doble función: la de reunir a los ciudadanos y la de exaltar los ánimos para que la participación de éstos fuera más animada.²⁵¹ Así se completaba el escenario en el que se llevarían a cabo los festejos, con su permanente mezcla de elementos profanos y religiosos.

De esta manera, la fiesta novohispana, como una resplandeciente coreografía teatral, ofrecía "la imagen de un conjunto heterogéneo y abigarrado, con la aparente espontaneidad de expresiones de entusiasmo, fervor o alborozo, que respondían a un

²⁵⁰ *Ibid.*, p. 30.

²⁵¹ *Ibid.*, p. 20.

orden propio".²⁵² Una de estas tantas fiestas que representaba lo antes dicho, era la Semana Santa, la cual junto con sus procesiones formaban uno de los espectáculos dramáticos de máxima expresividad que permitían la participación de los creyentes no sólo como simples espectadores, sino también como actores en ella.

En cuanto a las procesiones de Semana Santa, se tiene noticia de que comenzaron a mediados del siglo XVI en San José de los Naturales, junto a la iglesia de San Francisco de México y se celebraban cada viernes de cuaresma y cada día de la Semana Santa: "el lunes, la de las Ánimas del Purgatorio; el martes, la de San Juan Bautista por ser patrono del barrio; el miércoles, la de San Diego de Alcalá, por tener una cofradía entre los indios; el jueves, la de la Santísima Trinidad y la del Santo Cristo, y el viernes, las de la Virgen de la Soledad y la del Santo Entierro".²⁵³ Todas éstas llevaban sus correspondientes pasos, pero la que más sobresalía por éstos era la del Jueves Santo, pues "llegaron a contarse en los principios hasta tres mil santos cristos, dado que cada indio llevaba el suyo".²⁵⁴ Además de éstos, otros indios llevaban encendidas velas y otros más se iban flagelando la espalda desnuda, y al mismo tiempo se iba cantando el credo, el ave maría y la salve. Esta procesión fue de las más concurridas por muchas familias que llevaban en sus manos un cirio encendido y esto hacía de ellas "la cosa más galana y suntuosa que pueda imaginarse".²⁵⁵

La base de estas procesiones, al igual que en España, eran las cofradías. Una de las primeras que se fundaron en la Nueva España fue la de Hernán Cortés en 1526, en la iglesia de la Santa Veracruz, en acción de gracias por haber llegado con bien a tierras americanas. En 1537, en el convento de San Agustín de la ciudad de México, se

²⁵² *Ibid.*

²⁵³ Robert Ricard, *La conquista espiritual de México*, México, FCE, 2000, p. 287

²⁵⁴ *Ibid.*

²⁵⁵ *Ibid.*, p. 288.

estableció la Cofradía y Hermandad del Nombre de Jesús; para el año de 1582, se fundó también en la capital la Cofradía del Descendimiento y Sepulcro de Jesús, y en el Convento de Santo Domingo de México se creó en 1590 la del Rosario.²⁵⁶ En San José de los Naturales, fray Pedro de Gante instituyó la primera cofradía de indios llamada del Santísimo Sacramento.

Por otro lado, cada una de las procesiones de la Semana Santa antes mencionadas, estaba a cargo de alguna cofradía, cuya sede se encontraba en San José de los Naturales, éstas eran: "la de las Ánimas, la del Cordón de San Francisco, la de San Diego de Alcalá, la de la Santísima Trinidad, la de la Vera Cruz, la de la Soledad y la del Santo Entierro",²⁵⁷ todas bajo la dirección de los franciscanos. Así, estas procesiones mostraban los sentimientos de devoción y piedad que trataban de acrecentar y fomentar las cofradías entre sus miembros.²⁵⁸

Por lo que se refiere a la celebración de la Semana Santa en las últimas décadas del siglo XVI, dos son las descripciones importantes que se hicieron de ella, ambas sucedidas en la ciudad de México: una fue la de fray Jerónimo de Mendieta, quien nos describió cómo se realizó el Jueves Santo, y otra la de fray Agustín Dávila Padilla que nos narró cómo se celebró el Viernes Santo. fray Jerónimo de Mendieta nos dice que el Jueves Santo, antes de la procesión que hacían los disciplinantes, el pueblo se juntaba en la iglesia, de donde salían los religiosos con la cruz por delante en fila.

Al acabar de cantar el Evangelio, se escogían doce pobres que estuvieran discapacitados, para que les lavarán los pies el guardián y otros dos sacerdotes, se

²⁵⁶ Sonia Iglesias y Cabrera, *op. cit.*, p. 106.

²⁵⁷ Robert Ricard, *op. cit.*, p. 289.

²⁵⁸ *Ibid.*, p. 290.

preparaba el agua caliente con rosas olorosas, tres bandejas y tres toallas nuevas.²⁵⁹ Después de esto, a cada uno de los doce se les entregaba ropa nueva y se les sentaba en la mesa donde estaba ya lista la comida que iban a disfrutar, el guardián, sentado en la cabecera, en una breve plática les recordaba el lavatorio y la cena de Cristo que estaban representando, y el ejemplo de caridad y de humildad que había dejado.²⁶⁰

El gasto de esta ceremonia lo hacían los principales. Los demás pobres que se encontraban afuera del templo, degustaban la comida que las indias habían guisado, así como pan y fruta. Después de comer, ya satisfechos, se sentaban desde la puerta del patio hasta la puerta de la iglesia en dos hileras, para que la gente que asistiera a ésta en la tarde, al pasar junto ellos les dieran una limosna. Las mujeres, que eran más devotas, traían una haldada²⁶¹ de mazorcas de maíz, las cuales repartían primero en una fila y luego en la otra. Otros portaban mucho cacao, el cual servía de moneda pequeña, y a cada pobre les repartían lo que éstos querían.

Por lo que se refiere al Viernes Santo, el cronista fray Agustín Dávila Padilla nos narra lo siguiente: se levantaba un gran tablado que medía casi veinte metros de largo y doce de ancho, en medio de la capilla mayor de la iglesia de Santo Domingo; en ese tablado se colocaban tres cruces que, sumidas en el suelo, medían aproximadamente tres metros. Las cruces representaban el Calvario y se encontraban rodeadas de hierbas silvestres y piedras. En la cruz del centro estaba una imagen de bulto, hecha de caña, que representaba a Cristo, y en la de los lados se hallaban las imágenes de los dos ladrones, Dimas y Gestas, hechas del mismo material que la de

²⁵⁹ Fray Jerónimo de Mendieta, *Historia Eclesiástica Indiana*, México, edit. Porrúa, 1993, p. 435.

²⁶⁰ *Ibid.*, p. 436.

²⁶¹ Cantidad de alguna cosa que cabe en el hueco formado por la parte delantera de la falda vuelta hacia arriba.

Jesús.²⁶²

En el resto de la tarima se hallaban las otras figuras, que se llevaban en andas durante la procesión. A la derecha de la cruz de Jesucristo se encontraba la Virgen vestida de negro, llevaba en las manos un lienzo, el cual simulaba llevárselo a la cara para secarse las lágrimas. Para aparentar esto, tenía por debajo de las andas unas cuerdas que le movían las manos hacia el rostro e inclinaba la cabeza y el cuerpo.²⁶³ Comenzaba este fervor el Viernes Santo, después del medio día, y a las dos de la tarde iniciaba el sermón, que servía de plática para los que se flagelaban y para los demás que se encontraban en el atrio.

En el momento en que el predicador hablaba de cómo se había sepultado a Jesús, salían de la sacristía cinco ministros y cinco sacerdotes con vestiduras sagradas, precedidos por dos acólitos, que traían abrazadas al pecho unas escaleras muy grandes, que significaban cuán de corazón realizaban aquella tarea. Venía otro fraile con un incensario para perfumar el cuerpo santo. Después salían cuatro curas con estolas y albas,²⁶⁴ los cuales llevarían en hombros las andas en que había de ir el cuerpo al cementerio. Y los últimos en salir eran el preste y los ministros sin dalmática²⁶⁵ ni capa, los cuales se ponían hasta iniciar la procesión.²⁶⁶

Todos subían al tablado por seis escalones, se arrodillaban y esperaban que el predicador, con tiernas palabras, en su nombre, pidiera permiso a la Virgen para bajar a su hijo. Después, dos sacerdotes subían por las escaleras, y besaban los escalones,

²⁶² Fray Agustín Dávila Padilla, Historia de la fundación y discurso de la provincia de Santiago de México de la Orden de Predicadores, pról. Agustín Millares Carlo, 3 edic., México, edit. Academia Literaria, 1955, p. 563.

²⁶³ Ibid.

²⁶⁴ El alba es la vestidura blanca que los sacerdotes se ponen sobre el hábito y el amito para celebrar la misa.

²⁶⁵ La dalmática aún hoy en día es la vestidura sagrada que se pone encima del alba.

²⁶⁶ Fray Agustín Dávila Padilla, op. cit., p. 564.

haciendo en cada uno una veneración, y con los paños que llevaban iban bajando los distintivos de la Pasión: la esponja, los clavos, la corona, la lanza, después se las iban ofreciendo y poniendo por separado en las manos a la Virgen, la cual se las llevaba a su boca y a sus ojos, apesadumbrada y llorosa, después descendían el cuerpo de su hijo, y, puesto en una sábana, todos los religiosos se lo presentaban. La Virgen lo recibía en sus brazos y se lo acercaba a la cara con la misma actitud de tristeza que las insignias.

Los espectadores, al escuchar las palabras fervorosas del predicador y al presenciar dichas escenas lloraban y se conmovían. Después del descendimiento de Jesús, iniciaba la procesión. Precediendo a todas las insignias, iba un pequeño coche cubierto de luto, el cual llevaba en medio un crucifijo, a cuyo pie iba arrodillada la muerte, de sus brazos pendía un título en latín que decía: "*Ubi Est mors Victoria tua?* ¿Muerte dónde esta tu victoria? Y del otro lado: *Ero mors tua o mors*: Muerte yo seré tu muerte."²⁶⁷

Asistían a este coche tres personas vestidas de negro que tocaban sus trompetas causando gran sentimiento. Seguían los tres portadores con los estandartes procesionales que conducían por el piso y eran de tafetán negro. A continuación seguían los cofrades que vestían túnicas negras con faldas de luto de tres o cuatro varas²⁶⁸ de largo, llevaban otras insignias de la Pasión: los treinta dineros, la soga, la túnica del escarnio, la columna, los azotes, la ropa de grana, la caña, la corona de espinas, el lienzo de la Verónica, la cruz con una toalla pendiente de los brazos, y a sus lados la lanza y la esponja.²⁶⁹ A cada uno de los cofrades lo acompañaban otros dos, los cuales llevaban velas blancas en las manos, prendidas pero sin hacheros, porque

²⁶⁷ *Ibid.*, p. 566.

²⁶⁸ Antigua medida de longitud de origen español que en México equivalía a 0.8356 m.

²⁶⁹ Fray Agustín Dávila, *op. cit.*, p. 566.

así lo requería el ritual de sus cofradías.

Atrás de ellos, seguían dos reyes de armas los cuales llevaban bordadas de oro y negro en el pecho y la espalda de su ropa las insignias de la Pasión, luego venían cuatro sacerdotes con capas negras y cetros de plata; y haciendo coro los religiosos. Venía en hombros de otros cuatro párrocos el cuerpo de Jesucristo, en unas andas que estaban tapadas por un lienzo de terciopelo de color negro bordado, y encima el sudario con que lo descendieron de la cruz; detrás del cuerpo seguía el estandarte con las insignias de la Pasión, e inmediatamente le seguía la figura de la Santísima Virgen.

La procesión terminaba con los disciplinantes, los cuales llevaban sólo dos pasos,²⁷⁰ el primero que iba en medio de la procesión era el de San Pedro, y el segundo que iba al último y era el de la Magdalena. Esta procesión partía de la iglesia de Santo Domingo, recorría las calles del mismo nombre, las de la plaza del Marqués. Luego daban vuelta, hacia el convento de San Francisco. En esta calle salía la cofradía de los plateros con hachones prendidos en las manos a recibir al Santo Entierro y lo acompañaban hasta la mitad de la vía, pues aquí le tenían puesto un hermoso y espléndido sepulcro cubierto de negro, acompañado de cera, para que allí descansara el cuerpo y las andas.²⁷¹

Después los sacerdotes alzaban nuevamente las andas, e iban haciendo paradas en el templo de San Francisco, en la parroquia de la Santa Veracruz, y continuaban hasta llegar al convento de la Concepción. Aquí las monjas recibían la procesión con música de órgano, las andas se asentaban en un bufete²⁷² que tenía un lienzo de terciopelo negro y después se predicaba brevemente un sermón. Al terminar

²⁷⁰ Eran esculturas que representan alguna escena de la Pasión de Jesús y se sacan en procesión durante la Semana Santa.

²⁷¹ Fray Agustín Dávila Padilla, *op. cit.*, p. 567.

²⁷² Era una mesa de escribir con cajones.

este, se despedía la Virgen de Jesús, y la procesión regresaba a la iglesia de Santo Domingo, mientras las monjas velaban el cuerpo de Jesús.

El Domingo de Resurrección la cofradía de la Vera Cruz y la del Entierro iban al convento de la Concepción, predicaban por media hora, y sacaban el sudario con la figura de Jesucristo, impreso en él, se ponía en tres varas altas, y tres religiosos regresaban con la imagen de Cristo crucificado y de la Virgen, hasta la iglesia de Santo Domingo.²⁷³ Al llegar aquí, se iniciaba una procesión solemne con todos los atributos de júbilo; se incorporaba en sus andas el paso de la Virgen del Rosario y el de la Magdalena. También se sacaba al Santísimo Sacramento, y se oficiaba una misa larga y un sermón breve, y de esta manera se daba por terminada la celebración de la Semana Santa.

En el siglo XVII encontramos una narración rica en detalles acerca de lo que aconteció durante la Semana Santa del año de 1697 en la ciudad de México, hecha por el viajero italiano Gemelli Carreri. Nos dice que el Domingo de Ramos asistió a la ceremonia de la Señá²⁷⁴ que se llevó a cabo en el Arzobispado. En esta ceremonia, trece sacerdotes vestidos con capas negras largas y sombreros, iban del coro al altar y de este a una galería de hierro. Después de arrodillarse, el deán tomaba un estandarte negro que tenía al centro una cruz roja, y después de haber recitado algunos versículos y oraciones de la Pasión, lo movía de derecha a izquierda tocando con su punta al último de los sacerdotes de cada lado, así como al altar.

Después lo enarbolaba y agitaba en los aires y se lo ponía en la espalda y caminaba por todo el prebisterio en memoria de que Jesús había caminado por el pretorio de Poncio Pilatos. Luego se ponían en fila todos los sacerdotes, y hacía cada

²⁷³ Fray Agustín Dávila Padilla, *op. cit.*, p. 568.

²⁷⁴ Véase capítulo IV, página 96.

uno una reverencia, y regresaban al coro. Al final iba el deán con el estandarte en la mano, entre dos sacerdotes. Gemelli no nos relata lo que sucedió el lunes y el martes, pero el Miércoles Santo nos dice que asistió a la segunda procesión de la Pasión que los indios realizaban. Ésta partía del Hospital Real y se componía de muchos cofrades, los cuales llevaban en la mano en lugar de velas prendidas, palos pintados.²⁷⁵

El Jueves Santo desfilaban tres procesiones, una enseguida de otra; la primera fue la de los frailes de la Santísima Trinidad, los cuales iban vestidos de rojo; la segunda era la de los padres de San Gregorio de la compañía de Jesús, y la tercera era la de los curas de San Francisco, a la cual se le llamaba de "los chinos, por ser ellos de origen filipino."²⁷⁶ Cada procesión llevaba sus pasos con muchas luces y un séquito de soldados armados; algunos de éstos iban a caballo, precedidos por trompetas que emitían sonidos lúgubres.

Ese día sucedió algo curioso que tuvo que ver con los conflictos entre las órdenes religiosas. Cuando las procesiones llegaron al palacio real, los hermanos de la Santísima Trinidad y los de San Francisco al encontrarse empezaron a discutir, luego se golpearon con las cruces y los palos pintados en las espaldas, quedando muchos hermanos heridos.²⁷⁷ Por la noche, Gemelli fue a ver los sepulcros y los monumentos que se hacían en México, y nos dice que eran bonitos e imponentes, pero que tenían pocas luces y todos eran del mismo aspecto. El Viernes Santo nuestro autor se fue temprano a la casa de don Felipe de Rivas, ya que lo había invitado para mirar la procesión del Calvario que partía de la iglesia de San Francisco el Grande con el pendón del Santo Sepulcro.

²⁷⁵ Francesco Gemelli Carreri, Viaje a la Nueva España, trad. Francisca Peruja, México, UNAM, 1976, p. 72.

²⁷⁶ Ibid.

²⁷⁷ Ibid., p. 73.

Aproximadamente a las ocho de la mañana se escuchaban tres trompetas que emitían un sonido nostálgico, luego se veían a muchos cofrades que llevaban velas en las manos, y entre ellos iban varios penitentes. Seguían un séquito de soldados, algunos iban a caballo y llevaban la condena, la rúbrica, la túnica y otras insignias de la Pasión; después continuaban los que representaban a los dos ladrones: Dimas y Gestas; y por último, venían Jesús, la Virgen, San Juan y Santa Verónica. Cerraban muy ordenados, dos rabinos montados en sus mulas.

Al regresar la procesión a la iglesia de San Francisco, la gente se reunía en medio del atrio para presenciar las tres caídas de Jesús, y los pasos de la Virgen, de San Juan y de la Verónica, los cuales se representaban para conmover al pueblo. Después de la comida salía la procesión de los indios y de los negros, pertenecientes a la cofradía de Santo Domingo, con mucha gente que se flagelaba, y hacían otras penitencias; también iban una tropa de soldados, imágenes devotas y el Santo Entierro.²⁷⁸ Luego seguía la procesión de los españoles llamada del Entierro de Nuestro Señor e iba acompañada por dos alcaldes, dieciséis regidores y un corregidor, encabezados por los capitanes de policía o alguaciles.

Seguían los misterios de la Pasión llevados sobre féretros pequeños por personas disfrazadas de ángeles vestidos de negro y cubiertos de joyas. Continuaban diez penitentes que arrastraban cadenas muy largas, la tropa muy bien vestida con armas blancas, y al final iba el paso de Jesucristo en un lujoso ataúd de plata tapado con vidrios, regalado por el obispo de Campeche al convento de Santo Domingo.²⁷⁹ Junto al Santo Entierro iban la Virgen y San Juan, y atrás venía la gente muy devota.

²⁷⁸ *Ibid.*

²⁷⁹ *Ibid.*, p. 74.

Por último de la iglesia de Santiago, salía la tercera procesión de los indios, con los mismos enigmas, ángeles, penitentes, militares y el túmulo de Jesucristo, junto al cual iban algunas mujeres indias de luto, sollozando pues interpretaban a las descendientes de Sión. En la mañana del Sábado de Gloria, Gemelli fue a la Catedral a escuchar "las ceremonias y los divinos oficios" y ahí observó a los virreyes. Nos dice que el virrey se sentó en su silla sobre un tinglado y la virreina en un pequeño balcón cerrado por celosías, ambos del lado en el que se encontraba el Evangelio. Atrás del virrey se sentaron el mayordomo, el capellán, el capitán de la guardia y el caballero. Al terminar las ceremonias, se cantó la misa, se entonó la gloria y se descubrió el espléndido sagrario de mármol. El Domingo de Pascua o de Resurrección, Gemelli fue a la iglesia de San Agustín el Grande, donde observó que el virrey también acudió a la misa y se sentó en el estrado, y junto a él en dos bancas, dieciocho caballeros de Santiago. Recibieron primero la paz y luego el sacramento de la Eucaristía.²⁸⁰

Finalmente para el siglo XVIII, contamos con dos descripciones, una del segundo decenio y otra de 1768, que nos permiten contrastar como se conmemoraba la Semana Santa en este siglo en la ciudad de México. En la Gaceta de México, de abril de 1722, encontramos una descripción interesante. El Domingo de Ramos, en la Catedral, se celebraba la bendición y procesión de las palmas, a la cual asistía el virrey, y por la tarde con el estandarte de la cruz se hacía la ceremonia de la Señá. El Lunes Santo por la tarde salía en procesión la imagen de Santa María la Redonda de una de las siete iglesias de indios que administraban los franciscanos.

El Martes Santo, la imagen de nuestra Señora del Socorro, partía del convento de religiosas franciscanas de San Juan de la Penitencia. El Miércoles Santo por la

²⁸⁰ Ibid.

mañana marchaba del hospital de San Juan de Dios la imagen de Nuestra Señora, la cual iba en un ataúd de cristal y plata y la acompañaban los integrantes de su cofradía. Este día fue la ceremonia de la última seña, en la Catedral. En la tarde y noche se exhibía el tenebrario²⁸¹ de estupenda fábrica, luego se cantaban las tinieblas²⁸² de las cuatro de la tarde a las nueve y media de la noche.

El Jueves Santo, el señor Arzobispo consagraba los santos óleos, y daba el sacramento de la Eucaristía a los capitulares, eclesiásticos, al virrey y a los caballeros que componían el Ayuntamiento de la ciudad. Luego depositaba el Santísimo Sacramento en el monumento que ocupaba el lado oriente de la iglesia. En la tarde, después de darles comida y vestido a doce pobres en el Palacio Real, el virrey asistía al lavatorio, que se llevaba a cabo en la Catedral.²⁸³ El Viernes Santo, en la mañana, acudían el virrey y el cabildo a la Catedral a los oficios y a la procesión de las tres caídas de Jesucristo, la cual se paseaba por las calles principales de la ciudad. En la tarde salía del convento de Santo Domingo la célebre procesión del Santo Entierro, después de haberse hecho en la iglesia el descendimiento de Cristo.

El corregidor de la ciudad sacaba un estandarte, después salían veintidós personas, las cuales representaban a los ángeles adornados con joyas, plata, oro, perlas y piedras preciosas, cada uno en su paso correspondiente a cada cofradía. Después de éstas iba la comunidad de los padres predicadores llevando la imagen de Cristo en una urna de cristal, plata y concha de carey. Le seguían el capitán conduciendo la compañía de infantería del palacio, los comerciantes que acompañaban

²⁸¹ Candelabro triangular con quince velas que se enciende en los oficios de Tinieblas de Semana Santa.

²⁸² Las Tinieblas eran una melancólica ceremonia, la cual se efectuaba a oscuras para representar las densas tinieblas que envolvían a la tierra en los momentos en que Jesús pronunció en la cruz sus últimas palabras: *Consummatum Est*.

²⁸³ HNM., Gaceta de México, abril de 1722, n.4.

las imágenes de San Juan y de Nuestra Señora de la Soledad. El Sábado Santo el virrey y su esposa iban a los oficios en la Catedral, donde se colocaba el cirio pascual sobre un basamento dorado. El Domingo se interpretaban los maitines²⁸⁴ de resurrección, y se sacaba, antes de que saliera el Sol, al Santísimo Sacramento de la capilla del sagrario, y el pueblo con gran devoción le seguía alrededor del templo.

En 1768, Juan Manuel de San Vicente dejó testimonio de cómo se celebraba el Viernes Santo en la ciudad de México. Nos dice que la procesión del Santo Entierro partía del convento de Santo Domingo. Primero marchaba un gran cortejo de hombres a pie y a caballo que llevaban las caras tapadas y representaban al pueblo judío, luego seguía otro séquito que interpretaba al pueblo católico, con las banderas reales recogidas y vueltas al revés, en señal de duelo por la muerte de Jesucristo,²⁸⁵ le seguían los pasos de los santos varones y las mujeres piadosas que iban acompañando a Cristo y a la Virgen; a éstas seguían los dieciocho gremios cubiertos con túnicas y capas negras y delante de cada uno iban tocando a dúo dos clarines "roncos". Cada gremio llevaba un ángel vestido de negro, cubierto de diamantes y perlas, con una insignia sagrada de la Pasión.

Seguían los regidores, el corregidor y los alcaldes ordinarios, acompañados de los caballeros más distinguidos. Tras ellos seguían los padres de Santo Domingo con el paso de Jesucristo difunto, el cual iba en un ataúd de plata y cristal, atrás venían muchos hombres vestidos de negro y cubiertos los rostros, armados, los cuales marchaban al compás de un tambor, y delante de ellos, iban algunos niños adornados

²⁸⁴ Primera hora canónica que se rezaba antes del amanecer.

²⁸⁵ La ciudad de México en el siglo XVIII. (1690-1780), Tres crónicas, Agustín de Vetancurt, Juan Manuel de San Vicente, Juan de Viera, México, CONACULTA, 1990, prólogo y bibliografía de Antonio Rubial García, (colección Cien de México), p. 161.

con ricas joyas.²⁸⁶ Atrás de éstos, seguía el paso de la Virgen María, la cual iba escoltada por doscientos comerciantes, vestidos de luto, alumbrándose con cirios de la más selecta cera, y cerraba la procesión la tropa de granaderos del ejército, que marchando silenciosamente, llevaban las puntas de sus armas hacia abajo en señal de duelo.²⁸⁷

Estas procesiones, sin embargo, no siempre se realizaban ordenadamente. Desde 1782 a 1792 los virreyes de la Nueva España difundieron el mismo bando para tratar de poner un poco de orden durante la Semana Santa. Este bando prohibía poner puestos de chía, comida, frutas y dulces en las calles por donde pasaban las procesiones, ni en las que se encontraban junto a las iglesias, y mucho menos que siguieran a estos eventos devotos los vendedores de pasteles, hojarascas, bebidas y matracas, ni otros grupos que desacataban la regla de la vigilia e incitaban a la gente a la desobediencia.²⁸⁸ También prohibía que se colocaran sillas y se armaran tablados por donde pasaban las procesiones. Si esto no se cumplía se pagaban diez pesos de multa.

Asimismo se multaba con cincuenta pesos a los dueños de los coches y a la especie de caballerías de cargo o de silla que se encontraban o andaban en las calles, o que se pasaban de las garitas adentro, desde las diez de la mañana del Jueves Santo hasta la hora del Sábado de Gloria, en que se hacía la señal de aleluya en la Catedral. Si estas disposiciones no se cumplían, se condenaba a dos meses de cárcel a los trasgresores si eran españoles; y a la misma prisión y cincuenta azotes en la picota si eran de otras castas.²⁸⁹

²⁸⁶ *Ibid.*, p. 162.

²⁸⁷ *Ibid.*, p. 163.

²⁸⁸ HNM, *Gaceta de México*, abril de 1789, tomo 3, núm. 29.

²⁸⁹ *Ibid.*

A pesar de estas disposiciones, en el siglo XIX encontraremos de nueva cuenta esta ley, lo que nos habla del gusto popular por las procesiones y del espíritu festivo de sus asistentes. Resta mencionar para la época colonial, otros ritos que acompañaron la conmemoración de la Pasión y Muerte de Jesucristo. Calendaricamente, los cuarenta días que corren desde el Miércoles de Ceniza hasta la Resurrección, tuvieron una connotación especial entre los novohispanos, en la que no faltó el culto a la madre de Dios.

El Miércoles de Ceniza

El Miércoles de Ceniza tenía lugar después de la alegre fiesta del Carnaval. Durante este día se acostumbraba ir a la iglesia a tomar ceniza. Esto consistía en una cruz de ceniza que el sacerdote pintaba en la frente de los fieles repitiendo la frase "polvo eres y en polvo te convertirás". El objetivo de esta ceremonia era recordar que la vida material es insignificante ante la importancia de la vida religiosa y espiritual que supera el límite de la muerte. Con esta invocación se iniciaba la Cuaresma, periodo de recogimiento, penitencia y sufrimiento que terminaría con la Pascua de Resurrección.

El sentido general de la Cuaresma

La palabra Cuaresma derivada de la palabra latina cuadragésima, significa cuarenta o cuarentena. Este rito tuvo su origen en el siglo IV, durante el papado de Gregorio Magno, y se instituyó como un homenaje a Jesucristo por los cuarenta días que estuvo en el desierto ayunando, meditando y preparándose para difundir el Evangelio. A partir

del siglo VII al IX, la Cuaresma se volvió un periodo de penitencia y de severos ayunos, los cuales consistían en no comer carne, huevos, leche y vino, así como sólo comer una vez al día, casi siempre en la tarde, prevaleciendo esta costumbre hasta el siglo XIII.²⁹⁰

En 1762, el Papa Clemente XIII autorizó comer durante el periodo cuaresmal carne, huevos, manteca, quesos y otros lácteos, exceptuando los primeros cuatro días de la Cuaresma, los miércoles, viernes, sábados y toda la Semana Santa, pero a cambio de esto los demás días se debía llevar a cabo el ayuno con una sola comida al día y además los ricos debían dar limosnas a los pobres. Otros Papas redujeron este indulto únicamente al Miércoles de Ceniza, a los viernes y a los últimos cuatro días de la Semana Santa. A cambio de estos privilegios concedidos a España y a sus colonias, los agraciados debían realizar la caridad de acuerdo con su linaje o jerarquía.²⁹¹

En cuanto al ayuno en México, en el año de 1771, el cardenal Lorenzana celebró el IV Concilio Provincial Mexicano, en el cual en el libro III, título XXIV, llamado "De la observación de los ayunos", señala que los cristianos "deben mortificar la carne a través de ayunos y abstinencias para refrenar sus desórdenes, movimientos y sujetarla al espíritu".²⁹² Este ayuno era obligatorio para españoles y demás castas, y durante la Cuaresma se tenía que llevar a cabo todos los viernes, exceptuando las dominicas, sino se realizaba se estaría bajo pecado mortal.

Los alimentos que estaban prohibidos consumir eran la leche, carne, huevos, queso, mantequilla y demás lácteos. Se debía ayunar y al mediodía se tenía que realizar una sola comida. Cuando el ayuno se cumplía al pie de la letra, se concedían

²⁹⁰ Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 312.

²⁹¹ *Ibid.*

²⁹² Luisa Zahino Peñafort, *El cardenal Lorenzana y el IV Concilio Provincial Mexicano*, México UNAM, 1999, p. 252.

cuarenta días de indulgencia, y no se llevaría acabo sólo si se tenía menos de 21 años, por enfermedad o dependiendo del trabajo corporal que se realizara.²⁹³

Por lo que se refiere a la gula, Santo Tomás de Aquino, en el siglo XIII, la enumeró como uno de los siete pecados capitales, y es considerada como el deseo desordenado o exagerado de comer o consumir cualquier cosa que no satisfaga comunes necesidades humanas sino que se exageren, hasta llegar a hartarse o colmarse de las mismas. Los habitantes de la capital, durante el periodo estudiado, no fueron la excepción con este pecado, pues a pesar de que en los días antes citados se ayunaba y se tenía prohibido comer ciertos alimentos, esto se compensaba a la hora de la comida, pues se comía de más aquellos que sustituían los prohibidos, como se verá más adelante.

El Viernes de Dolores y el altar a la Virgen

Dentro de la Cuaresma, el sexto viernes estaba dedicado a venerar a la Virgen de los Dolores, popularmente conocida como la Dolorosa. A esta Virgen se le solía representar con cara de tristeza, angustiada, con lágrimas amargas que salían de sus ojos, manos entrelazadas sujetando un pañuelo, engalanada con una túnica de color púrpura, una toca²⁹⁴ blanca y una larga capa azul. Además portaba una espada y algunas veces siete, las cuales atravesaban su dolido corazón y eran símbolos de sus siete dolores.²⁹⁵

²⁹³ *Ibid.*, p. 251.

²⁹⁴ de lienzo blanco con la que algunas monjas se cubren la cabeza.

²⁹⁵ Los siete dolores de la Virgen son los siguientes: la profecía de Simeón; la huida a Egipto; la pérdida del niño Jesús en el templo de Jerusalén; el encuentro de la Virgen con su hijo cuando éste se dirigía al monte Calvario; la crucifixión; el descendimiento de Jesucristo de la cruz y su entierro.

La costumbre de poner el altar de Dolores surgió cuando el virrey conde de Gálvez enfrentó una tremenda hambruna que asoló a la Nueva España durante el año de 1785, debido a una fuerte lluvia seguida de una recia helada que terminó con las cosechas de maíz. La situación era tan triste que el virrey dio de su bolsa doce mil pesos para aminorarla un poco y ordenó levantar un altar a la Virgen de los Dolores para obtener de ella su favor divino.²⁹⁶ Esto último fue imitado por la población, naciendo así la costumbre doméstica de colocar un altar llamado de Dolores.

En sus inicios este altar se instalaba en algún balcón que diera a la calle para que la gente que pasara lo admirara e hiciera algún acto de piedad. Después se puso a un lado de los zaguanes, en el interior de las casas o en las iglesias. Este altar estaba conformado de la siguiente manera: primero se colocaban las mesas y algunas gradas para los desniveles del altar, al centro se ponía la imagen de la Virgen de los Dolores sola o al pie de Jesús, ya fuera en pintura o bulto. Alrededor de las imágenes se colocaban muchas flores de diversos colores, especialmente el altramuza o moco de guajolote de color morado, propias de la Dolorosa, también se instalaban por su sentido litúrgico una gran cantidad de cirios y veladoras.²⁹⁷

Entre las luces y las flores se ponían también frontales,²⁹⁸ manteles y servilletas de diversos colores, los cuales generalmente tenían símbolos pasionarios o marianos, y banderitas de papel picado clavadas en naranjas forradas o pintadas con oro volador que reflejaban la luz de los cirios y las veladoras, al igual que las grandes esferas de vidrio azogado de diferentes colores. Junto a éstas, se instalaban diferentes

²⁹⁶ Francisco de Icaza Dufour, El altar de Dolores, una tradición mexicana, México, edit. Porrúa, 1998, p. 87.

²⁹⁷ Ibid., p. 93.

²⁹⁸ Decoración de la parte delantera del altar.

recipientes de vidrio que contenían aguas teñidas de varios colores que recordaban las lágrimas que habían sido derramadas por la Virgen María durante la Pasión de Jesucristo.

La gente que visitaba el altar preguntaba si había llorado la Virgen y entonces los anfitriones les ofrecían un vaso de agua.²⁹⁹ También se colocaban tiestos³⁰⁰ sembrados con trigo cultivado en la sombra para adquirir un tono dorado que representaban la Eucaristía y macetas con germinados de lenteja, chíá, alegría o cebada, los cuales se sembraban desde el Miércoles de Ceniza en cazuelas, ladrillos o figuras de barro poroso y áspero para mantener su humedad y representaban el nacimiento de la fe al pie del Calvario.

Al final del altar se ponían unos tapetes hechos con polvos de café, salvado, arena, pétalos de flores o semillas de diversos tonos y formas con los cuales se formaban diversos símbolos de la Pasión.³⁰¹ Una vez instalado, por la tarde se celebraba una misa en las casas de la gente rica, a la cual se invitaba a amigos y familiares. El cura hablaba acerca de Jesús y de su Pasión; se tocaban algunas piezas musicales conforme a la ocasión, como el Stabat Mater de Rossini, las siete palabras de Mercadante o el Ave María de Baca.³⁰² Las damas vestían elegantes trajes negros y los hombres lucían trajes del mismo color.

Al terminar la ceremonia religiosa se invitaba a cenar a los asistentes tamales, atoles, pasteles, dulces, chocolate o bien los platillos tradicionales de la Cuaresma, acompañados de aguas frescas como la de chíá, horchata, jamaica y tamarindo. Todo esto que he relatado, son los prolegómenos a la conmemoración de la Pasión y Muerte

²⁹⁹ Francisco de Icaza Dufour, *op. cit.*, p. 95.

³⁰⁰ Macetas donde se cultivan plantas.

³⁰¹ Francisco de Icaza Dufour, *op. cit.*, p. 97.

³⁰² *Ibid.*

de Jesús de Nazareth que están simbolizadas en la llamada Semana Santa. En el siguiente capítulo abordaré los pormenores de la Cuaresma, según las tradiciones mexicanas de los primeros cincuenta años del siglo de la independencia.

IV. LA CUARESMA Y LA SEMANA SANTA EN LA CIUDAD DE MÉXICO (1821 - 1855)

"Recuerda que polvo eres....."

Durante los tres días que duraba el Carnaval, los sentidos se excitaban y como eran los últimos días antes de "abandonar la carne" había una importante disposición hacia la alegría desenfrenada. Sin embargo, la fiesta terminaba:

Cuando aún [resonaba] en los oídos el agudo y penetrante tiple de las máscaras, cuando la multitud se [dispersaba] cansada, y algunos se [desayunaban] en un café, todavía envueltos en sus dóminos; (...), cuando las mujeres [estaban] marchitas con la atmósfera báquica y lúbrica del teatro; cuando muchos [habían] visto caer una careta a la madrugada y [habían] visto desvanecida una ilusión; cuando otros no [podían] explicarse quién era la gentil disfrazada que los embromó toda la noche; (...), y [caía] de los ojos esa venda de fascinación y de frenesí que [hacía] seguir una noche entera a cualquier mujer que [tenía] los pies bonitos, que [inspiraba] amargas pullas.³⁰³

Amanecía el miércoles, día en el cual se celebraba el rito litúrgico de tomar ceniza, y se le recordaba al católico que concurría a las iglesias, que "eres polvo, y de que en polvo te has de convertir".³⁰⁴ En este día se podía apreciar claramente cómo los habitantes de la ciudad pasaban del placer al rezo en un instante. Así un escritor de la época comentaba lo siguiente:

Esta generación pasó la noche en vela y aún no habrá una hora que se entregaba sin rubor a los seductores placeres del baile. Ahora quiere entregar al olvido los pasados desvaríos recordando su fragilidad sobre la tierra, y besando el polvo que Dios puede hacer hombre, y arrepentida de las mentiras y halagos que sus labios pronunciaron, quiere recibir de las sagradas manos del sacerdote la terrible rúbrica de su existencia.³⁰⁵

³⁰³ HNM., El Siglo Diez y Nueve, n.1155, miércoles 25 de febrero de 1852, p. 2.

³⁰⁴ Ibid.

³⁰⁵ HNM., El Patriota Mexicano, n. 2, 12 de agosto de 1845, p. 2-3.

En 1843, se publicó en el *Mosaico Mexicano* un artículo titulado "El Miércoles de Ceniza", donde también se percibía el paso del gozo a la penitencia. Ahí se consideraba que cuando el pueblo despertaba:

del letargo de sus placeres a la religión, [había] extendido sobre la tierra su velo de tristeza; la campana del templo [resonaba] ya sonora y majestuosa, y se escuchaba el gemido de la penitencia, donde poco ha no se oía sino el estruendo de la fiesta.³⁰⁶

En pocas palabras, durante este día el mundo se simbolizaba sólo en dos lugares: el teatro y la iglesia, pues mientras "unos salían de la orgía con el vestido de mojiganga en la madrugada, otros lo hacían del santo templo con el recuerdo de la nada de la vida",³⁰⁷ durante la mañana y la tarde. Para muchos fieles esta cruz de ceniza que se ponía en las frentes era mostrada con mucho orgullo, tanto así que un cronista de la época, comentaba con cierta ironía que "era conservada por muchos despreocupados durante algunos días, meses o el tiempo que durara adherida a la frente".³⁰⁸ Sin embargo, a otros les daba pena mostrarla, como era el caso de las niñas las cuales "cubrían con sus tápalos la cruz, como si fuera una mancha de deshonor".³⁰⁹

Otra situación que anunciaba el inicio de esta temporada, eran los gritos que los vendedores daban a lo largo del día ofreciendo sus diversos productos. Por ejemplo, García Cubas menciona que las indígenas que vendían verduras gritaban: "espinacas, verdolagas, romeritos, epazote, yerbabuena, cilantro, chícharos, ejotes, y habas verdes"; por otro lado, se escuchaban los aturdidores gritos de otros vendedores que decían: "comprarán paa-pas, no comprarán ranas y

³⁰⁶ HNM., *El Museo Mexicano*, t. I, 1843, segunda época, p. 104.

³⁰⁷ HNM., *El Siglo Diez y Nueve*, n. 1155, miércoles 25 de febrero de 1852, p. 2.

³⁰⁸ Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 312.

³⁰⁹ *Ibid.*

ajolotes";³¹⁰ otras "inditas" vociferaban: "¡no beberá usted Cuzcuz!"³¹¹ y otra decía: "¡iahuautle molido!"³¹² Los vendedores de pescado pregonaban: "¡pescado blanco!", el cual era llevado por una indígena en una charola de madera, cubierto por hojas verdes amplias y brillantes; otro vendedor procedente de Cuernavaca y de Jojutla, con voz fuerte gritaba: "¡pescado bagre fresco, pescado bagre!", el cual llevaba en hombros, y en las manos traía una báscula de platillos de cobre con sus correspondientes pesas.³¹³

También durante este día, como parte de la diversión, los comerciantes que tenían puestos de frutas y verduras, vendían en grandes cestos de mimbre cascarones de diversos colores. Estos cascarones de huevo estaban rellenos de pedacitos de papel de diferentes colores de oro y plata, perfumados a veces con aromas finos o de tiza, harina, salvado o de otros ingredientes sucios y asquerosos, y eran quebrados en las cabezas de los amigos y de la gente común. A pesar de que esto era para unos una diversión, para otros era una falta de educación, y sobraron los comentarios al respecto, así un cronista de la época opinaba que "esto demostraba a veces el poco o ningún grado de cultura de las personas que realizaban dicha acción".³¹⁴ De esta manera comenzaba la Cuaresma, periodo de penitencia y de ayuno.

La comida

A mediados del siglo XIX, el mandato más común a cumplirse fielmente por los creyentes durante estos cuarenta días, era el de abstenerse de comer carne. Sin embargo, esto no representaba una penitencia, sino más bien una satisfacción al

³¹⁰ *Ibid.*

³¹¹ Es una harina de maíz que servía para preparar un dulce especial.

³¹² Eran los huevecillos de moscos de los lagos con los que se hacían tortas envueltas en huevo.

³¹³ Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 312.

³¹⁴ *Ibid.*

apetito de la gula, pues la carne era sustituida por una interminable lista de alimentos preferidos entre la población. Durante esta temporada, en la prensa se podían leer diversos anuncios, en donde se invitaba a la población a consumir una gran variedad de pescados como: pámpano, bonito, merluza, salmón, bezugo, anguilas, truchas, atún, langostas, blanco de Chapala, ostiones, sardinas en aceite, lampreas a la bordalesa, lenguado en mantequilla, guachinango, alosas y por supuesto no podía faltar el bacalao, el cual costaba un real la libra, de 20 a 23 reales la arroba y de 9 y 10 pesos el quintal.³¹⁵

Todos estos pescados, eran proveídos por los vendedores ambulantes, o si no se adquirían en las diversas vinaterías de la ciudad. Pero no sólo se consumía el pescado, también se compraban las aceitunas rellenas con anchoas y alcaparras o con trufas y atún, legumbres encurtidas en vinagre, frutas en aguardiente, almíbar o secas como las almendras, avellanas, higos, ciruelas, cerezas, "quesos frescos de Flandes, mostaza francesa preparada, jamones de Westfalia, salchichón de Génova", salsas de varias clases y por supuesto los vinos blancos, tintos, de Oporto, pajarete amontillado, de alicante, garnacha, rancio, manzanillo, champaña, licores, aguardiente y té negro,³¹⁶ pues el fin era satisfacer el sentido del gusto.

No todas las familias tenían posibilidades de comprar los mismos productos y cocinar o comer los mismos alimentos, por lo que se distinguían las clases sociales durante esta temporada por medio de la comida. Por ejemplo, en las casas de las familias de la alta sociedad, con estos productos y otros, las cocineras hacían gala de sus conocimientos culinarios, y algunas veces eran dirigidas por las señoras de la casa o por las amas de llaves, las cuales acostumbraban

³¹⁵ HNM, El Universal, jueves 14 de marzo de 1850, p. 4.

³¹⁶ HNM, El Omnibus, jueves 13 de abril de 1854, p. 4.

acercarse a los braseros para supervisar si los alimentos se encontraban en su punto o para agregar algún ingrediente indispensable para que éstos estuvieran bien sazonados. Un cronista de la época nos dice que los ricos paladeaban los viernes de Cuaresma: "ricas sopas de ostras o de rabioles rellenos de espinacas y sardinas, sabrosos pescados al gratin o a la veracruzana, rica lamprea y deliciosa mayonesa de salmón y de langosta".³¹⁷

Otro de los alimentos que la gente de la alta sociedad acostumbraba comer eran las empanadas. Las que a mediados del siglo XIX eran más consumidas y tenían cierta fama fueron las del famoso pastelero Emilio Lefort, cuyo negocio se encontraba ubicado enfrente del convento de la Concepción. El relleno de estas "ricas" empanadas consistía en: "leche, crema de leche, arroz, yerbas y chícharos, [con un costo de] dos reales",³¹⁸ así como también las había de pescados de la temporada como: "el bobo, bacalao, róbalo, lisa, sardinas y pámpano; y si eran de salmón, ostiones, anguila, lamprea, trucha salmonada, lenguado, langosta, camarón de Europa y alosa, su costo era de dos pesos".³¹⁹

Las familias de la clase media durante esta temporada, disfrutaban de "un rico caldo de habas, róbalo capeado con ensalada de lechuga, tortitas de camarón, de ranas o de almejas, romeritos, frijoles refritos, vino o cerveza y la rica capirotada";³²⁰ y los pobres, quienes no comían tan suculentos platillos, pero trataban de seguir al pie de la letra la Cuaresma, ingerían "algunos animalitos como los ajolotes, de piel negra y carne blanca, los acociles, las ranas pequeñas llamadas

³¹⁷ Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 313.

³¹⁸ HNM., *El Universal*, n. 388, viernes 23 de marzo de 1855, p. 4.

³¹⁹ *Ibid.*

³²⁰ Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 314.

"atepocates", los charales, el ahuate,³²¹ y también comían romeritos, verdolagas, quelites, espinacas, quintoniles,³²² cuitlacoche y tlacoyos".³²³ En las casas, en general, se preparaban las aguas de sabores, destacando las de chía, limón, piña, tamarindo y horchata con una pizca de canela. Y como el postre no podía faltar, la gente recorría las diversas calles de la ciudad para comprar una nieve. Un cronista comentaba:

en las calles, los neveros que llevaban equilibrando en la cabeza el cubo de la nieve y en la mano una canasta con canutos envueltos en zacate, no cesaban de gritar: ¡al buen canuto nevado! ¡A tomar limón y leche, al nevero! ó ¡A tomar limón y rosa, al nevero!³²⁴

Los que no compraban las nieves en la calle, concurrían a los grandes comercios, llamados "Sociedades". A mediados del siglo XIX los más famosos en la ciudad de México eran: "La Bella Unión, la Gran Sociedad, el Bazar y el Progreso", en este último, los sabores tradicionales que se vendían eran los siguientes: vainilla, almendra, fresa, limón, zapote, tamarindo, melón, sandía y guayaba. Sin embargo, también se comprobaba el ingenio y la creatividad del mexicano en estos productos, pues para llamar más la atención del consumidor, se les solía poner nombres por demás curiosos como "boca de damas, amor de clérigo", "bajado del ángel", "profundidad del infierno", "separación del hombre", "amor de doncella".³²⁵ Si no se compraban helados en este lugar se acudía a las neverías de mayor prestigio en la ciudad como la de Santa Clara y de San Bernardo.

³²¹ Huevos del mosquito llamado axayacatl, que los indios recogen en la laguna de Texcoco. Se comen guisados de diversas maneras. Los españoles le comparaban al caviar.

³²² Quelite de espiga, alache o alegría comestible.

³²³ Ibid.

³²⁴ Ibid.

³²⁵ HNM., Diario del Aviso, miércoles 8 de Abril de 1856, p. 4.

Las diversiones durante esta temporada

Como se puede observar, a pesar de que durante la Cuaresma existían ciertas limitaciones en los alimentos, esto no era impedimento para que los ciudadanos gozaran de otros y le dieran gusto al paladar. Pero no sólo en la comida había ciertas restricciones, también las diversiones en la capital eran prohibidas por más inocentes que éstas fueran, pues se quería que los fieles se dedicaran exclusivamente a los ejercicios espirituales y a cumplir con sus penitencias. La mayoría de los teatros se cerraban para darles mantenimiento y las compañías teatrales aprovechaban el tiempo para reorganizar sus obras.

Sin embargo, no faltaba algún empresario que por alguna circunstancia o aprovechando la falta de diversión en la capital durante esta temporada, pidiera permiso al gobierno para presentar su espectáculo en algún teatro disponible. Así, durante la década de los 40, el gobierno a través de la comisión de teatro y diversiones públicas, expidió varios permisos para que diversas compañías llevaran a cabo diferentes espectáculos durante la Cuaresma en la capital.

Por ejemplo, el 18 de enero de 1842, el empresario Joaquín Roca pidió a la comisión de teatro y diversiones públicas un permiso para que la compañía de ópera italiana siguiera trabajando en la Cuaresma, pues, según él, eran "notorios los grandes desembolsos que [originaba] el establecimiento de una compañía de ópera, pues debiendo ésta componerse de artistas extranjeros [era] necesario hacerles cuantiosos adelantos y [pagarles] numerosos viajes".³²⁶

Este permiso, después de ser examinado por la comisión, le fue concedido con la única condición, de que dicho espectáculo no perjudicara "las buenas costumbres" y

³²⁶ AHCM, *Diversiones públicas*, v. 797, exp., 1 de febrero de 1842.

que se suspendiera antes del Domingo de Ramos.³²⁷ El 4 de febrero del mismo año, la comisión de teatro y diversiones públicas, otorgó la licencia al señor Juan Villela para que presentara en la Cuaresma "las pastorelas y operetas" en el teatro de la Unión, con la condición de que la autoridad intervendría en caso de algún desorden.

El 14 de marzo de 1843 al señor Francisco Solares se le autorizó para que realizara en la "Sociedad de la Bella Unión" varios conciertos musicales "de instrumental y voces", hasta el Sábado de Ramos.³²⁸ El 17 de enero de 1845, le fue concedida la licencia a don Ignacio Munguía para que en la Cuaresma hasta el Domingo de Ramos, en las tardes, otorgara varias "funciones pastoriles" en el teatro Nuevo México. Por último, el 7 de febrero de 1849 se le autorizó el permiso correspondiente al señor Pedro Alcántara Busquier para que en el teatro Nacional, su compañía diera algunas funciones "de ejercicios gimnásticos", sólo los jueves de la Cuaresma.³²⁹

Este tipo de restricciones que durante los cuarenta días hubo para las diversiones, sólo intensificaban más el deseo de gozar de ellas después de la Pascua, por lo que al terminar la Semana Mayor García Cubas comentaba:

El afán que se observaba en el público que acudía a la esquina del portal de Mercaderes, terminada la Semana Santa, para instruirse del elenco de las compañías y de las funciones anunciadas era tan extraordinario como la concurrencia a las contadurías de los teatros para proveerse de localidades.³³⁰

³²⁷ *Ibid.*

³²⁸ AHCM, *Diversiones públicas*, v. 798, exp. 123.

³²⁹ *Ibid.*, exp. 150, 7 de febrero de 1849.

³³⁰ Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 315.

El paseo a la Viga y al pueblo de Santa Anita

Este paseo³³¹ se encontraba situado al sureste de la ciudad de México y después del de Bucareli, durante la Cuaresma era el más visitado. A mediados del siglo XIX cuenta García Cubas que para llegar a él, había que atravesar un barrio sucio y feo, así como las plazuelas de San Lucas y de San Pablo. Esta calzada estaba conformada por tres filas de grandes y frondosos sauces, y en las orillas del canal se veían pequeñas granjas con algún ganado pastando, así como varias chozas de adobe y casitas humildes entre los árboles, muy concurridas por la gente que compraba tamales y atole.³³²

Este paseo solía ser visitado por gente de la ciudad así como por extranjeros. En 1840, Fanny Calderón de la Barca visitó este lugar y relató lo siguiente en una de sus cartas:

Cerca de las cinco, los soldados [habían] ocupado sus puestos para cuidar el orden; los coches [iban] y [venían] en dos largas hileras que se [extendían] hasta perderse de vista; los bordes de la calzada con un hervidero de gente plebeya [...], innumerables jinetes con trajes pintorescos, [mostraban] briosos caballos y [pasaban] por el centro de las dos filas de coches, y el canal se encontraba atestado de canoas, con los indios que [cantaban] y [bailaban] con indolencia.³³³

Una vez que las damas bajaban de sus carruajes, se dirigían junto con su familia al embarcadero para abordar alguna canoa que los llevara a recorrer todo el canal. Había canoas para la clase alta y otras para la gente del pueblo. García Cubas mencionaba, que las familias de la clase alta se subían a las primeras, las cuales tenían un toldo de petate sostenido por un arco de madera para sentarse debajo de éste y cubrirse un poco de las inclemencias del tiempo, y las segundas

³³¹ En 1785, el virrey segundo conde de Revillagigedo ordenó al arquitecto Ignacio Costera el trazo de este paseo hacia el sureste de la capital.

³³² Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 315.

³³³ Madame Calderón de la Barca, *op. cit.*, p. 83-84.

llevaban entre sus pasajeros a los músicos, los cuales se sentaban en las orillas e iban tocando las arpas, las guitarras, los bandolones, las jaranitas y las flautas, para amenizar el paseo. Como estas canoas no llevaban toldo, el centro de la misma quedaba libre para todos aquellos que les gustaba bailar, o si no, iban escuchando las dulces voces de las muchachas que cantaban canciones románticas o alegres. Según un cronista de la época, la canción de moda de ese entonces era la siguiente:

Bella es la flor que en las auras con blando vaivén se mece,
 Bello el iris que aparece después de la tempestad.
 Bella en noche borrascosa una solitaria estrella,
 Pero más que todo es bella, la risa de la beldad.³³⁴

Este tipo de canciones románticas daban cierto tono de descanso al espíritu. Por otro lado, al desembarcar en el pueblo, se podían observar vendedores de flores y verduras, de tortillas con chile y chalupas, mesas con aguas de sabores y algunos recuerditos como "flores hechas de rábano y primorosas figuritas de cera, como cupidos, palomas, inditas en sus chalupas hundidas entre sus flores y otras chucherías".³³⁵

Y entre los puestos de naranjas, plátanos, cocos y cacahuates, salía un jícarero que invitaba a los paseantes a tomar un rico pulque en "los numerosos templos de Baco". García Cubas, quién también visitó este lugar, nos dice que en las cabañas de ramas y zacates, o en los huertos pequeños, la gente merendaba "tamales y atole, pato cocido y enchiladas".³³⁶ Era tanta la gente que asistía a este pueblo que por un momento las clases sociales desaparecían, según relataba Guillermo Prieto: "tápalos y rebozos, paño francés y manta ruin, el sombrero de petate, el sorbete, y el fieltro

³³⁴ Antonio García de Cubas, *op. cit.*, p. 316.

³³⁵ Guillermo Prieto, *Cuadro de costumbres 2*, México, CONACULTA, 1993, p. 112.

³³⁶ Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 319.

democrático, todo se confunde".³³⁷

La gente que no se detenía a pasear en estos pueblos, continuaba su recorrido por los canales donde se encontraban las chinampas para comprar hortalizas o flores como las amapolas, los claveles, los alelíes o el cempoalxóchitl. La competencia entre los remeros que iban o regresaban del paseo, muchas veces originaban algunas peleas, las cuales asustaban a las mujeres y a los niños que viajaban en estas canoas. Estos sustos eran compensados por las risas de la gente que causaba la caída de algún individuo al agua, de los insultos que de una a otra canoa se gritaban y del espanto que provocaba en las mujeres, la aparición repentina de algún animalito.

Al regresar del paseo, en los alrededores del desembarcadero, se observaba un gran gentío. Prieto menciona que también había gente en las orillas saludando a las barcas, otros en los puentes de Jamaica, gritando porras y aplaudiendo, y junto al embarcadero otros esperaban ansiosos subirse a las canoas.³³⁸ Los que regresaban de los pueblos de Santa Anita e Ixtacalco lo hacían con bellas coronas de amapolas rojas y blancas en las cabezas y en las manos, y luego se acercaban a los puestos que se encontraban en las vecindades del canal para comprar frutas, beber aguas de diferentes sabores, degustar ricas nieves, o comer pollo, chorizo, tamales, palomitas con caramelo, alegrías y mamones.

El cuadro que se apreciaba en este lugar era fantástico, y todos lo gozaban por igual, según lo describe la siguiente crónica: "La Viga, es de lo que todos dicen mío, y el niño y el anciano, la gran señora y la que vende nenepile, todo el mundo arriba, todos a gozar, Dios está de gresca, y derrama con mano pródiga el contento en todos

³³⁷ Guillermo Prieto, Cuadro de costumbres 2, p. 112.

³³⁸ Guillermo Prieto, Actualidades de la semana 1, México, CONACULTA, 1993, p. 408.

los corazones."³³⁹ Y a pesar de que eran días de guardar, el gozo aparecía de nueva cuenta en este paseo.

El Viernes de la Dolorosa. Los preparativos

A mediados del siglo XIX, conforme se acercaba el Viernes de Dolores, la gente realizaba los preparativos para los altares que se levantaban en ese día. Con dos semanas de anticipación, las familias escogían un día para sembrar diferentes semillas. Guillermo Prieto cuenta que en su casa, a este día sus tías y su abuelita lo llamaban "día de sembrar".³⁴⁰ Menciona que toda la familia sacaba los trastes donde se realizaba la siembra. Los más lujosos como los platos de porcelana, las jarras y copas de cristal y los tiboires de china se utilizaban para sembrar trigo y maíz; en los jarros de barro poroso se sembraba la chíá, en los ladrillos la lenteja y el garbanzo, y en los comales se ponía la alegría dándole diferentes formas para que cuando las plantas crecieran, dibujaran en un tono rojizo los objetos que simbolizaban "la pasión del Salvador".³⁴¹

Algunos sembradíos se colocaban en lugares oscuros para que adquirieran un color amarillento y otros se dejaban al aire libre para que estuvieran bien verdes. Sin embargo, la tradición más arraigada era la colocación del altar de Dolores. En las casas con tres días de anticipación, los muebles de las salas se movían, dejando un espacio para colocar un altar, para lo que se buscaban algunos objetos y telas. También comentaba Prieto que un día antes del Viernes de Dolores "es de ordenanza convidar a algunas familias a un paseo a Santa Anita para ver en aquel humilde pueblecito llegar la multitud de canoas y chalupas con flores, que vienen desde esa tarde por el

³³⁹ Guillermo Prieto, Cuadro de costumbres 2, p. 108.

³⁴⁰ Guillermo Prieto, Cuadro de costumbres 1, p. 461.

³⁴¹ Ibid., p. 462.

hermoso canal de la Viga".³⁴² Al regresar del paseo, por la noche, algunas señoras se metían en un cuarto y se dedicaban a picar el papel, dorar las naranjas y preparar las aguas de colores, y otras iban a la cocina a preparar algunos alimentos para el otro día.³⁴³

La celebración

Desde la madrugada, la gente se dirigía a comprar sus flores y hortalizas al muelle de Roldán, ubicado en la calle del mismo nombre, a un lado del convento de la Merced. Desde temprano el canal estaba lleno de canoas y chalupas, con muchas flores y hortalizas de los pueblos de Santa Anita, San Juanico e Ixtacalco, y la gente se abría camino entre la multitud para poder llegar a la orilla del canal y comprar así sus productos. Prieto menciona que a parte de éstos, también se adquirían "copal, incienso, oro volador y pebeteros en forma de cocol o rosquita con polvo de carbón".³⁴⁴

Una vez que compraba la gente, se dirigía a pie a sus casas y si traían coches se iban a la calle de Puente de la Leña para abordarlos. Las canoas ya vacías, cuenta Ignacio Altamirano, que "regresaban lentamente a sus lugares de origen y en la orilla del canal sólo quedaban hojas verdes, flores pisoteadas y mucha basura".³⁴⁵ Mientras una parte de las familias adquirían sus flores, otra asistía a las misas que se celebraban este día en las iglesias de San Cosme, San Fernando, San Diego, Tarasquillo, la Profesa, la Soledad de Santa Cruz, Belén y otras; y otros más se quedaban en las casas, aseándolas, preparando los desayunos y disponiendo todo para

³⁴² *Ibid.*

³⁴³ *Ibid.*, p. 463-64.

³⁴⁴ Guillermo Prieto, *Actualidades de la semana* 2, México, CONACULTA, 1994, p. 136.

³⁴⁵ Ignacio Altamirano, *Paisajes y Leyendas. Tradiciones y costumbres de México*, México, Porrúa, 1999 (Sepan Cuantos, 275), p. 244.

el altar, el cual se colocaba en la sala principal que se encontraba tapizada con cortinas blancas e inundada de luz:

Del techo, que en toda su extensión estaba adornado con sartas de rosas naturales y cacalotzuchil, que ondeaban sobre las cortinas, pendía el espléndido dosel blanco con flecos de oro: en la parte superior se hallaba el cuadro de oro de la Virgen María, pintura sobresaliente, no recuerdo si de Juárez o Cabrera [...] En todas las gradas, con una simetría exquisita, alternaban los trastos con el rubio trigo, las macetillas con sus papeles de color picados en labores preciosas, las hileras de naranjas con oro reluciente, los vasos y los botellones, conteniendo aguas de colores, con sus respectivas luces colocadas en la parte posterior para su mejor brillo, las macetas en flor [...], los candeleros de metal, los jarros de chíá con sus collares de papel y su oro volador, los trastos conteniendo el incienso y los pebeteros, de donde se exhalaban nubes levísimas, que aromatizaban el ambiente.³⁴⁶

Al pie del altar se hacía un tapete con salvado, harina o café y se dibujaban en ellos con pétalos de flores los signos de la Pasión y las iniciales de la santísima Virgen. En el techo, se colgaban jaulas con calandrias, canarios, jilgueros y cenzontles, para que con sus cantos alegraran aún más el lugar. Mientras se decoraba el altar, las amas de casa alistaban las mesas con "tazones de chocolate, vasos de leche, platonos cuajados³⁴⁷ de puchas³⁴⁸ y rodeos,³⁴⁹ trocantes, mamones³⁵⁰ y panqués, aguas de distintos colores y sabores".³⁵¹

Una vez que se tenía todo listo, la familia se iba a arreglar, y a las ocho de la noche se prendía el altar. Con éste, también encontramos el contraste entre la penitencia por el dolor de la Virgen, el cual se ve reflejado al rezar frente a la imagen el Rosario, tratando de reconfortar su dolor, después de lo cual el gozo era inevitable al consumir alimentos y bebidas y tocar un poco de

³⁴⁶ HNM., *El Siglo Diez y Nueve*, 4 y 5 de abril de 1849.

³⁴⁷ Cierta bebida espesa cuyo componente principal es la leche.

³⁴⁸ Pieza de pan en forma de rosquilla.

³⁴⁹ Panecillo o golosina antigua.

³⁵⁰ Bizcocho blando de harina y huevo; especie de marquesote o panqué.

³⁵¹ HNM., *Semanario de las Señoritas. Educación científica moral y literaria del bello sexo*, t. I, 1840, p. 369-374.

música:

No bien transcurrían las diez Aves Marías y se anunciaba el Gloria Patri, cuando preludiaba la música, suspiraba la flauta, mil cohetes rompían los aires, [...]. Luego que terminó el rosario y la devoción de los *siete dolores*, en sendas jícaras nácares y plateadas y doradas, sirvieron la horchata con su respectiva canela, la chíá, el agua de tamarindo y agua de tamarindo y timbiriche, el agua de limón.³⁵²

Este altar se apagaba a las diez de la noche y se quitaba el Domingo de Ramos, y los sembradíos y las flores que estuvieran en buen estado se regalaban a las monjas.³⁵³ En algunas casas donde no se ponía un altar, se colocaba un Calvario, el más conocido era el del padre Picazo. Este Calvario llamaba la atención no sólo por las hermosas figuras de origen guatemalteco, sino por la imitación perfecta en todo el conjunto de la terrible y triste escena del Gólgota. Una crónica a mediados del siglo XIX describía lo siguiente:

En una gran sala débilmente iluminada por los reflejos de unas lámparas, medio ocultas por las peñas del Calvario, destacábase la bella figura del crucificado en medio de sus compañeros de martirio, [...] completaban aquel grupo las hermosa figuras de María de Cleofás y María Magdalena [...].³⁵⁴

Durante la primera mitad del siglo XIX los altares se pusieron con total normalidad, sólo en una ocasión hubo un gran disgusto entre la población. El 6 de abril de 1854, por toda la ciudad circuló el rumor de que se cobraría cierta cantidad de dinero por cada altar de Dolores que se pusiera en las casas, ante tal situación la gente indignada reclamó al gobierno de la ciudad de México, éste inmediatamente aclaró que esto no era cierto y que sólo se cobraría a quien instalara altares en la vía pública o a aquellos que se pusieran en el camino de las procesiones religiosas.

Aclarado el asunto todo volvió a la normalidad y como de costumbre, se siguieron

³⁵² HNM., *El Siglo Diez y Nueve*, 4 y 5 de abril de 1849.

³⁵³ Guillermo Prieto, *Cuadro de costumbres* 1, p. 471.

³⁵⁴ Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 323.

instalando los altares en las casas.³⁵⁵ Cuando estaba por terminar la Cuaresma, se presentaba la "apoteosis de Semana Santa",³⁵⁶ en la cual de nueva cuenta el regocijo y la penitencia convivían o se sustituían. Al tiempo que se asistía a las procesiones y se visitaba las iglesias, sonaban las matracas, y se comía con fruición y alegría.

*El Sábado de Pasión*³⁵⁷

En la Catedral, a partir de este día y durante cuatro más, se celebraba la "rara y misteriosa ceremonia de la Seña",³⁵⁸ la cual significaba "el pendón de la santa cruz que representa la victoria que alcanzó Cristo con su muerte, resurrección y ascensión".³⁵⁹ Así, tres sacerdotes salían del coro revestidos con grandes capas de raso y terciopelo, llevando el de en medio "una gran bandera negra con una cruz roja en su centro".³⁶⁰

Al llegar al presbiterio se hincaban, y mientras el coro cantaba, se ondeaba la bandera. Después ésta se tendía en el suelo y todos los canónigos se postraban ante ella, luego la volvían a levantar y la ondeaban tres veces más, y finalmente marchaban de nueva cuenta al coro para guardarla. Esta ceremonia, para mucha gente, resultaba ser "muy edificante y muy grandiosa"³⁶¹ y duraba hasta el Miércoles Santo.

El Domingo de Ramos

En las casas donde el viernes se colocaba el tradicional altar de Dolores, este día desde temprano se quitaba. Más tarde, la gente se dirigía a las diferentes iglesias de la

³⁵⁵ HNM., *El Universal*, jueves 6 de abril de 1854, p. 3.

³⁵⁶ Verónica Zárate, *op. cit.*

³⁵⁷ Nombre que le daba Guillermo Prieto al sábado anterior al Domingo de Ramos.

³⁵⁸ Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 324.

³⁵⁹ Guillermo Prieto, *Actualidades de la semana* 2, p. 532.

³⁶⁰ *Ibid.*, p. 527.

³⁶¹ *Ibid.*

ciudad, en especial a la Catedral, para bendecir los tradicionales ramos, los cuales eran hojas de palma tejidas que significaban "la representación gozosa en el rito procesional que va hacia la muerte para la salvación de todos los hombres".³⁶² La procesión que se dirigía a ella era suntuosa, en el atrio se observaban miles de puestos y adentro se apreciaba un verdadero "bosque". El altar mayor se encontraba engalanado con colgaduras color púrpura y las imágenes estaban cubiertas con un velo.

Los fieles con sus palmas en una mano y en la otra con velas encendidas, escuchaban atentos el armonioso órgano, los alegres cantos, los cuales resonaban en las bóvedas, y el Hosanna triunfal del Evangelio que se percibía entre "nubes de mirra e incienso". Al terminar la ceremonia, debido a que había mucha gente, para refrescarse un poco ésta se acercaba a las fuentes para rociarse un poco de agua bendita. Después de bendecir las palmas, se tenía la costumbre de enviarlas como obsequios, o si no, se tenía la creencia que una vez colocadas detrás de las puertas o en los balcones en forma de cruz, poseían la virtud de preservar los rayos y las centellas.³⁶³ Otro lugar importante donde la gente "de gran tono" asistía a bendecir las palmas era a la tradicional ceremonia de "las tres horas", en la iglesia de la Profesa. Durante este tiempo, a parte del acostumbrado rito, lo que más sobresalía eran sus oradores, sus "grandes músicos" y las mantillas costosas, el terciopelo y las alhajas de las hermosas damas que asistían a este lugar.

Del Lunes al Miércoles Santo

A partir del lunes, desde temprano el inusual movimiento en las calles de la ciudad indicaba que la Semana Santa había comenzado. En la Plaza y el Puente de Palacio la

³⁶² Verónica Zárate, *op. cit.*

³⁶³ Guillermo Prieto, *Actualidades de la semana* 1, p. 524.

gente compraba pescado y verduras para celebrar a lo grande la Vigilia; en el portal de las Flores, Porta Coeli, Flamencos y Monterilla se adquirían las flores para los altares, así como ropa, sombreros poblanos y zarapes para aquellos extranjeros que quisieran estrenar el Jueves Santo. Pero sin duda alguna, algo que regocijaba de manera extraordinaria a la población era el "ir y venir" de los sastres y las modistas, pues en estos días hacían su agosto al ser los más solicitados por la gente elegante o de "tono" que les mandaban hacer los trajes o si no, los compraban en las tiendas de lujo que se encontraban en la calle de Plateros, todo con tal de estrenar el Jueves y el Viernes Santo.

Por otra parte, en este día, en un abrir y cerrar los ojos, o como diría Guillermo Prieto por "comunicación telegráfica"³⁶⁴ aparecían en las esquinas los tradicionales puestos de chíá. Antes del Jueves Santo estaban conformados por dos grandes huacales cubiertos por alfalfa y tréboles, y adornados en su parte exterior por amapolas, chícharos, campánulas³⁶⁵ y mosqueta, y en los bordes con rosas y otras flores. En el aparador, se encontraban los vasos y las ollas con aguas de diferentes sabores.

El alma de este inigualable puesto era la famosa chiera descrita así por Prieto: "fresca, morena, de ojos negros, de andar resuelto, enagua con puntas, zapato con mancuerna, y en todo respirando actividad e inteligencia".³⁶⁶ En este primer día de la semana, a este singular personaje se le veía dando órdenes a su criada para que moliera la pepita en el metate, enviando a su esposo por aquellos artículos que necesitaba o arrullando a su recién nacido en un rebozo que colocaba detrás del puesto. Una vez que terminaba de instalarse, gritaba con su

³⁶⁴ Guillermo Prieto, *Cuadro de costumbres* 1, p. 389.

³⁶⁵ Planta cuyas numerosas especies se caracterizan por sus flores en forma de campana.

³⁶⁶ *Ibid.*

característico acento: "chía, horchata, agua de limón, tamarindo".³⁶⁷

El Martes Santo lo que destacaba era el aposentillo. Así, se podía observar muy serio y formal a Jesús en la prisión, acusado por conspirador y vigilado por "centinelas y sayones". Las iglesias que sobresalían por esta representación eran las de Regina, Balvanera, Santa Isabel y la Concepción.³⁶⁸ Por la tarde se realizaba una "larga" procesión que salía de la capilla de Tepito, llevando entre sus pasos a un Santo Cristo, el cual, al llegar frente al Palacio Nacional, se ponía de frente al balcón principal que tenía sus puertas cerradas por los indios, los cuales tenían esta costumbre muy arraigada desde la Nueva España.³⁶⁹

El Miércoles Santo desde temprano se llevaba a cabo el prendimiento. Este consistía en trasladar con días de anticipación la imagen de Jesucristo destinado a las ceremonias, a una casa particular donde se le colocaba en un magnífico altar. Afuera de ésta se encontraban los "sayones" y los "judíos", quienes organizaban un complot e intempestivamente asaltaban la casa entre empujones y resistencias. Sin duda alguna, era tanta la pasión de la gente por representar bien su papel, que a veces se daban verdaderas peleas, desmanes al por mayor y algunas amenazas entre sí.

De esta manera, entre hierros, el Cristo preso era llevado de nueva cuenta a la Catedral para que estuviera presente en la última ceremonia de la Señá y en el "oficio de las Tinieblas",³⁷⁰ el cual comenzaba alrededor de las cuatro o cinco de la tarde. El espectáculo que se presentaba en este lugar era imponente, pues para ambientarlo, se escuchaba primero una gran orquesta que tocaba hermosa música religiosa y cuyas

³⁶⁷ *Ibid.*

³⁶⁸ Guillermo Prieto, *Actualidades de la semana* 1, p. 541.

³⁶⁹ Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 324.

³⁷⁰ Esta ceremonia se efectuaba a oscuras para representar las densas tinieblas que envolvían a la tierra en los momentos en que Jesús pronunció en la cruz sus últimas palabras.

notas graves resonaban en las altas bóvedas del templo; después se recitaba el "Benedictus", el cual señalaba la muerte de los profetas que habían anunciado la pasión del Señor y se apagaban las seis luces del altar mayor; luego se entonaban los salmos, los cuales daban un carácter de tristeza y melancolía a esta ceremonia, pues conforme iban acabando éstos, aparecía en escena una misteriosa "mano negra", la cual representaba a la de Judas, e iba apagando una a una las catorce velas del tenebrario, el cual era de ébano con incrustaciones de plata.

Esta parte de la ceremonia indicaba el alejamiento de las dos Marías y de los apóstoles uno por uno del lado de Jesucristo, en tanto la vela blanca que coronaba el tenebrario, y que ejemplificaba a la Santísima Trinidad, no se apagaba, pues tenía como principal fin denotar la fe constante de la Virgen María y al mismo tiempo representar al Salvador.³⁷¹ Todo este momento, dejaba "una profunda impresión en el corazón de los niños, que, según un cronista, tenían casi exclusivamente fijada su atención en esta circunstancia".³⁷²

Sin embargo, otros asistentes no prestaban atención a todo lo que sucedía durante esta parte de la ceremonia, como era el caso de los "pisaverdes",³⁷³ quienes aprovechaban el momento para buscar con su mirada entre la multitud a alguna dama atractiva, otros se cuchicheaban con ellas, les sonreían o simplemente se quedaban de pie, delante de algún grupo de mujeres que les interesaba.³⁷⁴ Después se ocultaba el cirio encendido detrás del altar, y el templo quedaba completamente sumergido en las "Tinieblas", mientras como fondo musical se escuchaba el lúgubre cántico del Miserere, el cual, según Carlos María Bustamante en 1826, cuando se cantó

³⁷¹ Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 325.

³⁷² HNM., *El Eco del Comercio*, 22 de abril de 1848, p. 2-3.

³⁷³ Joven muy presumido y coqueto.

³⁷⁴ HNM., *El Eco del Comercio*, 22 de abril de 1848, p. 2-3.

“desagradó generalmente”;³⁷⁵ sin embargo en 1831 lo cantó José M. Luengas durante hora y cuarto y “la atención del muy numeroso concurso lo oía con bastante placer”,³⁷⁶ y en 1832 fue extraordinario, pues se estrenó “una composición de Miserere hecha por el organista Gómez”.³⁷⁷ Otro que nos da su opinión acerca del Miserere es Brantz Mayer cuando visitó la ciudad de México en 1842: “la música era abominable, me quedé tan sólo hasta que apagaron 4 o 5 de los cirios puestos en el gran candelabro de ébano con incrustaciones de plata”.³⁷⁸

Así, una vez que todo quedaba en silencio, un gran estrépito provocado por los fieles al golpear los libros sobre las bancas o al tocar las matracas, conmovía al recinto, significando “el trastorno de la naturaleza y la conmoción de la tierra en los momentos de expirar el Salvador del mundo”.³⁷⁹ Este instante agradaba mucho a los jóvenes, sin embargo, para algunas damas este momento era una verdadera pesadilla, pues algunos individuos que se introducían a los templos, aprovechaban la oscuridad y el ruido, para hacer diversas bromas, sobresaliendo aquella en la que clavaban en el tablado los vestidos de éstas. Después de esto, la ceremonia concluía aproximadamente a las ocho de la noche y al salir “se sentía en toda su plenitud la Semana Santa”.³⁸⁰

El Jueves Santo

Por fin llegaba el gran día en que “la cristiandad conmemora a la institución del

³⁷⁵ Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, Miércoles 22 de marzo de 1826.

³⁷⁶ *Ibid.*, Miércoles 30 de marzo de 1831.

³⁷⁷ *Ibid.*, Miércoles 18 de abril de 1832.

³⁷⁸ Brantz Mayer, *op. cit.*, p. 199.

³⁷⁹ Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 325.

³⁸⁰ Guillermo Prieto, *Actualidades de la semana* 2, p. 152.

Augusto Sacramento de la Eucaristía".³⁸¹ Desde temprano, se veían en las calles de la ciudad, corriendo de un lado a otro a las modistas y los sastres, entregando lo que días antes la gente de "tono" les había mandado hacer. Así, las damas eran las que realizaban desembolsos cuantiosos en cuanto a su ropa se refiere, pues lo importante, aparte de estrenar, era lucir lo mejor posible.

Los vestidos que durante este día destacaban eran los de terciopelo guinda, azul y morado; las mantillas que se usaban para acompañar éstos eran las blancas de blonda, las españolas, las "trapeadas" y las de encajes "de los más raros caprichos";³⁸² medias de seda, hilo de Escocia, lisas, caladas y de rico bordado; guantes lisos o con algún adorno, de red y de raso de seda. En cuanto a los zapatos, éstos eran de raso blanco o de color, y para darle un toque final, hermosos aderezos de brillantes o perlas montados en oro y relucientes anillos.

Era tanta la belleza de estas mujeres en estos días que en 1828, un escritor anónimo comentaba: "hemos tenido el placer de ver a nuestras hermosas mexicanas vestidas muy primorosamente. El gusto se mejora cada día, la capital de la república en este ramo iguala ya a las más principales de Europa".³⁸³ Pero no sólo los mexicanos destacaban la hermosura de sus conciudadanas, sino también los extranjeros que visitaban la capital, así en 1831 Mathieu de Fossey, al ver a las bellas mexicanas salir de los templos vestidas elegantemente y con sus mantillas "garbosamente afianzadas en la cabeza" las comparaba con las "jóvenes novias al salir del altar".³⁸⁴

Los hombres vestían pantalones de cuadros de casimir, casacas de paños

³⁸¹ Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 325.

³⁸² HNM., *El Monitor Republicano*, 20 de abril de 1851, p. 4.

³⁸³ HNM., *Correo de la Federación Mexicana*, sábado 5 de abril de 1828, p. 3.

³⁸⁴ Mathieu de Fossey, *Viaje a México*, pról. José Ortiz Monasterio, México, CONACULTA, 1994, p. 144.

verdes, guindas, azules o cafés con botones dorados y sombreros de copa alta y botas. El resto del pueblo, en cuanto a las mujeres se refiere, vestían casi todas muselinas blancas transparentes y almidonadas, algunas con ricos bordados; faldas con encajes y zapatos de raso blanco, y se cubrían con lindos rebozos.³⁸⁵ Los hombres usaban ricas calzoneras con botones de plata, camisas bordadas de deshilados y exquisitas randas, chaquetas finas de paño francés, mascadas de la India y cintillos al cuello. A las niñas se les solía poner su saya, su mantilla y su peineta, y a los niños pequeños su "mameluco" de coletilla de una pieza, su corpiño y su valona, zapatito amarillo y los más grandes usaban sorbete, el frac, reloj y botitas.

Algunos padres vestían a sus pequeños con uniformes militares o de frailecitos, para cumplir con alguna manda que tuvieran pendiente, por lo que era una verdadera delicia ver pequeños de San Francisco o de San Agustín, peleando, brincando o provocando la admiración y la envidia de otros niños.³⁸⁶ En fin, lo de menos era gastarse los ahorros, el sueldo o adquirir deudas durante todo el año, pues lo importante era estrenar y disfrutar la buona vita este par de días.

Después de ponerse sus mejores galas y de arreglarse, las familias, desde las ocho de la mañana, se dirigían a la Catedral y a las calles de Plateros, Santo Domingo, San Francisco, y en todas direcciones. Según Prieto se observaba "una población, limpia, lujosa, contenta y ansiosa de divertirse atravesando el camino del cielo".³⁸⁷ Así, todo mundo esperaba ansiosamente que dieran las diez de la mañana para escuchar "el ruido seco de la gran matraca de la Catedral", el cual indicaba la instalación oficial del tiempo santo.

Esta matraca se caracterizaba por tener un cilindro grande de madera con sus

³⁸⁵ Madame Calderón de la Barca, *op. cit.*, p. 97.

³⁸⁶ Guillermo Prieto, *Actualidades de la semana* 2, p. 150.

³⁸⁷ Guillermo Prieto, *Actualidades de la semana* 1, p. 544.

alas de tablón, sobre las que caían mazos enormes, que producían unos ruidos de los más desagradables.³⁸⁸ Una vez que se escuchaba, enmudecían las campanas, las vinaterías, carnicerías, pulquerías, tiendas, así como los cajones de ropa y los almacenes cerraban, los coches y los caballos desaparecían por completo de las calles, difundiéndose así un silencio imponente. Esto se debía a que las autoridades del Distrito Federal, publicaban un bando días antes de que comenzara la Semana Santa en el que prohibía que del Jueves al Sábado de Gloria "en las horas que siempre se ha acostumbrado" dentro de la ciudad, no transitarán caballos, "bestias" de carga o carruajes, y sólo lo podían hacer aquellos que fueran destinados al gobierno o que tuvieran permiso de éste.

Si esto no se cumplía, se pagaba una multa de uno a diez pesos o se sufría la pena de cinco a cincuenta días de grillete.³⁸⁹ Mucha gente pensaba que esta prohibición era una más de las medidas del gobierno, sin embargo, el fin principal de la misma era "tributar un acto de respeto a las ceremonias que conmemoran la Pasión de Jesucristo".³⁹⁰ La gente que asistía a los oficios en Catedral, esperaba a uno de los invitados especiales a estos actos tan solemnes: el presidente de la República.

El 27 de noviembre de 1824, el presidente en turno, Guadalupe Victoria, envió al Congreso un decreto en el cual se indicaba oficialmente qué fiestas religiosas y civiles serían las que obligatoriamente se llevarían a cabo y contarían con su presencia, así como el protocolo a seguir durante las mismas y entre éstas estaban el Jueves y Viernes Santo.³⁹¹ Por lo que se refiere al primer día, en un comunicado el

³⁸⁸ *Ibid.*, p. 450.

³⁸⁹ HNM., *El Siglo Diez y Nueve*, sábado 19 de marzo de 1853, p. 3.

³⁹⁰ Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 327.

³⁹¹ AGNM., *Gobernación*, caja 75 s/s, exp. 3, f. 79-80.

presidente de la República citaba a los ministros de la Suprema Corte de Justicia, a los jueces, los jefes militares y los de las principales oficinas a las ocho y media de la mañana en el Palacio Nacional. Una vez que llegaba el día y que estaban todos reunidos, concurrían entre las nueve y diez de la mañana a la Catedral donde eran recibidos en la puerta principal por el Cabildo y por un sacerdote, el cual les daba la bendición y después los conducía con una cruz y varios cirios hasta una "jaula" que se encontraba abajo del presbiterio junto al Evangelio.³⁹²

Comenzaban los oficios, y casi al terminar éstos, el sacerdote se acercaba al presidente y su gabinete para darles la sagrada comunión, después de ésta, el padre colgaba al cuello de la máxima autoridad la llave de oro del Sagrario donde se encontraba guardado el Sagrado Depósito del Santísimo Sacramento, y la cual llevaba consigo durante estos santos días. En 1824, mientras se escogía un presidente, el Supremo Poder Ejecutivo integrado por Miguel Domínguez y los generales Nicolás Bravo y Vicente Guerrero, asistieron a la Catedral y comulgaron siendo honrado con la llave del Sagrario el segundo.³⁹³

Entre los presidentes que se tiene noticia de que asistían a los oficios en Catedral durante este día -que comulgaban y recibían la llave de oro del Sagrario- se encontraban Guadalupe Victoria, quien, en los años de 1825 y 1827, asistió como de costumbre a los oficios y en 1828 comulgó solo sin los regidores ni los secretarios del despacho. Según Carlos María Bustamante, este hecho no fue del agrado del pueblo "pues no estaba acostumbrado a semejante novedad, y ha murmurado, los piadosos han tomado un motivo para desacreditar a esta non santa gente".³⁹⁴ En 1829, comulgó Vicente Guerrero y algunos regidores. En 1831, "el vicepresidente Anastasio

³⁹² Guillermo Prieto, *Actualidades de la semana* 2, p. 533.

³⁹³ Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, Jueves Santo 15 de abril de 1824.

³⁹⁴ *Ibid.*, Jueves Santo 3 de abril de 1828.

Bustamante, comulgó con casi todos los regidores, menos con los ministros".³⁹⁵

En 1833, Valentín Gómez Farías comulgó solo sin ninguno de sus funcionarios. En 1835, el presidente Miguel Barragán, junto con el Ayuntamiento, asistió a los oficios de este día. En 1836, el presidente José Justo Corro fue a la Catedral y la concurrencia fue numerosa. En 1845, el presidente interino José J. Herrera comulgó con tres de sus cuatro ministros. Por último, en 1846, el general Paredes y sus ministros Becerra, Castillo y Tornel comulgaron ese día.³⁹⁶

Cabe señalar que uno de los presidentes que durante los años de 1838 a 1841 no asistió a los oficios de Jueves Santo fue Anastasio Bustamante, y por lo que se refiere al general López de Santa Anna, tampoco se tiene noticia de que haya asistido durante sus gobiernos a las ceremonias de la Semana Mayor. Por lo que respecta al gobernador del Distrito Federal, se sabe que también se le honraba de la misma manera con la llave del Sagrario de la Colegiata de Guadalupe.³⁹⁷ Esta costumbre, conforme pasaron los años, se fue relajando porque los presidentes frecuentemente dejaban de asistir y cuando querían hacerlo avisaban con anticipación al Cabildo Eclesiástico para que se dispusieran los correspondientes asientos.

Sólo en dos ocasiones, una vez que concluía la ceremonia, el presidente y su gabinete desayunaban en la sala del Cabildo, para después retirarse al mediodía. Se tiene noticia de que hayan asistido a desayunar Guadalupe Victoria en 1825, quien "pasó a tomar chocolate a la sala de cabildo acompañado de los canónigos y del Estado Mayor General";³⁹⁸ y Vicente Guerrero, quien en el año de 1829, se presentó a tomar

³⁹⁵ *Ibid.*, Jueves Santo 31 de marzo de 1831.

³⁹⁶ *Ibid.*, Jueves Santo 8 de abril de 1846.

³⁹⁷ Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 328.

³⁹⁸ Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, Jueves Santo 31 de marzo de 1825.

chocolate después de las diez de la mañana, una vez que había finalizado la "tercia".³⁹⁹

Desde este día, "toda la guarnición permanecía con armas a la funerala hasta el Sábado de Gloria y el pabellón nacional puesto a media asta".⁴⁰⁰ En cuanto a las familias, una vez que comulgaban, muchas de ellas se quedaban a pasear por la Plaza Mayor o regresaban a su casa para tomar chocolate, y después, de nueva cuenta, se dirigían al "Templo del Señor" llevando entre las manos el *Devocionario de la Semana Santa* forrado en terciopelo, con broches de oro dorados.⁴⁰¹ Éste se podía adquirir en diferentes librerías, como las que se encontraban ubicadas en las calles del Portal de Mercaderes número 7 y en el Callejón del Espíritu Santo número 5,⁴⁰² o en las de prestigio como "La Sinceridad" o el "Gran Lavalle", por el precio de 6 reales y constaba de 3 cuadernos.

Cuando terminaban de orar, realizaban la visita de las siete casas en donde rezaban en cada una las oraciones y los padres nuestros de costumbre. Una vez que cumplían, estrenando coloridos y elegantes ropajes, se dirigían a los puestos de chía para mitigar un poco su sed con las ricas bebidas que ofrecía la chiera. A comparación del Lunes Santo, estos puestos daban un cambio radical, pues se construían de barracas de carrizo revestidas con fresca alfalfa y se adornaban con coloridas amapolas, y en la parte de enfrente se formaban elevados arcos adornados con tréboles y flores de donde se colgaban innumerables ollitas, jarritos y cantaritos de barro poroso que daban frescura "[al] agua loja", también se colocaban faroles y

³⁹⁹ *Ibid.*, Jueves Santo 16 de abril de 1829.

⁴⁰⁰ Guillermo Prieto, *Actualidades de la semana* 2, p. 533.

⁴⁰¹ Este traía consigo los oficios completos del Domingo de Ramos, Jueves y Viernes Santo, así como los ejercicios para la visita de los altares, la adoración de las cinco llagas, la de las siete casas, la de los monumentos o santos sepulcros, el Vía Crucis, las 3 horas y el pésame a la Virgen María.

⁴⁰² HNM., *El Siglo Diez y Nueve*, lunes 10 de abril de 1843, p. 4.

lienzos.⁴⁰³

En el mostrador relucían con el sol enormes vasos de cristal con aguas de diferentes sabores como limón, tamarindo, "timbiriche",⁴⁰⁴ piña, horchata de pepita y, por supuesto, chía. Al fondo de este puesto se colocaban varias bancas, asientos de tule o sillas para que la gente se acomodara en ellas y mitigaran un poco su sed, y en los principales rincones se colocaban columnas de yeso con estatuas o jarrones, y en las paredes se colgaban "algunos cuadritos de madera de caoba con estampas del Periquillo o de las batallas de Napoleón".⁴⁰⁵

La chiera en tal especial día, muy coqueta, vestía una enagua de muselina, encima su vistoso zagalejo y su camisa escotada llena de randas. Como adornos se ponía pulseras y gargantilla de corales, su rosario y su relicario con cera de "agnus", y todas las medallas y amuletos que tuviera a la mano, zapatos ajustados y peinada de trenza con listones que se colocaba sobre su frente o se la dejaba suelta sobre la espalda.⁴⁰⁶

Para despachar sus aguas solo le bastaban unos vasos de vidrio y las jícaras de calabaza pintadas de color rojo decoradas con varios dibujos de pájaros y flores, o, aquellas encarnadas y brillantes de charol con curiosos adornos de plata. Y con su melosa voz gritaba: "chía, horchata, limón, piña o tamarindo ¿Qué toma usted mi alma? Pase usted a refrescar".⁴⁰⁷ Sin duda alguna, después de la penitencia del rezo, venía el placer de las bebidas. Y como este puesto, muchos más se colocaban enfrente del palacio, afuera de las iglesias, en las plazas o los jardines.

⁴⁰³ Guillermo Prieto, Cuadro de costumbres 1, p. 390.

⁴⁰⁴ Bebida hecha con la fruta del mismo nombre machacada y puesta a fermentar, es embriagante.

⁴⁰⁵ Antonio García Cubas, op. cit., p. 326.

⁴⁰⁶ Ibid.

⁴⁰⁷ Ibid.

Los que no realizaban la visita de las siete casas, asistían a la una de la tarde a la ceremonia del lavatorio de los pies, en la cual un sacerdote se los lavaba a doce pobres en conmemoración de los doce apóstoles y después los pasaban al comedor, y finalmente se les daba a cada uno de ellos una muda de ropa. Una vez que se cumplían con estos oficios devotamente, algunas familias regresaban a sus casas para tomar una "frugal comida",⁴⁰⁸ la cual consistía en caldo de habas, bacalao a la vizcaína, lentejas, frutas de todas clases, en especial melón y sandía, "la capirotada y la sopa de frijoles, el revoltijo de romeritos, la torta de camarones, y en algunas partes el lujo llegaba hasta poner lonjas envueltas en huevo de saladísimo pescado róbalo y ensalada de lechuga o coliflor",⁴⁰⁹ postres de leche, y no podía faltar a esta comida "el vino tinto y el aguardiente catalán".

Después de degustar estos alimentos, con cierta ironía se comentaba lo siguiente en la prensa: "¿Pero cree el piadoso lector que todo es piedad y devoción en esta gran ciudad de los Moctezumas en tales días?... Al contrario, es una diversión anual religiosa, para la cual se hacen siempre en lo interior de las familias grandes preparativos."⁴¹⁰ Media hora después de la succulenta comida, las familias se ponían en marcha para asistir a uno de los actos más esperados de este día: la célebre procesión de la Santísima.

La Plaza Mayor y las calles por donde pasaba se encontraban invadidas por una gran cantidad de vendedores, entre los que destacaban: los "juderos", quienes en lo alto de largos palos de madera, llevaban colgados racimos de grotescas figuras de cartón encohetadas, mejor conocidas como judas; también andaban por ahí los "mamoneros", los cuales llevaban sus mercancías en una tabla de madera que se

⁴⁰⁸ HNM., El Monitor Republicano, 20 de abril de 1851, p. 3.

⁴⁰⁹ HNM., El Eco del Comercio, 22 de abril de 1848, p. 2-3.

⁴¹⁰ Ibid.

colocaban sobre la cabeza y anunciaban, según García Cubas, a grito ronco "a dos rosquillas y un mamón";⁴¹¹ y otro singular personaje que no podía faltar en este gran día, era el "matraquero", el cual en medio de un mar de gente, con sus altos y gruesos carrizos donde estaban las matracas clavadas sobresalía al gritar "al matraquero".⁴¹²

Éstas estaban fabricadas de diversos materiales y tenían distintas formas y tamaños. Por ejemplo, las había de madera en cuyo extremo presentaban simpáticos mueblecitos; otras de hoja de lata que tenían adheridos pequeños dijes como: espejos, tinas con sus calentadores o regaderas; también las había de marfil y hueso, y tenían como adornos roperitos y armarios con pequeños objetos, utensilios de uso doméstico, guitarritas y violines, macetitas con plantas y flores de seda, y otras curiosidades; y por último, las de plata y oro, que se adquirían en las calles de Plateros y que como decoración tenían objetos preciosos de filigrana destacando "dos palomas asidas amorosamente por los picos, ya un cuadro de caza, o un jarrón de flores".⁴¹³

Y no podían faltar aquellas matracas que lucían bellas figuras de cera como "una hermosa bailarina con su vestido vaporoso a media pierna, o la vistosa graciosa china con su vistoso traje[...], el charro de calzonera y chaqueta de cuero con bordados de plata",⁴¹⁴ indios expendedores de diversas mercancías, y por último, hermosas frutas y flores hechas a la perfección. Sin duda alguna, había matracas para todos los gustos y todas las clases, y una vez más con estos productos se comprobaba el gran ingenio que tenían los mexicanos. Sin embargo, el ruido que generaban estos artefactos no era del todo agradable para los adultos, pero para los niños el tocarlas

⁴¹¹ Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 329.

⁴¹² HNM., *El Álbum Mexicano. Periódico de literatura, artes y bellas letras*, 1849.

⁴¹³ HNM., *Don Simplicio. Periódico burlesco, crítico y filosófico por unos simples*, t. 2, segunda época, n. 31, 4 de abril de 1846, p. 1-3.

⁴¹⁴ Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 329.

era un deleite, y además se tenía la creencia que el ruido que producían estas carracas espantaba al diablo. Y así ese frecuente y desmedido ruido siempre se identificaba con la Semana Santa.

En el atrio de la Catedral, se amontonaba la gente ya fuera para tomar asiento en las escaleras en espera de la procesión, o, para adquirir una rica bebida de "espuma de cacao". Las vendedoras de este producto hacían su bebida de la siguiente manera: en grandes vasos de barro mezclaban agua, azúcar y cacao molido y con molinillos de madera especiales la batían fuertemente hasta que el líquido se transformaba en espuma, para después servirse en grandes jícaras de calabaza.⁴¹⁵

Si no se alcanzaba lugar en el atrio, se instalaban estrados en las banquetas, sillas contra las aceras, se levantaban gradas en los zaguanes, se colocaban asientos en los balcones, se extendían en las azoteas toldos, y "en todas partes trajes y fisonomías lo amenizaban todo dejando correr el río de gente entre el cual sobresalían matracas, judas"⁴¹⁶ y golosinas. Todo esto formando realmente un conjunto animado y singular.

Mientras tanto, la procesión se alistaba para salir del templo de la Santísima a las tres de la tarde, y el orden que se seguía era el siguiente: la encabezaban los trinitarios "con sus túnicas escarlatas y las cruces de San Félix de Valois al pecho",⁴¹⁷ portando una cruz negra grande en cuyos brazos colgaba la sábana santa; le seguía un sacerdote con su sobrepelliz; la imagen de Jesucristo cautivo que era cargada en hombros por diversos individuos de varias sociedades; el *Ecce Homo* vestido con su túnica de color púrpura y capa blanca de seda bordada con hilos de oro, su soga de este material, su corona y caña de plata.

⁴¹⁵ *Ibid.*

⁴¹⁶ Guillermo Prieto, *Actualidades de la semana* 2, p. 153.

⁴¹⁷ *Ibid.*

Continuaban los pasos de San Dimas preso; el Señor de las Tres Caídas, vestido con su túnica de terciopelo morado bordada de oro, y su cruz a cuestras la cual le ayudaba a sostener Simón Cirineo. Seguía la cofradía del Señor de la Salud; el Cristo de la Salud con María Magdalena abrazada del pie de la cruz; doce señoras vestidas de saya y mantilla, llamadas "Camaristas" del Misterio de la Santísima Trinidad; el Padre Eterno, que sostenía entre sus brazos el cuerpo inerte de Jesucristo, y llevaba en su pecho al Espíritu Santo, simbolizado por una paloma de oro; San Pedro, y al pie de éste su gallo; el Abad de Guadalupe con una cruz de carey; el resto de los miembros de la cofradía del Misterio y de San Homobono, en su mayoría sastres, los cuales vestían de pantalón blanco y chaqueta negra, y llevaban en el lado derecho del pecho un escapulario y escudo de la Santísima; también iban congregantes de San Pedro y de San Sebastián, por último, una banda que tocaba música militar y una compañía de tropa.⁴¹⁸

Caminaban por la calle de la Santísima y tercera de Vanegas y la primera parada la realizaban en la iglesia de Jesús María, donde eran recibidos por unas monjas, las cuales les cantaban un himno, luego seguían por las calles de este nombre y llegando a la esquina llamada de la Papelería, salían a su encuentro la comunidad de la Merced, y al salir, los padres mercedarios los acompañaban hasta la esquina del callejón de los Gallos que desembocaba en la calle de la Merced. Por este servicio pagaban 50 pesos a estos religiosos, para la liberación de los cautivos.

Continuaban caminando por la calle de Balvanera, entraban a la iglesia del mismo nombre y al salir seguían por los Bajos de Porta Coeli, la calle de Flamencos, hasta ingresar a la Plaza Mayor, donde se presentaba la imagen sagrada al presidente que se

⁴¹⁸ Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 329-330.

encontraba en el balcón principal de Palacio Nacional y ante un eminente silencio se arrodillaba, al igual que la gente que esperaba la procesión y lo mismo sucedía frente al Palacio del Arzobispado, para luego regresar a su templo por las calles de la Moneda, Santa Inés y el Amor de Dios.⁴¹⁹ El único problema que tuvo esta procesión fue en 1836, pues debido a que ese día llovió, granizó y cayeron rayos, se tuvo que quedar en la Catedral. Al caer la tarde y después de la procesión, la gente afluía a las neverías y a los cafés, y otras que se encontraban en las calles principales de la ciudad, dejaban aproximadamente a las seis de la tarde la acera libre para cederle el paso a la comitiva del presidente o a la del Arzobispo, las cuales por separado realizaban la visita de las siete casas.

El primero, con días de anticipación confirmaba su asistencia, así como las iglesias que visitaría, siendo éstas la de San Bernardo, Capuchinas, San Agustín, San Francisco, la Profesa, el Sagrario y por último la Catedral,⁴²⁰ y se hacía acompañar por dos lacayos que abrían la marcha y llevaban consigo unos cirios grandes prendidos, les seguían los edecanes y algunos generales que vestían de gala y al último el señor presidente, con su elegante uniforme. De los que se tiene noticia de que visitaron las estaciones fueron el Supremo Poder Ejecutivo en 1824, y en 1845 José Joaquín Herrera, quien a pesar de las inclemencias del tiempo "visitó con gran fausto las iglesias".⁴²¹

En el caso del segundo, la comitiva estaba integrada por dos lacayos con sus correspondientes cirios, le seguían familiares de "roquete",⁴²² algunos sacerdotes y por último el señor arzobispo que vestía de sotana y capa de color morado, con flecos

⁴¹⁹ *Ibid.*

⁴²⁰ AGNM., *Justicia*, 119/162.

⁴²¹ Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, Jueves Santo 20 de marzo de 1845.

⁴²² Vestidura de tela blanca fina, de mangas anchas, que se ponen sobre la sotana los que celebran o ayudan en las funciones de la iglesia, legos o eclesiásticos.

verdes y sombrero de canoa con cintas verdes, cuyas borlas pequeñas colgaban hacia atrás. Cuando ambas comitivas coincidían en alguna iglesia, se saludaban con respeto y atención y continuaban cada uno su camino. El presidente en turno, acabando de visitar la última de las siete casas, que en este caso era la Catedral, se regresaba a las nueve de la noche al Palacio Nacional.

En cuanto a la población, por la noche se apiñaban en la entrada de las iglesias formando una barrera que con dificultad podía traspasarse para ver los bellos monumentos que se montaban durante este día. Así, en 1824, Carlos María de Bustamante escribía en su diario lo siguiente: "De Florencia decía Carlos V que debería verse en día domingo y de México digo yo que debe verse en Jueves Santo ¡Qué piedad en toda clase de gentes! ¡Qué belleza y adorno y compostura en los templos!"⁴²³

Estos "monumentos" que hicieron que se expresara de esta forma el autor, se instalaban en los altares mayores de las iglesias, las cuales se cubrían con bastidores de tela donde se pintaba en el centro el cenáculo y los profetas a los lados. En todas las gradas se colocaban "ceras" y banderitas de "plata y oro" para alumbrarlas, y se llenaban de naranjas doradas, platos de trigo sembrado, cantaritos con chíca, macetas con olorosas flores y cuanto adorno fuera posible, y sobre éstos se colgaban jaulas con hermosos pájaros, los cuales mezclaban sus armoniosos trinos con las majestuosas notas del órgano, y con los cantos del coro que en las altísimas bóvedas de las iglesias resonaban.⁴²⁴

A los lados del altar se encontraban aparadores donde resplandecían platos, vasijas y jarrones de plata. En fin todos estos elementos provocaban entre la

⁴²³ *Ibid.*, Jueves Santo 15 de abril 1824.

⁴²⁴ Guillermo Prieto, Actualidades de la semana 1, p. 451.

concurrancia "las más tranquilas y religiosas emociones"⁴²⁵ y hacían recordar que el "Jueves Santo es el aniversario de aquella memorable noche en que Jesús, al cenar por última vez en la tierra en compañía de sus discípulos, quiso dejar a los hombres su cuerpo y sangre."⁴²⁶

Los monumentos más notorios y visitados en "los que se agolpaba el gentío en inmenso tropel, magullándose, rezando, entre las risas de los cócoras, los lloros de los niños, las iras de los maridos tigres y el altercar y regañar de las ancianas",⁴²⁷ eran entre otros, los de las iglesias de Santo Domingo, la cual en el año de 1840 fue visitada por Fanny Calderón de la Barca, quedando tan sorprendida, que pensó que aquello era "un pequeño paraíso o un cuento de las mil y una noches".⁴²⁸

Según ella, las gradas del altar mayor estaban cubiertas con macetas que tenían bellas flores, jaulas con pájaros que colgaban de las paredes y cuyo canto "era una delicia",⁴²⁹ y los altares laterales se hallaban cubiertos por magníficas pinturas de gran tamaño. Frente a estos, se encontraba "un pequeño niño Jesús, acostado entre flores y rodeado de querubines".⁴³⁰ Otras iglesias con importantes monumentos eran la Encarnación y San Agustín. Ésta llamaba la atención por su arquitectura y riqueza en el interior, lo que hacía que las devotas ancianas la nombraran "la mística ciudad de Dios".⁴³¹

San Francisco, era otro lugar atractivo, porque tenía un monumento de perspectiva, el cual constaba de hermosos lienzos que eran colocados en distintos planos verticales y cubrían el ábside del templo, figurando elevadas arcadas que

⁴²⁵ HNM., El Eco del Comercio, 22 de abril de 1848, p. 3.

⁴²⁶ HNM., El Álbum Mexicano. Periódico de literatura, artes y bellas letras, 1849.

⁴²⁷ Guillermo Prieto, Actualidades de la semana 1, p. 451.

⁴²⁸ Madame Calderón de la Barca, op. cit., p. 98.

⁴²⁹ Ibid.

⁴³⁰ Ibid.

⁴³¹ Guillermo Prieto, Actualidades de la semana 2, p. 154.

descansaban sobre hermosos entablamentos que se sostenían por seis columnas y altos muros. En la parte superior del lienzo exterior se hallaba pintada una representación del Arca de la Alianza, y a los lados estaban las figuras de la Justicia y la Templanza, y en el interior, sobre nubes, las virtudes teologales: Fe, Esperanza y Caridad.⁴³² Levantábanse al pie de las columnas y de los muros diez pedestales que sostenían las estatuas de madera de los sacerdotes "Aarón y Melchisedech; el Rey David con el arpa y el Rey Salomón con el libro de la sabiduría."⁴³³

La Profesa también brillaba por su fastuosidad, al igual que la Catedral, cuyo monumento llamaba la atención por sus dimensiones, por su buen gusto y proporciones arquitectónicas. Estaba formado por dos cuerpos sobre elevada meseta a la que se ascendía por amplias graderías; dieciséis columnas sostenían el cornisamento que correspondía al primer cuerpo de forma circular, semejando un templo en cuyo centro se levantaba el altar del Sagrario en que se colocaba la Sagrada Eucaristía; frente a las bases de las columnas se elevaban unos pedestales que sostenían grandes estatuas que representaban a los profetas, sacerdotes y reyes del antiguo testamento. El segundo cuerpo era igual al primero, pero más pequeño, y se encontraba cerrado por una hermosa bóveda calada que sostenía la estatua de la Fe.

Este monumento fue visitado por Carlos María de Bustamante, quien menciona que cuando lo vio en los años de 1834 y 1839 "estaba a media cera"⁴³⁴ y sólo se había iluminado por la noche; y en 1837 observó que "las velas se encontraban muy delgadas".⁴³⁵ Pero cuando lo volvió a visitar en 1842, por su expresión, es de pensarse que en ese año el monumento lució muy iluminado, pues, según él, "paso de cuarenta

⁴³² Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 331.

⁴³³ *Ibid.*

⁴³⁴ Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, Jueves Santo 27 de marzo de 1834 y 28 de marzo de 1839.

⁴³⁵ *Ibid.*, Jueves Santo 23 de marzo de 1837.

arrobas de cera".⁴³⁶ Esta misma opinión la confirmó Brantz Mayer, quien opinaba que "resplandecía con multitud de cirios encendidos".⁴³⁷

En Loreto y San Bernardo "no había ojos con que ver los sembrados";⁴³⁸ San Diego y San Fernando eran famosos por la peculiaridad con que todo se realizaba; San Pablo se distinguía por su "cera"; Jesús María por su música y Regina por lo hermoso que tocaban las niñas el piano.⁴³⁹ En cuanto a San Gregorio, "se adornaba con mucha plata, cuadros del más delicado pincel, bellos naranjos y flores exquisitas."⁴⁴⁰ Algunas veces el clima influía notablemente en los monumentos o en su visita, pues, según Bustamante, en los años de 1825 y 1838, tenían pocas flores, ya que las heladas de febrero habían acabado con los botones tiernos;⁴⁴¹ y en 1845 nos menciona que por la noche "hubo un frío tan penetrante" que mucha gente no asistió a visitarlos.⁴⁴²

En punto de las diez de la noche los monumentos se apagaban y la gente al salir de las iglesias concurría a las principales neverías de la ciudad, siendo estas la de San Bernardo del Antiguo Estanco, la del Portal, Veroly, o la de la Gran Sociedad. Por supuesto, también iban a los puestos de chía o al Paseo de las Cadenas, el cual tuvo su origen cuando el virrey Revillagigedo, a instancias del Cabildo Eclesiástico en 1792, mandó destruir el atrio de la Catedral, donde estaba el cementerio, así como la pared tosca que rodeaba ésta, para que la fachada apareciera en todo su esplendor. En su lugar fueron puestos 124 pilares con 125 cadenas, formándose a partir de ese

⁴³⁶ *Ibid.*, Jueves Santo 24 de marzo de 1842.

⁴³⁷ Brantz Mayer, *op. cit.*, p. 202.

⁴³⁸ Guillermo Prieto, *Actualidades de la semana* 2, p. 154.

⁴³⁹ *Ibid.*

⁴⁴⁰ Carlos M. de Bustamante, *op. cit.*, Jueves Santo 16 de abril de 1840 y 24 de marzo de 1842.

⁴⁴¹ *Ibid.*, Jueves Santo 31 de marzo de 1825 y 12 de abril de 1838.

⁴⁴² *Ibid.*, Jueves Santo 20 de marzo de 1845.

momento el memorable paseo del mismo nombre.⁴⁴³

En 1840, el presidente del Ayuntamiento de la ciudad de México don José Mejía, ordenó que a la orilla de la angosta banqueta que circundaba el atrio de la Catedral, en el frente de esta y al costado que daba al Empedradillo, se plantaran unos fresnos. En 1847, se amplió la banqueta, se colocaron en trecho asientos de mampostería, y a los fresnos se les puso arriates de madera. Debido al crecimiento de los árboles y al desarrollo de sus frondosas copas, aumentó la concurrencia a este lugar ya fuera de día para buscar el fresco y mitigar el calor, o en la noche para contemplar la luna llena como generalmente lo hacían los habitantes de la ciudad de México durante estos días santos. Así lo confirma Bustamante: "la luna casi llena y sus serenidad convidaban a pasear".⁴⁴⁴

Y que mejor manera de darnos una idea en general de este paseo, que con la pintura de Johan Salomón Hegi y con una litografía de Casimiro Castro. El primero nos muestra "el paseo de las cadenas en Jueves Santo de 1854", donde retrata fielmente a las hermosas mexicanas vestidas elegantemente, visitando este lugar durante el día (fig. 12), y el segundo, nos transmite en su litografía del mismo lugar "el movimiento de los paseantes bajo la luz plateada de esas noches", así como "el aire tibio que circula entre las sombras transparentes que proyectan los árboles y que envuelven en un misterio romántico a buena parte de la concurrencia"⁴⁴⁵ (fig. 13).

¿Pero que más pasaba adentro de los templos durante este día? La mayoría se adornaban magníficamente, lo que hacía que la concurrencia en ellos fuera numerosísima, al igual que la devoción. Fanny Calderón de la Barca comentaba al

⁴⁴³ Manuel Rivera Cambas, México pintoresco, artístico y monumental, México, Innovación, 1980, p. 59.

⁴⁴⁴ Carlos María de Bustamante, op. cit., Jueves Santo 23 de marzo de 1826.

⁴⁴⁵ Historia del arte mexicano, vol. 10, México, Salvat, 1986, p. 1411.

respecto: en la Catedral "había mucha gente, el pueblo besaba la mano del Salvador o el borde de su túnica, o dábale golpes de pecho ante nuestra Señora de los Dolores".⁴⁴⁶ Asimismo, al visitar el templo de San Francisco, expresaba con cierta sorpresa: "se contemplaba la imagen de Cristo cargado de cadenas, vendado de los ojos, y un judío carcelero a cada lado. En torno, se arremolinaba una enorme muchedumbre que se hincaba de rodillas para besar las cadenas, y se daban golpes de pecho con vehementes señales de contrición y fervor".⁴⁴⁷

Ante la fe, no había clases sociales, pues ya fueran ricos o pobres, todos visitaban por igual estos días la casa del Señor. Así lo confirma Brantz Mayer un Jueves Santo: "cerca de mí se arrodilló una dama cuyo traje ha de haber costado miles en este país rumboso [...]; a su lado y casi tocándola, se acucilló una india con harapos [...]; y por ese estilo todo el suelo de la iglesia era un tablero de ajedrez de damas y léperos, de miseria y orgullo".⁴⁴⁸ También algunos jóvenes visitaban la iglesia. Mayer nos cuenta cómo un grupo de señoritas elegantes, bajo la vigilancia de su mamá, rezaban con cierta devoción: "Hicieron la señal de la cruz y la genuflexión al altar, [...] abrieron sus devocionarios, se hicieron de nuevo la señal de la cruz sobre la frente, la boca y el pecho, y se pusieron a susurrar una oración [...] después se levantaron despacio y se fueron a otra capilla".⁴⁴⁹

Durante todo el día, se veían hombres sentados, mujeres arrodilladas en las naves y se oía un "suave murmullo de miles de labios que rezaban",⁴⁵⁰ y en los cuales, según un periódico satírico, no faltaba un católico que llevara la voz de mando, añadiendo muchas veces "algunas improvisaciones suyas al testo (sic) santo y a veces diciendo

⁴⁴⁶ Madame Calderón de la Barca, *op. cit.*, p. 99.

⁴⁴⁷ *Ibid.*, p. 100.

⁴⁴⁸ Brantz Mayer, *op. cit.*, p. 202.

⁴⁴⁹ *Ibid.*

⁴⁵⁰ *Ibid.*, p. 201.

blasfemias tremendas".⁴⁵¹ Sin embargo, toda aquella devoción exaltada, aquellas genuflexiones llenas de humildad y aquellas plegarias fervorosas que se vivían dentro de los templos, contrastaban con "el carcajeo, la crónica escandalosa, la burla insolente de los jóvenes y de las familias que formaban círculos, para hablar con otras conocidas de mil cosas"⁴⁵² a las puertas de los templos, "sin que interrumpiese su escándalo más que el clamor".⁴⁵³ Y cerca de las doce de la noche el encanto terminaba y la "multitud alborotadora y paseadora, religiosa y frívola"⁴⁵⁴ regresaba a su casa "a lamentarse del cansancio, a reparar los estragos que ha causado el corsé y calzado nuevo, y a renegar contra el atrevido que pescó el pañuelo, rompió la blonda o ensució el traje".⁴⁵⁵

El Viernes Santo

Este día los monumentos desaparecían, los cuantiosos velos negros cubrían los altares y el canto de los salmos se perdía como un "gemido" entre las bóvedas. Por la mañana la gente silenciosa visitaba algunas iglesias para rezar con gran fervor las estaciones. Así el más acucioso de los fieles leía el Vía Crucis con voz apasionada y con cierta acentuación que conmovía, mientras que un inmenso grupo le seguía. Todo esto provocaba un respeto profundo y, según Prieto, hacían de esa práctica una de las más tiernas de este día.⁴⁵⁶

Al mediodía, en algunos templos, se celebraba el ejercicio devoto de las agonías o

⁴⁵¹ HNM., Don Simplicio. Periódico burlesco, crítico y filosófico por unos simples, t. 2, segunda época, n. 31, 4 de abril de 1846, p. 1-3.

⁴⁵² Ibid.

⁴⁵³ Ibid.

⁴⁵⁴ HNM., El Álbum Mexicano. Periódico de literatura, arte y bellas letras, 1849.

⁴⁵⁵ Ibid.

⁴⁵⁶ Guillermo Prieto, Actualidades de la semana 1, p. 452.

siete palabras y el descendimiento, y en el altar mayor se levantaba un Calvario, en el cual entre pequeños montes y ramas se encontraban las tres cruces. Para los que querían ver las tres caídas en vivo, asistían a los pueblos cercanos a la ciudad como San Antonio Tomatlán, Santa Cruz Acatlán, Tacubaya, Tacuba, Azcapotzalco y Cuautitlán.⁴⁵⁷ De este último lugar tenemos el cuadro de Primitivo Miranda titulado "Semana Santa en Cuautitlán", el cual representa una procesión en Semana Santa en un pueblo cercano a la capital. El autor plasmó en esta pintura el momento en que esta procesión se había parado para escuchar al fraile que se encontraba en el púlpito cobijado por la sombra de un árbol. A sus pies se congregaban con mucha atención un grupo de fieles, destacando una bella dama que lucía el traje de china poblana. En sí esta pintura nos da una idea de cómo se celebraba la Pasión durante la primera mitad del siglo XIX, en las afueras de la ciudad (fig. 14).

Sin embargo, el acto que más llamaba la atención este día era la procesión del Santo Entierro financiada por el Ayuntamiento de la ciudad de México, la cual salía del templo de Santo Domingo a las tres de la tarde. Algunas veces había que esperar a que el presidente y su gabinete, vestidos con uniformes negros, o sus representantes cuando los primeros no asistían, llegaran para poder comenzarla. Una vez que lo hacían, la procesión recorría las calles de la Perpetua, Reloj, Santa Teresa, Palacio y Diputación, hasta llegar a la Catedral.

Los que abrían dicha procesión eran los nazarenos que llevaban consigo "una enorme cruz de madera con incrustaciones de concha y pendiente de los brazos, la Sábana Santa".⁴⁵⁸ Estos generalmente eran los cargadores, albañiles, cocheros y aguadores, quienes durante este día vestían una chaqueta y calzón corto de terciopelo

⁴⁵⁷ *Ibid.*

⁴⁵⁸ Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 333.

o de pana negra, encima del que se ponían otro de color blanco "que caía en forma de volante hasta cerca de los pies desnudos".⁴⁵⁹ Sobre la chaqueta llevaban una gran toalla grande recogida lateralmente en la cintura por medio de un moño de listón negro, y de sus hombros pendía un gran escapulario del mismo color que cubría su pecho y espaldas, y por último, en la cabeza se ataban un pañuelo blanco en varios dobleces.

Estos singulares personajes se encargaban de llevar el incensario y regar de flores las calles, pregonar las indulgencias, repartir estampas, rosarios y medidas⁴⁶⁰ benditas del Santo Entierro, coleccionar las limosnas, ordenar su paso y cargar las andas de los santos de "mayor categoría". Después de la gran cruz seguían los "pasos" del *Ecce Homo*, San Dimas el cual iba crucificado, el Señor de las Tres Caídas, Simón Cirineo, el Señor de la Expiración, la Virgen de la Piedad, San Miguel, y el tan esperado Santo Entierro, cuya urna pesada era llevada por los nazarenos que pertenecían al gremio de los cocheros.

Los marcos que ceñían los bellos cristales que dejaban observar la imagen de Jesús en su lecho de muerte eran de plata, trabajados a cincel, así como los hermosos ángeles que remataban la urna en sus esquinas. Adornaban ésta, abundantes flores, almendras de cristal y preciosos penachos de hilos de vidrios de diferentes colores. Debajo de las andas del Santo Entierro, caminaban escondidos dos o más músicos, los cuales iban tocando sus "flautas gemidoras, que en tonos doloridos lloraban en el duelo del universo por la muerte de Dios".⁴⁶¹

Le seguían otro grupo de nazarenos, de los cuales el que tenía la voz más fuerte

⁴⁵⁹ *Ibid.*

⁴⁶⁰ Cinta cortada a la medida de una imagen, en que se estampa el nombre de ésta y a veces una reproducción de ella, que se tiene o se lleva encima como objeto de devoción.

⁴⁶¹ Guillermo Prieto, *Actualidades de la semana* 1, p. 453.

gritaba de vez en cuando interrumpiendo la música doliente, en medio del recogimiento universal: "Hincándose de rodillas delante de este divino Señor, rezando un credo se ganan ciento ochenta días de indulgencias."⁴⁶² Y así, después de escuchar estas palabras, todo el concurso se arrodillaba cuando la soberana imagen pasaba frente a ellos. Continuaba el paso de la Virgen de la Soledad, le seguía un religioso portando una bandera negra con una cruz blanca, los padres dominicos, el excelentísimo Ayuntamiento de la capital, y por último la Compañía de tropa con su correspondiente banda, la cual marchaba muy despacio al son pausado de los tambores a la sordina.⁴⁶³

Al llegar esta procesión a la Catedral los incidentes no podían faltar, pues, cuenta Bustamante que, en 1836, la población se asustó cuando "unos léperos le prendieron fuego a unos judas encohetados, los cuales al quemarse provocaron gran movillización".⁴⁶⁴ Habitualmente la procesión recorría la nave procesional y salía por la puerta de las Escalerillas, para regresar de nueva cuenta al templo. De esta manera se celebraba esta procesión, a pesar de algunas opiniones que pensaban que sólo se realizaba para "ridiculizar y hacer el hazme reír del populacho la grotesca imitación de los más augustos misterios del cristianismo".⁴⁶⁵ Mientras, los habitantes de la ciudad, portando trajes de riguroso luto, se colocaban a lo largo de la "carrera" en las banquetas, junto a los puestos que vendían golosinas, o la observaban desde las gradas que se instalaban en los zaguanes o en los balcones de sus casas que se encontraban magníficamente adornados.

Sin embargo, en algunas ocasiones los factores climáticos no permitían que

⁴⁶² *Ibid.*, p. 454.

⁴⁶³ Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 333.

⁴⁶⁴ Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, Viernes Santo 1 de abril de 1836.

⁴⁶⁵ HNM., *Diario del Gobierno de la República*, t. IV, n. 334, 29 de marzo de 1836, p. 368.

dicha procesión saliera de Santo Domingo. Por ejemplo, en los años de 1826 y 1838, no salió por la lluvia, y en 1837 y 1839 salió y se dispersó a la mitad del camino por los terribles aguaceros que cayeron;⁴⁶⁶ éstos algunas veces provocaban accidentes como el que hubo en 1843, donde la gente que se encontraba reunida en la Plaza Mayor, al ver que llovía repentinamente, se refugió tan rápido en la Catedral que por los apretujones una mujer murió.⁴⁶⁷ Al llegar la noche, lo más notable era el sermón de pésame que se celebraba con gran solemnidad en las iglesias de la Profesa, Santo Domingo, el Carmen, la Soledad de Santa Cruz y el Sagrario.

En estas se encontraba en todo su esplendor la Virgen de los Dolores, y a su alrededor la numerosa concurrencia que escuchaba con gran atención a los predicadores, los cuales con cierta elocuencia decían el sermón, así como también oían las sentimentales melodías interpretadas en el piano por los más distinguidos profesores, en medio de un ambiente sombrío. Así, a las ocho y media de la noche, el punto culminante de la Semana Santa había terminado, y el inmenso gentío se concentraba de nueva cuenta en la Plaza Mayor, pues, después de guardar un devoto silencio, había que disfrutar los alimentos propios de esos días.

El Sábado de Gloria

Durante la madrugada, negocios que habían estado cerrados como las tocinerías, pulquerías y vinaterías, se preparaban para abrir con gran pompa. Las primeras, colocaban en "esqueletos de madera" grupos de jabones plateados y dorados en diferentes formas configurando así diversas figuras; los pilones de manteca mostraban

⁴⁶⁶ Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, Viernes Santo 24 de marzo de 1826, 1837, 13 de abril de 1838, 29 de abril de 1839.

⁴⁶⁷ *Ibid.*, Viernes Santo 14 de abril de 1843.

también en la parte superior adornos de plata y oro, y en la cima se colocaba un pequeño ramo de flores mientras la carne de cerdo se colgaba en el garabato adornada con flores y banderitas con oro volador.

Por lo que se refiere a las pulquerías, se pintaban las tinas por fuera y se lavaban bien por dentro, listas para recibir el pulque. También se aseaban el mostrador y los aparadores, los cuales después de limpios lucían enormes vasos de vidrio, manojos de apio y cerros de tuna roja, para "curar el pulque", tan pronto como éste llegara a su destino. Las paredes se adornaban con flores y con papeles picados de diferentes colores y las puertas con ramas de "sauz", todo esto para darle una gran bienvenida a los clientes.⁴⁶⁸

Las vinaterías tenían sus "piqueras" provistas de botellas llenas de jarabe, "mistelas", diversos licores y aguardiente de caña, listas para ser consumidas por los bebedores. Otro negocio que no se quedaba atrás en la celebración de este día eran las panaderías. Los panaderos se subían a las azoteas de estas tiendas y sólo esperaban el repique de la Catedral, para prender los judas que estaban colgados de unas cuerdas que atravesaban las calles, y se caracterizaban por tener unos sacos llenos de pan y aguardiente en las manos.⁴⁶⁹ Los tocineros y los vinateros también quemaban sus judas y al cuello les colgaban chorizos, salchichas, dulces, lo cual atraía al lugar a mucha gente del pueblo.

Temprano se asistía como era costumbre a los oficios de Catedral para encender el gran cirio pascual, y después entre nueve y media y diez de la mañana, el duelo terminaba, el arrepentimiento se acababa, las lágrimas se secaban, todo esto para dar paso a una frenética alegría, pues el sonido de mil campanas, de la música, el

⁴⁶⁸ Antonio García Cubas, *op. cit.*, p. 334.

⁴⁶⁹ *Ibid.*

estallido de cohetes y el estruendo de la artillería, anunciaban la "Gloria in excelsis Deo."⁴⁷⁰

Los velos que cubrían los altares de los templos se quitaban, en los principales edificios del gobierno y en la Catedral, la bandera que había permanecido a media asta se enarbolaba, las calles y las plazas eran recorridas por caballos, carruajes, carros y mulas, los cuales al caminar sonaban sus cencerros anunciando con ello la llegada del pulque, y se caracterizaban por estar cubiertas de flores y agitar "como penachos sus banderitas tricolores".⁴⁷¹

Las bandas con sus tambores y clarines partían de la plaza y se dispersaban por varias calles de la ciudad tocando alegres dianas. Las chieras y los aguadores, botaban las flores y los jarritos de chía al aire, y desbarataban los puestos rápidamente. Los vendedores de judas, matracas y de rosquillas y mamón, viendo que la Semana Santa terminaba corrían de un lado a otro, se tropezaban; magullaban y estropeaban el resto de su mercancía con tal de venderla, "metiendo tal ruido y boruca que no hay oídos que lo puedan soportar".⁴⁷²

Algo que llamaba la atención a los extranjeros que visitaban nuestro país en estos días eran las travesuras que en algunas esquinas realizaban los muchachos. Pues se ponían en los extremos de éstas y colocaban cuerdas largas en el suelo, esperando que los perros, espantados por la bulla y los truenos pasaran corriendo por encima para ser lanzados al aire, cayendo casi siempre en la cabeza de algún "cristiano" al cual no le hacía ninguna gracia esta situación.⁴⁷³

Sin embargo, lo más esperado de este día era la tradicional quema de judas en las

⁴⁷⁰ Locución latina que significa: Gloria a Dios en las alturas.

⁴⁷¹ Guillermo Prieto, *Actualidades de la semana* 2, p. 156.

⁴⁷² HNM., *Monitor Republicano*, domingo 20 de abril de 1851, p. 3.

⁴⁷³ Brantz Mayer, *op. cit.*, p. 205; Alexandre Dumas, *Diario de Marie Giovanni. Viaje de una parisiense*, trad. Jacqueline Covo, Banco de México, 1981, p. 505-06.

principales calles y plazas. Esta tradición, tuvo su origen en España y fue traída por los frailes franciscanos a la Nueva España, y utilizada como parte de la evangelización. Los primeros muñecos que se que se hicieron eran una alegoría del supuesto traidor Judas Iscariote. Más tarde, la quema de judas solía parodiar las ejecuciones que realizaba el Santo Oficio de la Inquisición en contra de los herejes, para lo cual las figuras imitaban principalmente a los oidores y a las autoridades virreinales, que, al verse representados en estos muñecos de cartón, prohibieron su quema. Sin embargo, dicha prohibición no tuvo efecto y los judas se siguieron quemando en la Plaza del Volador.⁴⁷⁴

En la primera mitad del siglo XIX, estos muñecos de "cartón encohetados" se columpiaban con lazos en las esquinas "entre la algazara de la plebe y el turbulento gozo de los párvulos".⁴⁷⁵ Por otro lado, los accidentes también tenían lugar este día, Carlos María de Bustamante nos da una triste noticia: "en la calle Alfaro se mató un cargador, pues se desprendió el balcón donde estaba colocando un judas",⁴⁷⁶ y es que era tanta la afición por estos muñecos que, a través de ellos, el pueblo seguía dando rienda suelta a la sátira y abundaban personajes de la iglesia y de la política, destacando la del presidente Santa Anna, cuya efigie se representaba coja y, según se tiene noticia, en 1842 se quemaron muchos en la ciudad.⁴⁷⁷ También figuraron algunos extranjeros como el Barón Deffaudis, de quien en 1838 el gobierno de la ciudad compró "más de 20 pesos" en judas para colocarlos y quemarlos en las principales calles.⁴⁷⁸

⁴⁷⁴ Sonia Iglesias y Cabrera, *op. cit.*, p. 81-82.

⁴⁷⁵ HNM., *El Siglo Diez y Nueve*, 6 de abril de 1844, p. 3-4.

⁴⁷⁶ Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, Sábado de Gloria, 15 de abril de 1843.

⁴⁷⁷ *Ibid.*, Domingo de Pascua, 27 de marzo de 1842.

⁴⁷⁸ *Ibid.*, Sábado de Gloria, 14 de abril de 1838.

Asimismo el de un judío, al cual "retrataron con propiedad" y fue quemado en la calle de la "Monterilla" donde vivía,⁴⁷⁹ o finalmente, el de una señora francesa "bastante bien imitada", a quien quemaron enfrente de su casa por el simple hecho de haber salido a la calle con su cofia, lo cual le acarreó la burla de la gente que supo aprovechar aquella ocasión.⁴⁸⁰ En los años de 1835 y 1846, el mismo Bustamante comentaba que se habían quemado muchos judas "y por lo mismo hubo muchos pleitos y desórdenes en las calles".⁴⁸¹

Y curiosamente solo el Sábado de Gloria de 1848 no se quemaron por la invasión de los yankis en la capital, pues se tenía miedo del alboroto.⁴⁸² Sin duda alguna, en los judas se veían reflejados los odios de cada momento. Esto opinaba un escritor en 1846: "Las fiestas modernas están calculadas para hacer olvidar al pueblo sus intereses. Son apariencias con que engañan sus deseos. Quiere libertad, se le conceden máscaras; quiere placeres, se le enseñan en la otra vida; quiere venganza, y se le da un judas."⁴⁸³

En 1853 se intentó detener el desorden al prohibir la quemazón de cohetes, disparar armas de fuego o quemar y vender "los muñecos que vulgarmente se llaman judas", y si se vendían, que no tuvieran letreros con nombres de personas determinadas, ni vestido o distintivo que ridiculizara a alguna clase social o a determinadas personas. Los transgresores a estos bandos serían multados con una cantidad que iba de los 2 a los 25 pesos.⁴⁸⁴

⁴⁷⁹ *Ibid.*, Sábado de Gloria, 18 de abril de 1835.

⁴⁸⁰ Mathieu de Fossey, *op. cit.*, p. 144.

⁴⁸¹ Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, Sábado de Gloria, 18 de abril de 1835, 10 de abril de 1846.

⁴⁸² *Ibid.*, Jueves Santo, 20 de abril de 1848.

⁴⁸³ HNM., *Don Simplicio. Periódico burlesco, crítico y filosófico, por unos simples*, t. II, segunda época, n. 30, 11 de abril de 1846, p. 2-3.

⁴⁸⁴ HNM., *El Siglo Diez y Nueve*, Sábado 19 de marzo de 1853.

Sin embargo, como ya se vio, estas prohibiciones al parecer no se cumplieron cabalmente. Una vez que se quemaban, qué mejor manera de vanagloriarse que concurriendo a las casas a complacer el apetito con un "beefstek y el rosbeef" con papas fritas y vino, o por lo menos con tortillas enchiladas, chiles rellenos, frijoles gordos y pulque de gloria.⁴⁸⁵ O si no, mientras se veía salir la procesión del Santo Entierro, del templo de Santo Domingo al Convento de la Concepción, algunos devotos cerraban sus penitencias "almorzando empanadas y tomando tragos de jerez".⁴⁸⁶

Por la noche, mientras la concurrencia comía algún antojito, disfrutaba de los fuegos artificiales que afuera de cada parroquia iluminaban el cielo de la ciudad. Estos comenzaban alrededor de las ocho de la noche y duraban aproximadamente hasta las dos de la mañana, al igual que la música, la cual, alegraba a la gente las últimas horas del Sábado de Gloria y las primeras del Domingo de Pascua.⁴⁸⁷

Así, un artículo periodístico a mediados del siglo XIX describía en pocas palabras lo que era la Semana Santa en México:

Que se figure el lector, una inmensa plaza llena de gente, unos rezando, otros riendo, los muchachos llorando, los vendedores pregonando en mil diversos efectos, y la procesión atravesando majestuosa y serena este océano tempestuoso, y tendrá idea cercana de lo que pasa en México la Semana Santa.⁴⁸⁸

Porque mientras se rememoraba el pesar de las tres cruces clavadas en el Calvario, en las diversas calles de la ciudad, la población gastaba dinero, paseaba, comía y se divertía, y de esa forma se combinaban la penitencia y el gozo, ganando peso sin duda alguna este último, en esa balanza festiva.

⁴⁸⁵ HNM., El Álbum Mexicano. Periódico de literatura, artes y bellas letras, 1849.

⁴⁸⁶ Guillermo Prieto, Actualidades de la semana 1, p. 455.

⁴⁸⁷ Alexandre Dumas, op. cit., p. 506.

⁴⁸⁸ HNM., El Álbum Mexicano. Periódico de literatura, artes y bellas letras, 1849.

El Domingo de Resurrección o de Pascua

Finalmente, el Domingo de Resurrección o de Pascua, durante la madrugada, se celebraban los maitines solemnes en la Catedral, Colegiata y conventos de religiosos de ambos sexos. A las diez de la mañana, la gente se reunía en el atrio y en la plaza de Catedral a desayunar atole, tamales y café, mientras esperaban el repique de las alegres campanas para entrar a oír la misa de Resurrección. Una vez que terminaba, la gente acudía a los teatros para ver la cartelera o para comprar los boletos de alguna obra que se estrenara por la noche. O si no, iban a las demás diversiones públicas que este día abrían y se abarrotaban después de haber estado cuarenta días sin actividad alguna, o a los paseos, siendo el preferido por la población el de San Agustín de las Cuevas, hoy Tlalpan.

Así, a partir de este día y durante toda la Semana de Pascua, era ya una tradición que la gente de cualquier clase social gozara en este lugar "no sólo del gorjeo de los pájaros, el clima templado y sus bellos alrededores, sino también de las peleas de gallos, los bailes y los juegos de azar".⁴⁸⁹ De esta manera, la población recibía la alegre Pascua y "los pecadores arrepentidos y contritos olvidaban los sermones de Cuaresma, y comenzaban a hacer materia para tener de que arrepentirse el tiempo santo del año siguiente".⁴⁹⁰

⁴⁸⁹ María Esther Pérez Salas, "El trajín de una casa a mediados de siglo", en Pilar Gonzalbo Aizpuru, coord., vol. IV de *Historia de la vida cotidiana en México*, México, COLMEX, 2005, p. 200.

⁴⁹⁰ HNM., *El Álbum Mexicano. Periódico de literatura, artes y bellas letras*, 1849.

Consideraciones finales

Durante la mayoría de los años que conformaron la primera mitad del siglo XIX, la fiesta de la Semana Santa se llegó a celebrar con gran pompa, a pesar de los múltiples problemas políticos, económicos y sociales que tuvieron el país y su capital. Gracias a la crónica de Carlos María de Bustamante, podemos saber que sólo en los años de 1838, 1847 y 1848 esta celebración se vio empañada por las guerras que México tuvo con Francia y Estados Unidos. Por ejemplo, en 1838, debido a la "guerra de los pasteles", Carlos María de Bustamante comentaba: "la Semana Santa ha estado tristísima, muy poca gente en las procesiones, muy pocas flores en las iglesias por las heladas, mucho desaliento en la gente y mucha pobreza".⁴⁹¹

En 1847, con la invasión de los norteamericanos en la ciudad de México, no se celebraron las funciones habituales del Viernes de Dolores, y el Jueves Santo las iglesias tuvieron "poco adorno" y pocas velas alumbrando el tabernáculo. Además en la Catedral no se puso el monumento de todos los años y en su lugar sólo hubo un altar y "se cerraron las puertas a la oración, no así en las demás iglesias que estuvieron abiertas hasta las diez".⁴⁹² Al respecto don Carlos comentaba: "este día, el más augusto de la religión y siempre alegrísimo en México, ha sido tristísimo y la amargura en que están inundados nuestros corazones se ha mostrado en los templos".⁴⁹³

En 1848, en vísperas de la Semana Santa, se le pidió al jefe del ejército yankee que del Jueves Santo al Sábado de Gloria no transitaran por las calles carruajes y caballos del ejército, así como que no se dieran bailes y las tabernas y vinaterías permanecieran cerradas. Ese Jueves Santo no se celebró como se acostumbraba, pues

⁴⁹¹ Carlos María de Bustamante, *op. cit.*, Viernes Santo 13 de abril de 1838.

⁴⁹² *Ibid.*, Jueves Santo, 1 de abril de 1847.

⁴⁹³ *Ibid.*

la capital seguía invadida por los norteamericanos, los cuales cometieron diversos desórdenes a pesar del fuerte aguacero que cayó. En cuanto al Viernes Santo, hubo pocos vendedores, pues temían que los invasores les quitaran sus productos, además de que el cementerio y la Plaza de Santo Domingo estuvieron desiertos y no hubo procesión.⁴⁹⁴ Para el Sábado de Gloria, el Arzobispado ordenó a los curas y capellanes que suministraran como de costumbre la Sagrada Eucaristía; por otro lado, se prohibió determinantemente la acostumbrada quema de judas, pues, según Bustamante, se temía "que en ellos se presentasen multitud de yankees y cuyo incendio los irritase, armándose por tal causa gran chirinola".⁴⁹⁵

Durante la primera mitad del siglo XIX, la celebración de la Semana Santa en la ciudad de México tuvo algunos cambios significativos. Por ejemplo, como ya se vio para la época colonial, era de asistencia forzosa, o día de tabla en el que las autoridades virreinales asistían a la iglesia el Domingo de Ramos, el Jueves y Viernes Santo. Sin embargo, después de la independencia esta costumbre se hizo más relajada, pues, como se vio en esta tesis, se tiene noticia de que no todos los presidentes asistían a las celebraciones litúrgicas de esos días.

Por lo que se refiere al Domingo de Ramos, el virrey concurría a la bendición de las palmas pero, en cuanto al presidente se refiere, no se tiene noticia de que durante este día haya asistido a alguna iglesia, por lo que hace suponer que esta costumbre desapareció. En cuanto al Jueves Santo no tuvo muchos cambios su celebración, pues tanto en la época colonial como en la primera mitad del siglo XIX en la ciudad de México, el rito fue casi el mismo. Este día la ceremonia más importante se realizaba en la Catedral, donde asistían las autoridades civiles en la época virreinal; durante los

⁴⁹⁴ *Ibid.*, Viernes Santo, 21 de abril de 1848.

⁴⁹⁵ *Ibid.*, Jueves Santo, 20 de abril de 1848.

gobiernos republicanos, el presidente de la nación, acompañado de los magistrados de los tribunales, de los jefes y principales empleados de las oficinas de la ciudad y de los jefes de mayor graduación en el ejército estaban presentes legitimando también su poder.⁴⁹⁶

Tanto virreyes como presidentes recibían la llave de oro del Sagrario donde se encontraba guardado el Sagrado Depósito del Santísimo Sacramento. Asimismo, durante la Nueva España, así como en la República, se colocaba en la Catedral un magnífico monumento; éste siempre se distinguió "por la sobriedad del adorno y por la severidad del estilo, de manera que el conjunto reunía las características de riqueza y majestad".⁴⁹⁷ Sin embargo, dicho tesoro desapareció de este templo y de otros de la ciudad, pues según José María Marroquí, "tantas riquezas fueron fundidas para cubrir los préstamos que solían imponer los gobiernos para sostenerse en el poder con guerras civiles".⁴⁹⁸

En cuanto a las procesiones, durante el siglo XVII el viajero italiano Gemelli Carreri menciona tres, sin embargo, durante la primera mitad del siglo XIX, la única que se llevaba a cabo era la que salía del templo de la Santísima. El Viernes Santo, las costumbres que se realizaban durante este día en la capital novohispana, continuaron durante los primeros cinco decenios del siglo XIX. Tanto el virrey como el presidente concurrían a la Catedral a entregar la llave del Sagrario que guardaban. El altar se cubría con velos negros y no tenía ningún adorno, y la procesión que se llevaba a cabo en la Nueva España y que continuó durante el México independiente con algunas variaciones fue la del Santo Entierro.

En cuanto a la quema de judas, en la capital novohispana, en la Plaza del Volador

⁴⁹⁶ José Ma. Marroquí, *La ciudad de México*, v. 3, México, J. Medina, 1969, p. 370.

⁴⁹⁷ *Ibid.*, p. 373.

⁴⁹⁸ *Ibid.*

se quemaban efigies que imitaban a los oidores y a las autoridades virreinales. Esta costumbre continuó en la primera mitad del siglo XIX en la ciudad de México, sólo cambiaron los personajes por aquellos que estaban de moda según el momento político que se vivía, y regularmente se quemaban después de que se tocaba la gloria en todas las calles de la ciudad.

Por último, en el Domingo de Pascua novohispano se interpretaban los maitines de resurrección y se sacaba de la capilla del Sagrario al Santísimo Sacramento, el cual era seguido por el pueblo, sin embargo, en el siglo XIX lo único que continuó fue la celebración de los maitines, pues después la población desayunaba en la Plaza de la Catedral y el atrio, mientras esperaban el repique de las campanas para oír la misa de resurrección.

CONCLUSIONES

Un país que se caracteriza por tener uno de los calendarios más extensos en lo que a fiestas se refiere es México. Sin lugar a dudas, somos un pueblo que no puede dejar de celebrar, gozar y rememorar, aunque esto se viva con algunas restricciones y necesidades, pues la fiesta, sin importar de qué índole sea, es importante para el ser humano, porque con ella se abre un paréntesis en el quehacer cotidiano que satisface necesidades y, por un momento, rompe con el sentido rutinario de la vida.

Así, entre la gran variedad de fiestas que vivió la sociedad decimonónica mexicana, sobresalen dos: el Carnaval y la Semana Santa, las cuales han sido celebraciones que desde la antigüedad los seres humanos las han practicado y que conforme han pasado los siglos, cada cultura les ha impuesto su propio sello. En el caso de ambas festividades, ellas nos fueron heredadas después de la conquista española, y los habitantes de la Nueva España se encargaron de implantarles sus propias características.

Por lo que se refiere al Carnaval, hicimos un breve recorrido a través de su historia, hasta llegar a los siglos XVII- XVIII novohispanos, en los cuales, a pesar de la poca información que se obtuvo, sabemos que fue una fiesta atacada tanto por el poder civil como por el poder eclesiástico. En el capítulo I de este trabajo, he señalado que durante los tres días que duraba esta celebración en la principales calles de la ciudad de México, la población, para divertirse, adquiría disfraces y máscaras, los cuales eran aprovechados muchas veces para emborracharse, burlarse de las autoridades y cometer diversos desfiguros.

También se tenía como costumbre usar disfraces de religiosos y que

las mujeres se vistieran de hombres y viceversa. Estas prácticas se repetían año tras año, por lo que las autoridades civiles y religiosas, cansadas de tanto desorden, decidieron condenarlas mediante diversos bandos y hasta con la excomunión, lo que trajo como consecuencia que no se tuviera noticia alguna de esta celebración durante las últimas décadas del siglo XVIII y las dos primeras del siglo XIX. A pesar de todo esto, es a partir del decenio de los 30, cuando el Carnaval vuelve a resurgir con cierta fuerza y esta vez nada haría desistir a los ciudadanos de su festejo.

De esta manera, en el capítulo II de esta investigación, he mostrado que esta celebración era muy esperada y disfrutada por la sociedad de entonces. Así, sin distinción de clases sociales, la población se preparaba para festejar durante el domingo, lunes y martes la fiesta de la permisividad y el desorden: el Carnaval. Y es que en este festejo, la población aprovechaba estos tres días para realizar lo que durante el resto del año no podía llevar a cabo.

Así, lo primero que hacían los habitantes de la ciudad era acudir a las tiendas de moda, con los sastres o las modistas, para adquirir los diversos disfraces y máscaras como los trajes de dominós, viejos, figurones, guerreros, españoles, mendigos o payasos, prohibiéndose aquellos que imitaban a monjas, religiosos o santos, y con los que durante el domingo, lunes y martes de Carnaval, cometían diversos desmanes, iniciaban algunas conquista amorosas, se emborrachaban o simplemente los portaban con mucho orgullo, ya fuera durante la tarde del martes en el paseo de Bucareli, o por la noche, en los tradicionales bailes de "máscaras", que se realizaban en los principales teatros de la capital o en algunas casas particulares.

En estos, la gente ponía en práctica aquellas danzas que más les

gustaban como polkas, valeses, contradanzas, scotish y la danza habanera. A pesar de que había muchas críticas negativas, la población los gozaba sin lugar a dudas, pues era un espectáculo en el que la alegría y el regocijo se combinaban momentáneamente. En sí, la fiesta del Carnaval para los habitantes de la ciudad de México durante la primera mitad de siglo XIX se resumía en una sola palabra: gozo. Y es que después había que cederle el paso a la supuesta "penitencia" que los habitantes de la ciudad llevarían a cabo los próximos cuarenta días.

La Cuaresma comenzaba oficialmente con el Miércoles de Ceniza, día en el cual, mediante el rito litúrgico de tomar ceniza, se le recordaba a la población que asistía a los templos mediante la frase que "polvo era y en polvo se convertiría", la insignificancia que tiene la vida material ante la trascendencia de la vida espiritual. Después de celebrar este rito, en los próximos días la gente disfrutaba de los paseos tradicionales a los alrededores de la ciudad, como al pueblo de Santa Anita, Ixtacalco o a la Viga.

También se acostumbraba festejar el sexto viernes de Cuaresma o el Viernes de Dolores, con el objetivo de recordar las penas que sufrió la Virgen como madre de Jesús. Este día, la costumbre más arraigada entre la población era la instalación en las casas de los altares de Dolores, los cuales destacaban por el gran colorido de flores y la gran diversidad de plantas y otros adornos, así como por la reunión que daban los anfitriones de la casa a sus invitados por la noche.

Y cuando los cuarenta días estaban por terminar, venía la apoteosis de Semana Santa. Pero, ¿cómo se comportaba la población decimonónica mexicana durante la última semana de la Cuaresma? En el capítulo IV de esta investigación,

he indicado que era de gran relevancia cumplir con lo que marcaba la liturgia de la Cuaresma. Así que durante este periodo, los deberes religiosos incluían: acudir a bendecir las palmas el Domingo de Ramos; el Miércoles Santo por la tarde asistir al Oficio de las Tinieblas; el Jueves Santo acudir puntualmente al lavatorio de los pies, a visitar los "monumentos", las siete casas y acudir a la procesión que salía del templo de la Santísima.

El Viernes Santo asistían al medio día al sermón de las siete palabras y a dar el pésame a la Virgen y por la tarde a la procesión del Santo Entierro que salía de la iglesia de Santo Domingo. ¿Pero acaso, todo era "tristeza y melancolía" en esta semana? De ninguna manera. Hemos visto que el comportamiento de la población ante todo era de felicidad y gozo, y esto se veía reflejado en las costumbres que durante este tiempo se llevaban a cabo. La gente llevaba al éxtasis la alegría y aunque por ser fechas en que "la tristeza y la melancolía sobresalían" y en cierta forma la supuesta penitencia debía cumplirse al pie de la letra, el gozo de la gente rebasaba por mucho el motivo religioso de la fiesta, esto a través de muchos factores, destacando los diversos platillos suculentos que se preparaban en esta temporada ya fuera en las casas o en los tradicionales puestos que se colocaban en la Plaza Mayor.

También se acostumbraba comprar o mandar hacer con la modista o el sastre, los vestidos, los trajes y los zapatos para ser estrenados el Jueves y el Viernes Santo por toda la familia. El Sábado de Gloria, una vez que se tocaban las campanas de la Catedral a las diez de la mañana, se quemaban los tradicionales Judas que representaban a los personajes del momento que no eran del agrado del pueblo. Y el Domingo de Pascua, la población asistía a los espectáculos que se presentaban en los teatros, y al pueblo de San Agustín de las Cuevas para disfrutar

de los juegos de azar, los bailes y las peleas de gallos.

De esta manera terminaba una de las conmemoraciones más importantes para la iglesia católica, en la cual hemos visto que a pesar de que la sociedad decimonónica mexicana cumplía devotamente con cada uno de los oficios litúrgicos, éstos se combinaban con el gozo, por lo que podemos concluir que en la Cuaresma y la Semana Santa, ni todo era "tristeza y penitencia", ni todo era "alegría y gozo", sino que tanto unas como el otro, convivían entre sí. Guillermo Prieto, bajo el seudónimo de "Fidel", comentaba acerca de la convivencia de esos sentimientos encontrados durante la Cuaresma: era, concluyó nuestro autor, "la conjunción de lo temporal y lo eterno, el templo abierto a la devoción y al amor, a la penitencia y a las tentaciones, como quien dice, San Miguel y el diablo cosechando a la vez sin hacerse mala obra".⁴⁹⁹

Puedo decir, finalmente, que esta investigación ha tenido como propósito darle voz a aquellos documentos, notas hemerográficas, cronistas mexicanos y viajeros extranjeros, que a través de su pluma describieron y vivieron ambas celebraciones. Hoy todo esto nos sirve para conocerlas más a fondo y así saber qué parte de estas fiestas sigue vigente y cuál ya se ha perdido o transformado. El Carnaval ya no se celebra en la capital del país, y en cuanto a la Semana Santa, ésta tampoco se conmemora igual que durante la primera mitad del siglo XIX, si bien preserva por ejemplo, la representación de la Pasión que desde entonces congregaba a mucha gente que vivía con dolor y recogimiento los pasos de Jesús. Así, lo único que queda es abrir aquellas páginas del pasado y de nosotros depende que éstas ya no se vuelvan a cerrar.

⁴⁹⁹ Guillermo Prieto, Actualidades de la Semana 1, p. 448.

ANEXO I

CRONOLOGIA DEL CARNAVAL Y LA SEMANA SANTA EN LA CIUDAD DE MÉXICO DEL SIGLO XVI A LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XIX

Siglo IV	El papa Gregorio Magno instituyó el rito de la Cuaresma, como homenaje a Jesús por los cuarenta días que estuvo en el desierto.
Siglo V	Se tuvo noticia acerca de las primeras celebraciones de la Semana Santa en Jerusalén.
Siglos VII-IX	La Cuaresma se convirtió en un periodo de penitencia y de severos ayunos, consistentes en no comer carne, huevos, leche y vino.
Siglo XI	San Anselmo de Canterbury ordenó los temas de la Pasión y Muerte de Cristo.
Siglo XIII	En España al Carnaval se le conoció como Carnestolendas y Antruejo o Introido.
Siglo XIV	Se empezó a utilizar el vocablo "Carnal" en España como oposición a la Cuaresma. Vicente Ferrer estimuló la práctica de la flagelación y fomentó la creación de cofradías penitenciarías.
Siglo XV	Algunos autores españoles emplearon la palabra Carnaval derivada de la palabra italiana Carnevale. En España se fundaron las primeras cofradías de carácter penitencial, con el fin de venerar la Pasión y Muerte de Jesús.

Siglo XVI	A finales de este siglo, fray Jerónimo de Mendieta y Agustín Dávila de Padilla narraron como se festejó el Jueves y Viernes Santo en la Nueva España.
Siglo XVII	Las procesiones españolas que se realizaron durante la Semana Santa fueron realmente espectaculares.
Siglo XVIII	El evento más popular del Carnaval fue el baile de máscaras. El Papa Clemente XIII, autorizó comer durante la Cuaresma carne, huevos, manteca, quesos y otros lácteos, exceptuando los primeros cuatro días de la Cuaresma, los miércoles, viernes, sábados y toda la Semana Santa.
1697	<i>La Nueva España:</i> El viajero italiano Gemelli Carreri visitó la ciudad de México y nos dice como se celebró la festividad de la Semana Santa.
1700	14 de febrero. El tribunal del Santo Oficio publicó un edicto en el que prohibió que la gente durante el Carnaval se disfrazará con algún traje religioso.
1722	13 de febrero. El Arzobispo de la ciudad de México Carlos Bermúdez de Castro prohibió en un bando que hubiera transformaciones mujeriles en los trajes que se ocuparan durante el Carnaval. El virrey publicó otro edicto prohibiendo que en los bailes se utilicen máscaras. En la <u>Gaceta de México</u> apareció descrita la celebración de la Semana Santa de ese año.

1731	20 de diciembre. El virrey Juan de Acuña, marqués de Casa Fuerte distribuyó por toda la ciudad un bando en el que prohibió utilizar máscaras, y que los hombres y las mujeres utilizaran disfraces diferentes a su sexo.
1768	Juan Manuel de San Vicente nos dejó testimonio de como se llevó a cabo el Viernes Santo en la Nueva España.
1782 a 1792	Los virreyes de la Nueva España publicaron bandos que tenían como propósito que las procesiones de Semana Santa se llevaran a cabo en orden.
1783	La <u>Gaceta de México</u> publicó que en los días en que se realizó el Carnaval, la gente asistió al Jubileo en todos los templos donde lo hubo.
1785	El virrey conde de Gálvez debido a una hambruna que azotó a la Nueva España levantó un altar a la Virgen de los Dolores, para obtener de ella un favor divino.
1787	La Real Audiencia fijó carteles en la puerta del Coliseo donde indicaba que prohibía lanzar anises gruesos, almendras cubiertas, cebada, alverjones u otras semillas y piedras a los palcos y a la tarima y solo permitiría tirar con moderación grajeas o mostacillas.
1789	10 de febrero. Bernardo de Bonavia y Zapata prohibió que ninguna persona arrojara, quebrara o tirara en las calles, alameda, paseos y parajes públicos, cascarones, anises, papeles, aguas o frutas.

1797	El Ayuntamiento ordenó al gremio de confiteros que no vendieran sus productos en los mercados durante esta temporada, así como a los jueces de plaza para que vigilarán que esta disposición se cumpliera.
1811	<p>5 de abril. El doctor José María Beristain publicó un edicto en el cual se indica que se vigilará que toda persona que asista a la iglesia durante la Semana Santa se vista y comporte decentemente.</p> <p>10 de abril. Don Ramón Gutiérrez del Mazo, presidente de la junta de policía y superintendente de propios y arbitrios, anunció en un bando que desde el Jueves Santo hasta el Domingo de Resurrección se rieguen y barran las banquetas de todas las casas, con el fin de establecer el buen orden, aseo y decoro de la ciudad.</p>
1823	<p>13 de febrero. El señor Antonio Rosal director de una compañía cómica solicitó licencia al Ayuntamiento para que el Coliseo presentara durante la Cuaresma varias piezas dramáticas.</p> <p>22 de febrero. Pidió licencia don José Ruiz y don José Alvarado, para que en "las tres semanas útiles de Cuaresma", se presenten ocho tardes de entretenimiento y diversión en la Plaza de Toros.</p> <p>27 de marzo. Jueves Santo. En la ciudad de México se conmemoró sencillamente la Semana Santa.</p>
1824	28 de febrero. El señor Menial firmó un convenio con el Ayuntamiento para dar funciones en el Coliseo entregando doce pesos por adelantado por cada una de ellas y dando después de algunas funciones un beneficio a favor del Hospital de Naturales.

1824	<p>14 de abril. El Congreso mandó la orden de que el supremo poder ejecutivo integrado por Miguel Domínguez y los generales Vicente Guerrero y Nicolás Bravo asistieran el Jueves y Viernes Santo a los oficios de la Catedral.</p> <p>15 de abril. Jueves Santo. El general Nicolás Bravo comulgó en la Catedral y fue honrado con la llave del Sagrario.</p> <p>27 de noviembre. El presidente Guadalupe Victoria envió un decreto al Congreso, en el cual informó que las fiestas religiosas nacionales quedaron reducidas a los días Jueves y Viernes Santo, Corpus y fiesta de Guadalupe. Además el presidente gozará dentro de las iglesias los mismos honores y preeminencias que han gozado los patronos regios, y se presentara acompañado por los secretarios de su gobierno en turno.</p>
1825	Del 27 de marzo al 3 de abril se celebró la Semana Santa en la capital.
1826	<p>23 de marzo. Jueves Santo. Las iglesias por la noche estuvieron muy concurridas.</p> <p>24 de marzo. Viernes Santo. No hubo procesión del Santo Entierro debido a que cayó un fuerte aguacero.</p>
1827	9 de abril. El Ayuntamiento pidió a los archicofrades que acompañaran el paso del entierro de Jesucristo y a las señoras de la Soledad, el de la Virgen, para dar mayor decoro y devoción a la procesión del Viernes Santo.

1828	4 de abril. Viernes Santo. Salieron a visitar las iglesias las mujeres elegantemente vestidas, igualando a las mujeres europeas. También salieron vestidos brillantemente los batallones activo de Toluca y Séptimo.
1829	17 de abril. Viernes Santo. Salió la procesión con más regularidad que el año pasado con todos los pasos de la Pasión.
1830	Del 4 al 11 de abril se celebró la Semana Santa.
1831	<p>5 de marzo. El Arzobispo excomulgó a todo aquel que concurrió a las máscaras y a los bailes durante la temporada del Carnaval.</p> <p>30 de marzo. se instalaron puestos de chía, horchata, pulque y chinguirito.</p> <p>Mathiu de Fossey durante su estancia en México nos describió el paseo de la Viga durante la Cuaresma y la Semana Santa desde el Jueves Santo al Sábado de Gloria.</p>
1832	El viajero C. C. Becher presenció la Semana Santa que se celebró del 15 al 22 de abril.
1833	El viajero alemán Eduard Mühlenfordt nos describió como se llevó a cabo la celebración de la Semana Santa que se festejó del 31 de marzo al 7 de abril.

1834	<p>21 de marzo. Viernes de Dolores. Se celebró la función de Nuestra Señora de los Dolores con gran magnificencia.</p> <p>27 de marzo. Jueves Santo. El monumento de la Catedral estuvo a media cera.</p> <p>28 de marzo. Viernes Santo. En todas las iglesias hubo función de pésame a la Virgen.</p> <p>29 de marzo. Sábado de Gloria. Se quemaron pocos judas, la mayoría representando personajes extranjeros.</p>
1835	<p>16 de abril. Jueves Santo. En el sagrario de la Catedral se estrenó una urna de plata en que se colocó el Santísimo Sacramento.</p> <p>18 de abril. Sábado de Gloria. Hubo mucho desorden al quemar los judas.</p> <p>Guillermo Prieto describió como se llevó a cabo la Semana Santa en la ciudad de México.</p>
1836	<p>30 de marzo. Se estableció la "Ley de Etiqueta", la cual arreglaba la asistencia de las corporaciones en la Catedral cuando acompañaran estas al presidente a las funciones religiosas.</p> <p>31 de marzo. Jueves Santo. Los templos durante este día estuvieron magníficamente adornados. Por la tarde llovió, provocando que mucha gente no saliera a visitar los monumentos como se acostumbraba.</p> <p>1 de abril. Viernes Santo. Al pasar la procesión del Santo Entierro por la Catedral, unos léperos le prendieron fuego a unos judas encohetados, éstos se quemaron provocando gran movilización.</p>

1837	<p>23 de marzo. Jueves Santo. Las iglesias principales tuvieron una esplendida iluminación.</p> <p>24 de marzo. Viernes Santo. Salió rápidamente la procesión del Santo Entierro pues iba a comenzar a llover.</p>
1838	<p>11 de abril. Se invitó al presidente Anastasio Bustamante a estar en la sala capitular a las 8 de la mañana el Jueves y el Viernes Santo a las 4 de la tarde para acompañar a la procesión del Santo Entierro, y que todos fueran vestidos de negro.</p> <p>13 de abril. Viernes Santo. No salió la procesión del Santo Entierro debido a las lluvias.</p> <p>14 de abril. Sábado de Gloria. El gobernador compró unos judas, que se pusieron en las calles principales llevando un letrero cada uno con el nombre del barón Deffaudis.</p>
1839	<p>31 de diciembre. Se solicitó licencia para que en el teatro Principal se den tres bailes de máscaras.</p> <p>26 de marzo. El padre Juan Manuel Suberdía del templo de Santo Domingo invitó al Ayuntamiento a celebrar la procesión del Santo Entierro.</p> <p>28 de marzo. Jueves Santo. Los monumentos de las principales iglesias tuvieron pocas flores.</p> <p>29 de marzo. Viernes Santo. La procesión del Santo Entierro que tradicionalmente se celebra este día se disipó debido a las lluvias.</p>

<p>1840</p>	<p>1 de marzo. Se llevó a cabo un baile de máscaras en el Coliseo, concurrido principalmente por franceses.</p> <p>La marquesa Calderón de la Barca nos describió el paseo que se realizó en la Viga durante esta temporada y la Semana Santa.</p> <p>13 de abril. El prefecto Castro fijó en las esquinas y lugares públicos un bando, en el cual prohibió que durante la Semana Santa salieran armados y figurones en las procesiones, así como que se vendiera la chía en las esquinas, que sólo se podía vender en la Plaza Mayor.</p> <p>Guillermo Prieto realizó una visita al pueblo de Tacubaya y nos describió como se celebró la Semana Santa en este lugar.</p>
<p>1841</p>	<p>13 de febrero. Se anunció oficialmente cuando se llevarán a cabo los bailes de máscaras.</p> <p>Crónica de la marquesa Calderón de la Barca, acerca de la Semana Santa que presencié durante su visita a Coyoacan.</p>
<p>1842</p>	<p>18 de enero. El empresario de la ópera italiana Joaquín Roca expuso las razones que tuvo para que el Ayuntamiento le expidiera el permiso correspondiente para efectuar su espectáculo durante la Cuaresma.</p> <p>El Cabildo otorgó la licencia correspondiente a los empresarios del teatro Unión para realizar los bailes de máscaras en el próximo Carnaval.</p> <p>1 de febrero. La comisión de teatros y diversiones públicas otorgó la licencia correspondiente al empresario Joaquín Roca para que presente su espectáculo en la Cuaresma.</p>

<p>1842</p>	<p>4 de febrero. El señor Juan Villela solicitó licencia a la comisión de teatros y diversiones públicas para presentar varias funciones de pastorelas y operetas en el teatro de la Unión en la presente Cuaresma.</p> <p>8 de febrero. Guillermo Prieto bajo el seudónimo de "Fidel" nos reseñó en el periódico <u>El Siglo Diez y Nueve</u> los sucesos que vivió en el Domingo de Carnaval.</p> <p>13 de febrero. Manuel Payno bajo el seudónimo de "Yo" nos reseñó lo que le sucedió en el baile de máscaras al que asistió en el teatro Principal.</p> <p>Descripciones del viajero Brantz Mayer acerca de la Semana Santa en la ciudad de México.</p> <p>26 de marzo. Sábado de Gloria. Se quemaron muchos judas con la imagen de Santa Anna en las calles principales de la ciudad.</p>
<p>1843</p>	<p>14 de marzo. Don Francisco Solares pidió licencia para dar en la Cuaresma, conciertos en la Sociedad de la Bella Unión.</p> <p>El presidente de la república, Antonio López de Santa Anna, no asistió a las festividades del Jueves y Viernes Santo y mandó al gobernador de la ciudad de México presidir a las autoridades y demás funcionarios.</p> <p>14 de abril. Viernes Santo. Al celebrar la procesión del Santo Entierro, llovió repentinamente haciendo que la gente reunida en la Plaza Mayor se fuera rápidamente a la Catedral a refugiarse, muriendo una mujer por los apretujones.</p>

1843	15 de abril. Sábado de Gloria. En la calle Alfaro se mató un cargador, pues se desprendió el balcón donde estaba colocado un judas.
1844	<p>13 de febrero. Se otorgó la licencia correspondiente para que se celebraran los bailes de máscaras en el teatro Principal y en el de Santa Anna.</p> <p>16 de febrero. La comisión de diversiones públicas discutió el reglamento que se ha de seguir en los bailes de máscaras.</p> <p>Se anunció que el 18, 19 y 20 de febrero por la noche, se llevaría a cabo en el teatro Santa Anna los bailes de máscaras correspondientes al Carnaval de este año.</p> <p>23 de febrero. Varias vendedoras de aguas frescas solicitaron al Ayuntamiento el permiso correspondiente para poner sus puestos en la presente Cuaresma.</p> <p>Guillermo Prieto nos describió los puestos de chía que se instalaron este año para el festejo de la Semana Santa, así como la quema de los judas que se realizó el Sábado de Gloria.</p>
1845	<p>17 de enero. Se le concedió al licenciado don Ignacio Munguía la licencia pertinente para que en la próxima Cuaresma por las tardes en el teatro Nuevo México de las funciones pastoriles correspondientes.</p> <p>21 de enero. La comisión de diversiones públicas dio permiso al empresario Francisco Arbeu para que realizara los bailes de máscaras respectivos.</p>

<p>1845</p>	<p>7 de febrero. El señor Pedro Alcántara pidió al Ayuntamiento permiso para que la compañía árabe de algunas funciones de gimnasia en algún teatro en la presente Cuaresma.</p> <p>11 de febrero. Se amplió el permiso concedido por el Ayuntamiento para que los solicitantes correspondientes den funciones gimnásticas todos los días de la Cuaresma exceptuando los viernes.</p> <p>14 de marzo. Se solicitó permiso al cabildo metropolitano para que la procesión del Viernes Santo entre por la Catedral.</p> <p>18 de marzo. Se informó a las autoridades, empleados y jefes de oficina que el presidente interino José Joaquín Herrera asistirá a los oficios del Jueves y Viernes Santo y se les cita a ambos días a las 8 de la mañana en el Palacio Nacional.</p> <p>Se nombró una comisión para que acompañe al presidente José Joaquín Herrera en la visita que ha de hacer a la iglesia en la noche del Jueves Santo.</p> <p>20 marzo. Jueves Santo. Por la mañana comulgó el presidente José Joaquín Herrera en la Catedral y por la noche visitó los monumentos.</p>
<p>1846</p>	<p>8 de abril. Jueves Santo. Comulgó en la Catedral el general Paredes.</p> <p>10 de abril. Sábado de Gloria. Se quemaron muchos judas y por lo mismo hubo muchos pleitos en las calles.</p> <p>14 de abril. Benito Chaquira reseñó en el periódico <u>Don Simplicio</u> acerca de las festividades del Jueves Santo.</p>

<p>1847</p>	<p>26 de marzo. Viernes de Dolores. No hubo misa este día, ni se llamó a coro.</p> <p>28 de marzo. Domingo de Ramos. Se celebraron los oficios divinos en la Catedral.</p> <p>1 de abril. Jueves Santo. Fue un día triste, las iglesias tuvieron pocos adornos y el tabernáculo fue alumbrado por doce velas. En la Catedral se puso un altar donde antes se ponía el monumento y se cerraron las puertas a la oración.</p> <p>El austriaco Carl Heller visitó Campeche y nos describió como se celebró la procesión del Viernes Santo.</p>
<p>1848</p>	<p>Ignacio Altamirano narró como se celebró la Semana Santa en su pueblo natal Tixtla, Guerrero. También nos dice como se festejó el Viernes de Dolores en la ciudad de México.</p> <p>10 de abril. El Arzobispado publicó un edicto en el que ordenó que todos los capellanes, curas y rectores de las iglesias suministren la Sagrada Eucaristía el Sábado Santo a toda aquella persona que lo solicite aunque no se celebre como siempre, debido a la situación que vive el país.</p> <p>14 de abril. Viernes de Dolores. Se hizo una gran función de Dolores en la Profesa.</p> <p>17 de abril. Se pidió al gobernador de la ciudad de México que recabe del general en jefe del ejército yanqui la correspondiente orden para que desde el Jueves Santo a las 10 hasta el Sábado de Gloria no transiten por la calle carruajes, caballos del ejército, así como que no se den bailes y permanezcan cerradas todas las vinaterías y tabernas.</p>

<p>1848</p>	<p>20 de abril. Jueves Santo. Estuvieron muy devotas las funciones de la iglesia a pesar de la lluvia. En la calle hubo desórdenes provocados por los yanquis.</p> <p>21 de abril. Viernes Santo. Hubo pocos vendedores, pues se temió que los yanquis les quitaran sus productos. El cementerio y la plaza de Santo Domingo estuvieron vacíos. Los alimentos subieron de precio debido a la situación del país.</p> <p>22 de abril. Sábado de Gloria. Se prohibió la quemazón de judas, temiendo que en ellos se presentaran los yanquis y aprovecharan la ocasión para hacer desmanes.</p> <p>Manuel Payno bajo el seudónimo de "Yo", escribió en el periódico <u>El Eco del Comercio</u> una narración acerca de lo acontecido en la Semana Santa.</p>
<p>1849</p>	<p>7 de febrero. Don Pedro Alcántara pidió al ayuntamiento permiso para dar funciones pastoriles en el teatro Nuevo México, en las tardes de la próxima Cuaresma.</p> <p>23 de marzo. El gobernador de la ciudad de México prohibió que en los pueblos comprendidos en el distrito, hubiera cofrades con túnica larga en las procesiones de Semana Santa.</p> <p>3 de abril. El presidente de la república José Joaquín Herrera, por medio del Cabildo comunicó a las autoridades y corporaciones dependientes de este ministerio, que estuvieran reunidos a las ocho y media de la mañana el Jueves y Viernes Santo en el Palacio Nacional.</p>

<p>1849</p>	<p>También avisó que el Jueves Santo a las 6 de la tarde visitará las iglesias de San Bernardo, Capuchinas, San Agustín, San Francisco, Profesa, el Sagrario y la Catedral en el orden en que se indica.</p> <p>7 de abril. Sábado de Gloria. Hubo gran concurrencia en los templos y en las procesiones después de la guerra.</p> <p>Guillermo Prieto describió el Viernes de Dolores y la Semana Santa en la ciudad de México.</p> <p>Manuel Payno bajó el seudónimo de "Yó" narró como se llevó a cabo la Semana Santa en la ciudad de México.</p>
<p>1850</p>	<p>14 de febrero. Estuvieron muy concurridos los bailes de máscaras en este Carnaval.</p> <p>25 de marzo. El gobierno del Distrito Federal permitió a los coheteros vender los judas, con la condición de que éstos no se representen con vestidos o distintivos particulares de alguna de las clases de la sociedad.</p> <p>28 de marzo. Jueves Santo. Durante el día la gente celebró con la misma pompa y solemnidad que los años anteriores, y por la noche ocurrió el asesinato del diputado Cañedo afligiendo a toda la población.</p> <p>29 de marzo. Viernes Santo. Aproximadamente a las dos de la tarde sonaron las campanas avisando a la población que un incendio devoraba varios negocios, y ya a las cuatro de la tarde estaba controlado. Por la noche hubo el pésame en muy pocas iglesias.</p>

1850	<p>Antonio García Cubas describió como se celebró el Carnaval, así como la Cuaresma y la Semana Santa en la ciudad de México.</p> <p>Carl C. Sartorius narró la celebración de la Semana Santa en la ciudad de México.</p>
1851	<p>7 de febrero. Se concedió permiso a don Ramón de Rosas para que en el próximo Carnaval celebre los bailes de máscaras en el teatro Nacional.</p> <p>Del 13 al 20 de abril Se celebró la Semana Santa.</p> <p>19 de abril. Saturnino quien escribe para el periódico <u>El Monitor</u>, publicó un artículo donde nos dice como se celebró este año la Semana Santa en la ciudad de México.</p>
1852	<p>25 de febrero. Guillermo Prieto bajo el seudónimo de "Fortún" en el periódico <u>El Siglo Diez y Nueve</u>, nos reseñó el Miércoles de Ceniza de ese año.</p> <p>2 de abril. Viernes de Dolores. La iglesia recordó a la santísima Virgen de los Dolores.</p> <p>5 de abril. El gobernador de la ciudad de México, señor Miguel Azcarate autorizó que en la presente Semana Santa, se realicen como es costumbre las funciones de la iglesia y las procesiones y dio el permiso para que en la plaza central se pusieran los puestos de chía, el jueves, viernes y sábado, y se quitarán después de repicarse la Gloria.</p> <p>8 de abril. Jueves Santo. La procesión que se realizó este día salió por la tarde de la Santísima y entró a las iglesias de Jesús María, Catedral y Santa Inés.</p>

1853	<p>12 de febrero. El señor Monplaisir invitó a la fiesta del Carnaval que se llevó a cabo el domingo en el teatro Nacional.</p> <p>En su viaje a Querétaro Guillermo Prieto nos dice como se celebró la Semana Santa en este lugar.</p> <p>17 de marzo. El gobernador del Distrito Federal Miguel M. de Azcarate publicó un bando en el cual prohibió que el Jueves y Viernes Santo, transiten dentro de la ciudad carruajes, caballos o animales de carga, si no es para el gobierno o con licencia expresa de él; y que el Sábado de Gloria no se tiren cohetes de manos, no se disparen armas de fuego de ninguna clase, ni se quemen o vendan los judas.</p> <p>21 de marzo. El señor presidente Manuel Ma. Lombardini no asistió a las ceremonias que se efectuaron los días Jueves y Viernes Santo en la Catedral.</p>
1854	<p>25 de febrero. El gobernador de la ciudad de México Antonio Diez Bonilla dispuso las medidas correspondientes que se aplicaron en el Carnaval de este año.</p> <p>5 de marzo. Se celebró en el teatro Santa Anna un baile de piñata.</p> <p>6 de abril. Se corrió el rumor de que el gobierno del Distrito Federal cobraría cierta cantidad de dinero por cada altar de Dolores que se pusiera en las casas particulares, pero se aclaró y el gobernador dijo que sólo se cobraría a aquellos altares que son públicos o que se ponen en el tránsito de las procesiones religiosas.</p>

<p>1854</p>	<p>12 de abril. El gobernador del Distrito Federal Antonio Diez Bonilla durante la Semana Santa dictó las medidas necesarias que se han de llevar en esta temporada en la capital.</p> <p>13 de abril. Jueves Santo. Por la tarde se realizó la ceremonia del lavatorio y salió una procesión de la Santísima.</p> <p>14 de abril. Viernes Santo. A las doce del día comenzaron los ejercicios de agonías y siete palabras en varias iglesias, por la tarde salió la procesión de Santo Domingo.</p> <p>En la noche hubo ejercicio del pésame en casi todas las iglesias.</p> <p>15 de abril. Sábado de Gloria. La procesión del Santo Entierro regresó a la iglesia de la Concepción después de repicada la Gloria.</p> <p>16 de abril. Domingo de Resurrección. se cantaron en la madrugada los maitines solemnes en la Catedral.</p> <p>La viajera francesa Marie Giovanni nos describió como se celebró la Semana Santa durante su estancia en la ciudad de México.</p>
<p>1855</p>	<p>15 de febrero. Se anunció oficialmente cuando y como se celebrarían los bailes de máscaras en el teatro Santa Anna y Oriente en esta temporada de Carnaval.</p> <p>4 de abril. Jueves Santo. En la tarde se celebró el oficio divino de las Tinieblas. A la siete y media de la noche el coro de las niñas huérfanas educadas por las hermanas de la caridad cantó en la Catedral.</p> <p>5 de abril. Viernes Santo. El pésame fue a las siete de la noche.</p> <p>Guillermo Prieto nos dice como se realizó la Semana Santa en Cadereyta.</p>

ANEXO II

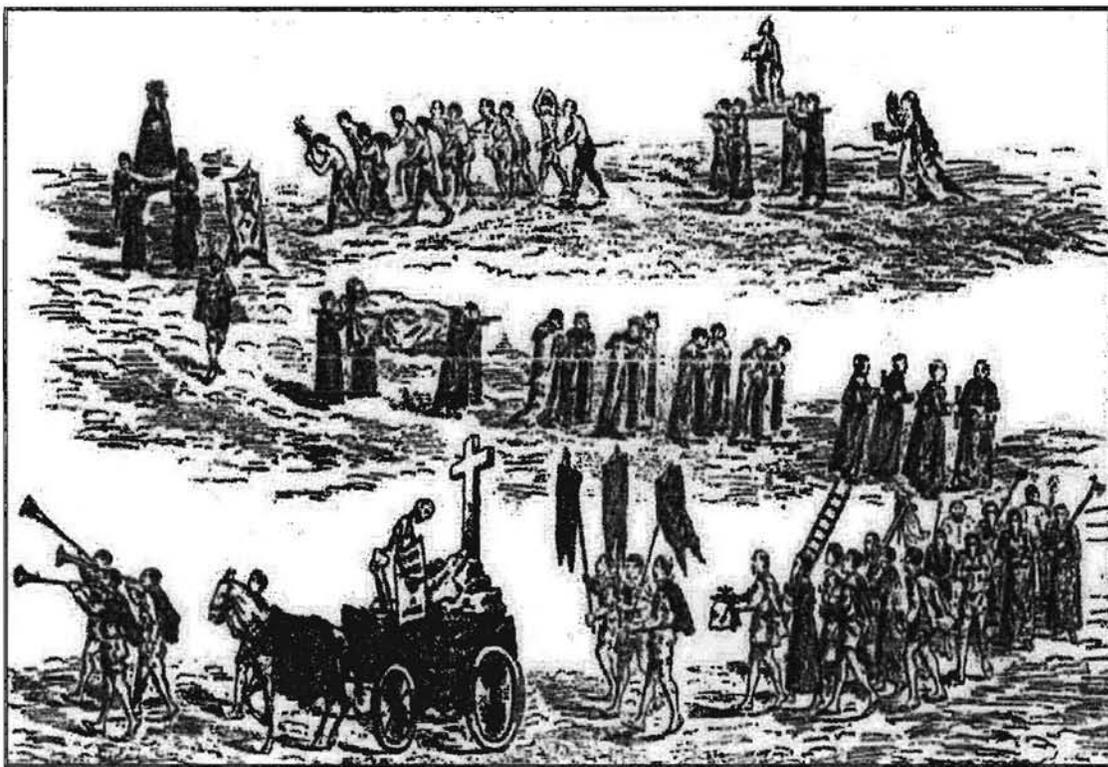
IMÁGENES DE LA CUARESMA Y LA SEMANA SANTA

Figura # 1

Anónimo, "*Máscara*", 1842.

En *Historia de la vida cotidiana en México: bienes y vivencias: el siglo XIX*, dirigida por Pilar Gonzalbo Aizpuru; Anne Staples, coord., México, CÓLMEX.-FCE., 2005, p. 193.

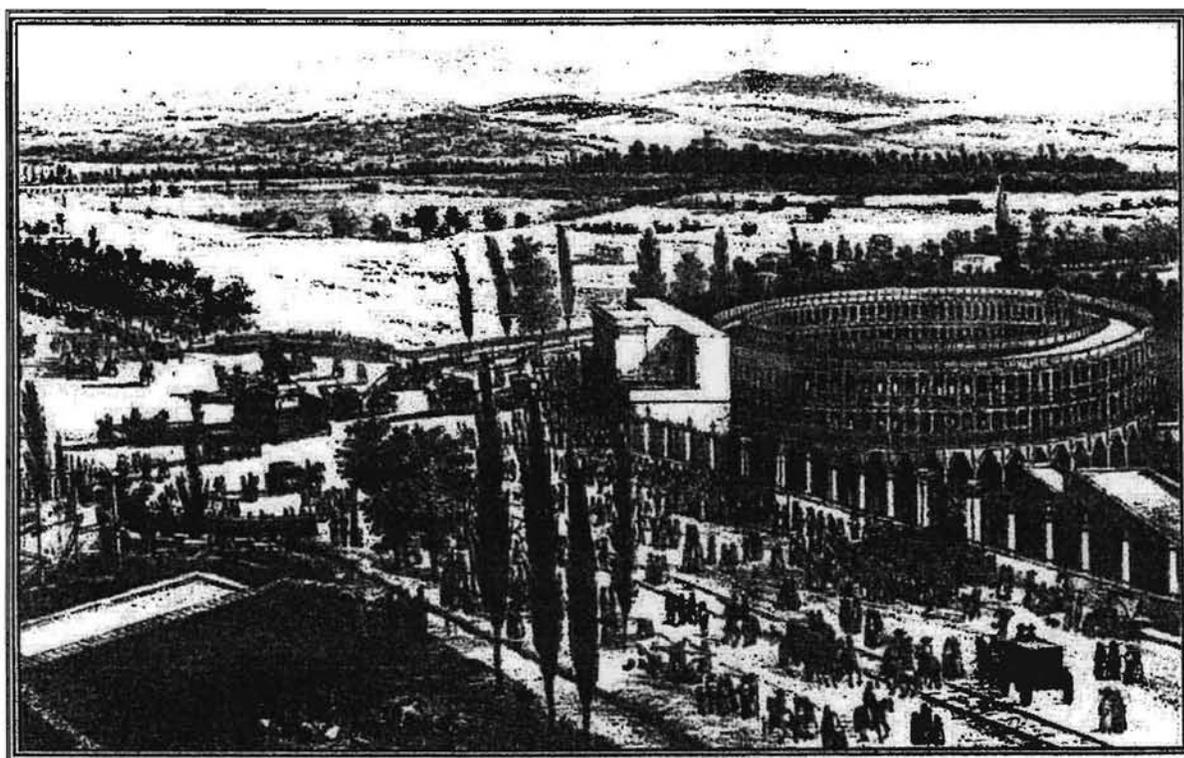
Figura # 2



"Una procesión del Viernes Santo en el siglo XVI."

En Luis González Obregón, *México viejo época colonial: noticias históricas, tradiciones, leyendas y costumbres*, pról. de Flor de María Hurtado, México, Alianza, 1991, p. 472.

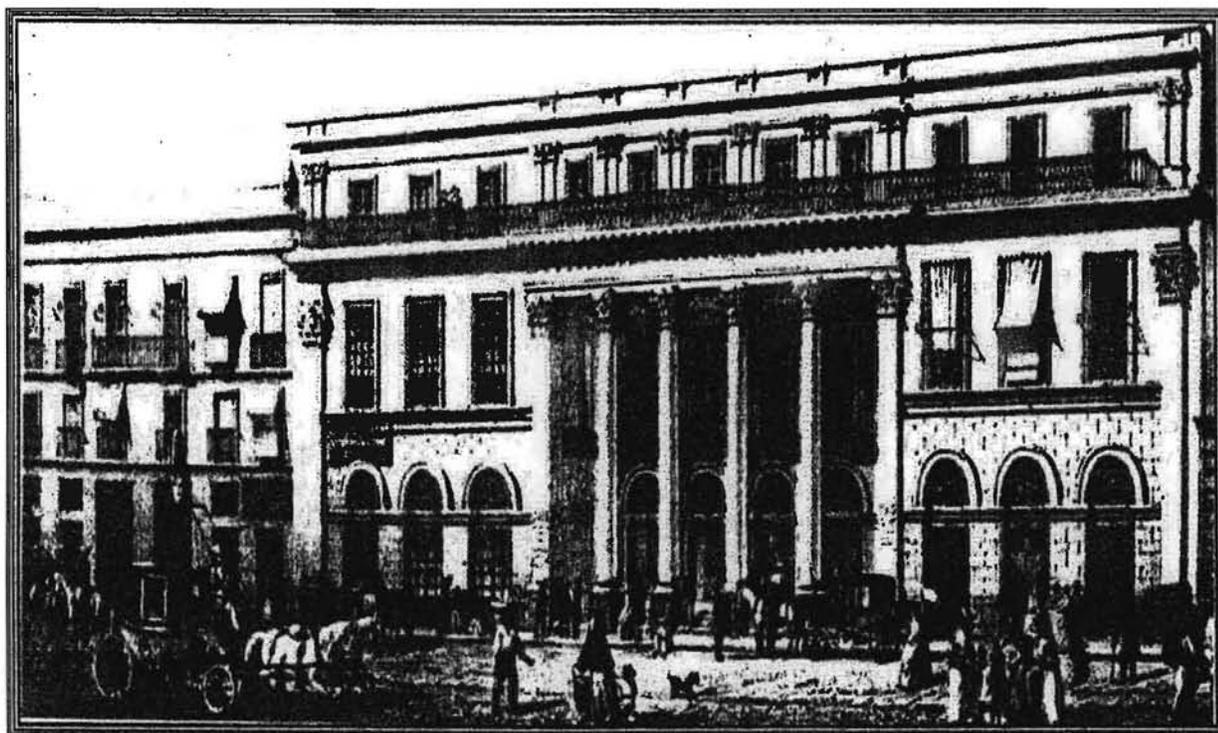
Figura # 3



"El Paseo de Bucareli". Litografía de Casimiro Castro y Juan Campillo, (Mediados del siglo XIX).

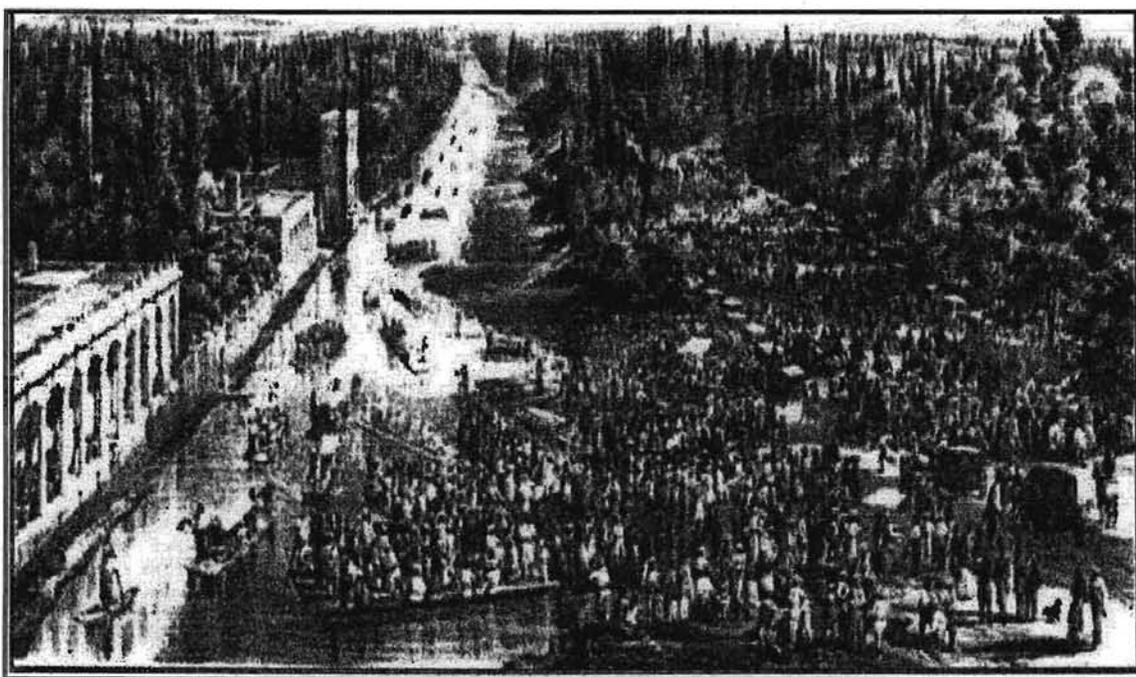
En *México y sus alrededores*, pról. Ricardo Pérez Escamilla, introd. Carlos Aguirre Anaya, México, Breve Fondo Editorial, 2000, s/p., 1ª. ed., 1855.

Figura # 4



"El Teatro Nacional". Litografía de Casimiro Castro y Juan Campillo, (antes llamado Teatro Santa Anna)

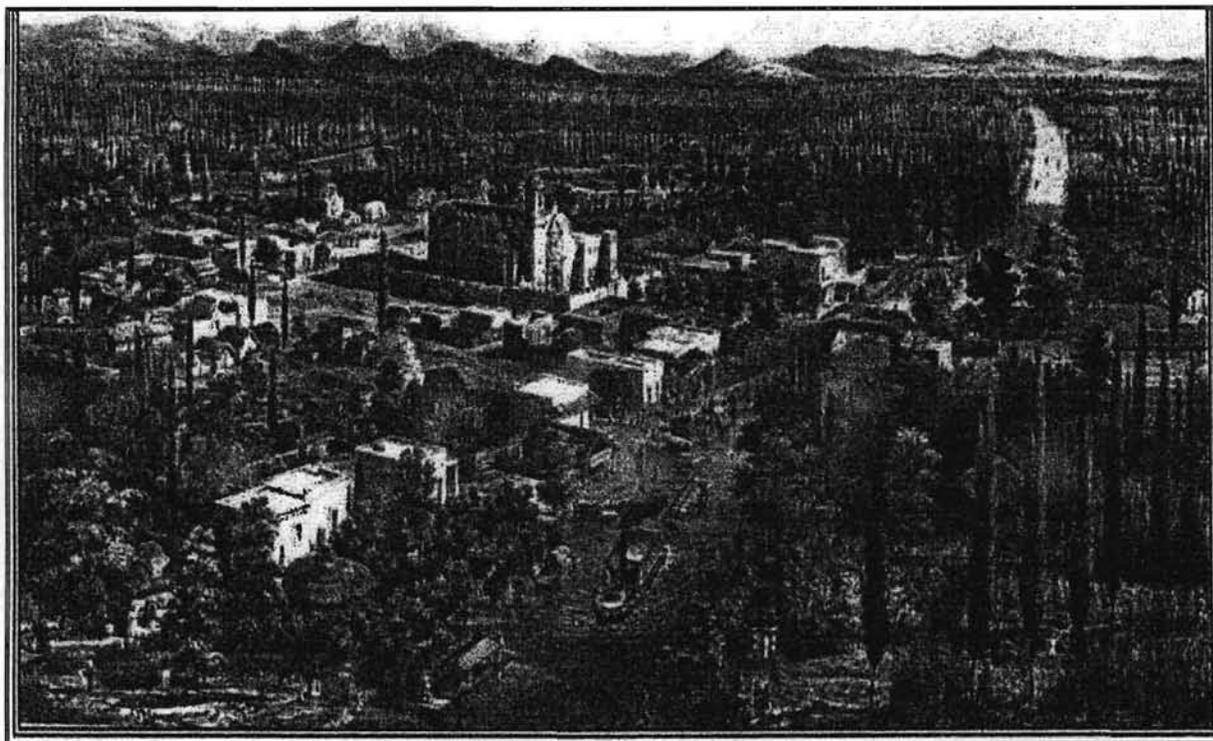
Figura # 5



"El Paseo de la Viga". Litografía de Casimiro Castro y Juan Campillo, (mediados del siglo XIX).

En *México y sus alrededores*, pról. Ricardo Pérez Escamilla, introd. Carlos Aguirre Anaya de, México, Breve Fondo Editorial, 2000, s/p., 1^a ed., 1855.

Figura # 6



"El pueblo de Ixtacalco, tomado en globo". Litografía de Casimiro Castro y Juan Campillo, (mediados del siglo XIX).

En *México y sus alrededores*, pról. Ricardo Pérez Escamilla, introd. Carlos Aguirre Anaya, México, Breve Fondo Editorial, 2000, s/p., 1^a ed., 1855.

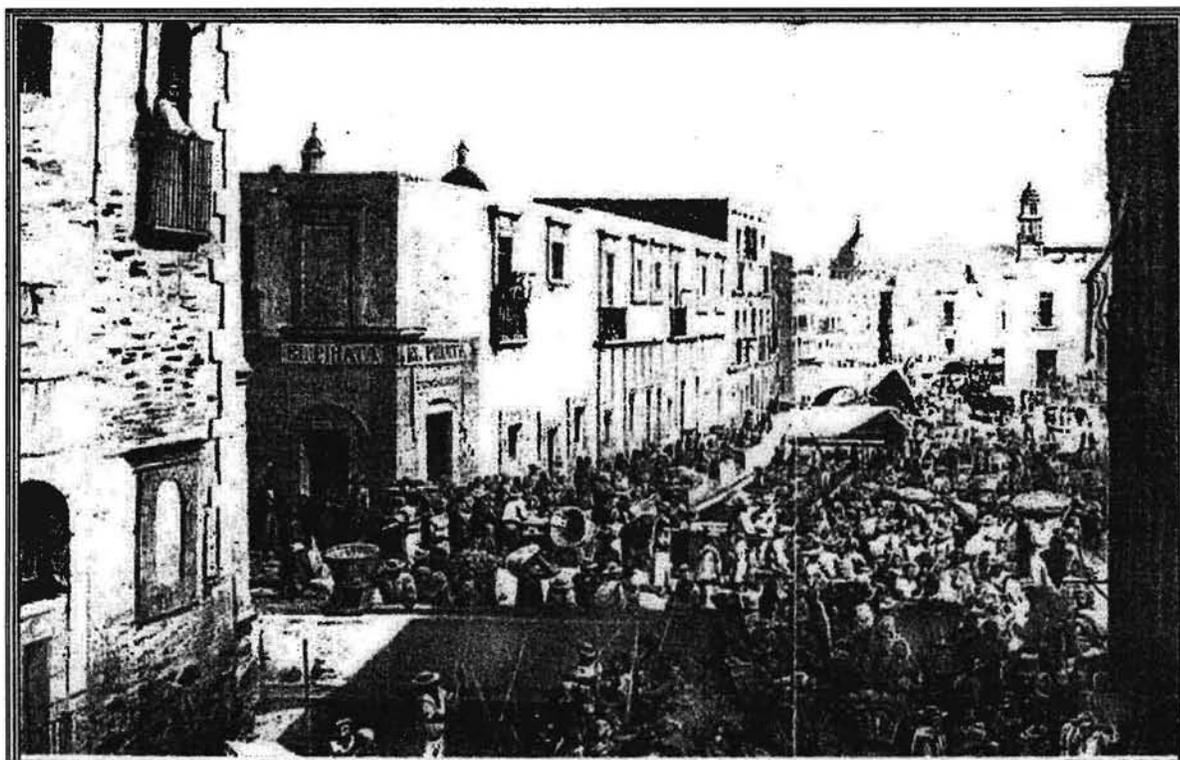
Figura # 7



Johann Salomón Hegi, ***"En el paseo de Santa Anita"***.

En Gustavo Curiel, Fausto Ramírez, Antonio Rubial, Angélica Velázquez, *Pintura y Vida Cotidiana en México, 1650-1950*, México, Fomento Cultural Banamex, CONACULTA, 1999, p. 176.

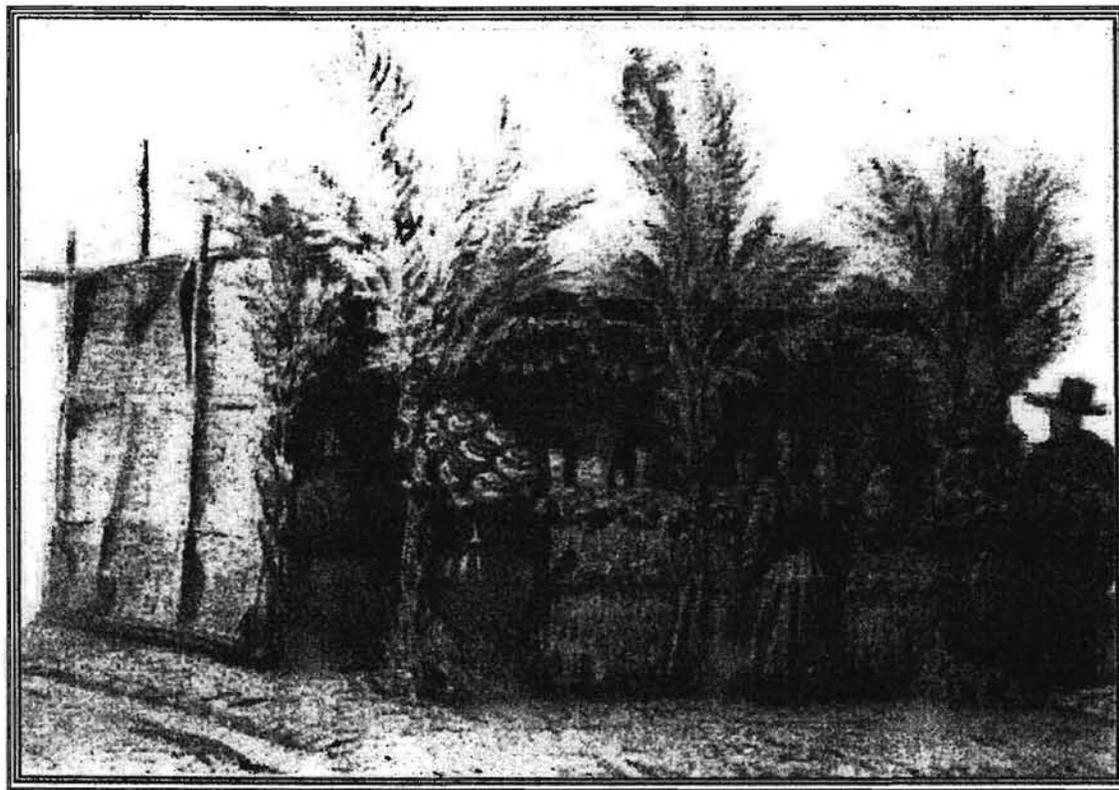
Figura # 8



"La calle de Roldan y su desembarcadero". Litografía de Casimiro Castro y Juan Campillo.

En *México y sus alrededores*, pról. Ricardo Pérez Escamilla, introd. Carlos Aguirre Anaya, México, Breve Fondo Editorial, 2000, s/p., 1^a. ed., 1855.

Figura # 9



Edouard Pingret, "**Vendedora de limonadas**", 1851. (La chiera)

En Luis Ortiz Macedo, *Edouard Pingret. Un pintor romántico francés que retrató el México del mediar del siglo XIX*, Fomento Cultural Banamex, 1989, p. 81.

Figura # 10



Edouard Pingret, "**Vendedora de aguas frescas**", (mediados del siglo XIX)

En Luis Ortiz Macedo, *Edouard Pingret. Un pintor romántico francés que retrató el México del mediar del siglo XIX*, Fomento Cultural Banamex, 1989, p. 139.

Figura #11

Anónimo, "**Semana Santa**", 1849.

En Antonio García Cubas, *El libro de mis recuerdos*, México, Porrúa, 1996, p. 329.

Figura # 12



Johann Salomón Hegi, "***El Paseo de las cadenas en Jueves Santo***", 1854.

En Gustavo Curiel, Fausto Ramírez, Antonio Rubial, Angélica Velázquez, *Pintura y Vida Cotidiana en México, 1650-1950*, México, Fomento Cultural Banamex, CONACULTA, 1999, p. 157.

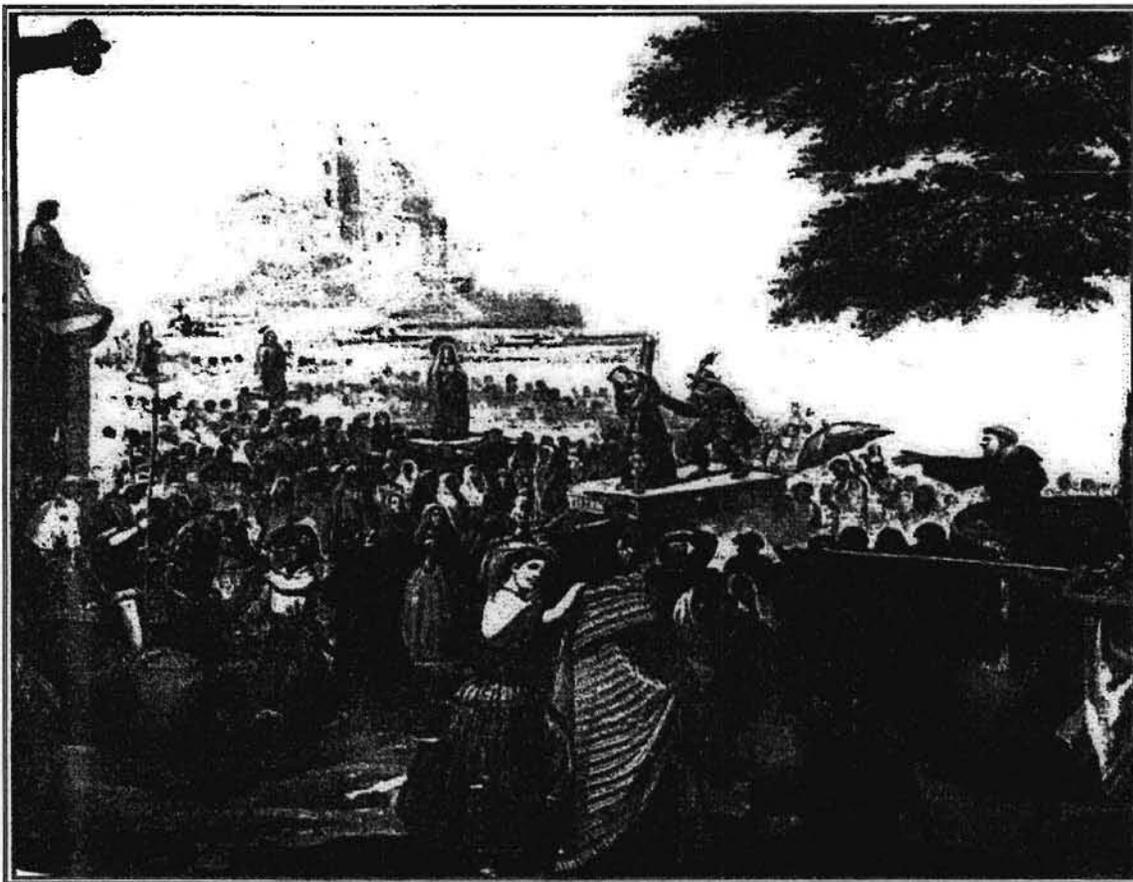
Figura # 13



"El paseo de las cadenas en una noche de luna". Litografía de Casimiro Castro y Juan Campillo.

En *México y sus alrededores*, pról. Ricardo Pérez Escamilla, introd. Carlos Aguirre Anaya, México, Breve Fondo Editorial, 2000, s/p., 1ª. ed., 1855.

Figura #14

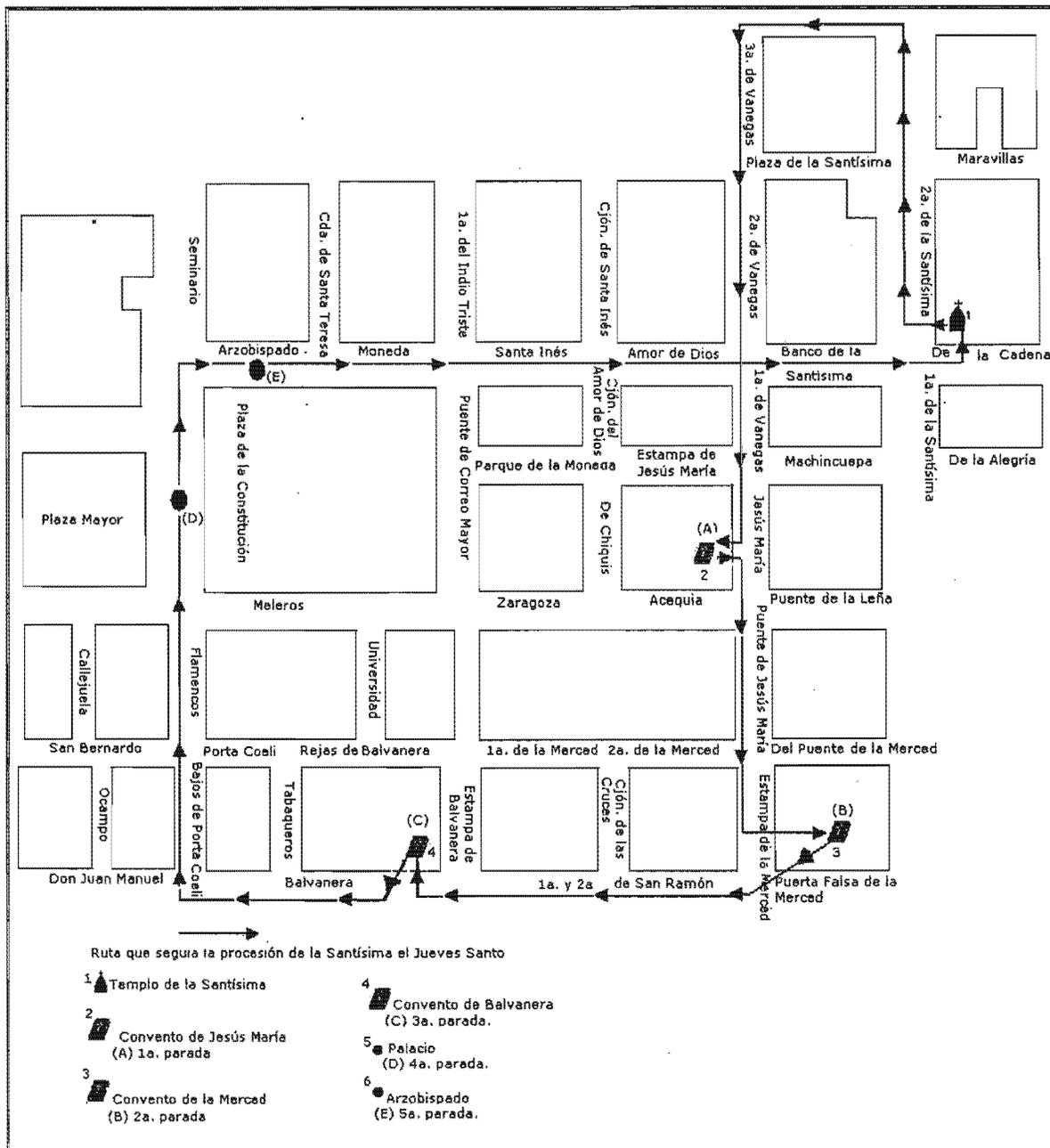


Primitivo Miranda, *"Semana Santa en Cuautitlán"*, 1858.

En Gustavo Curiel, Fausto Ramírez, Antonio Rubial, Angélica Velázquez, *Pintura y Vida Cotidiana en México, 1650-1950*, México, Fomento Cultural Banamex, CONACULTA, 1999, p. 171.

ANEXO III. RECORRIDOS DE DISTINTAS PROCESIONES

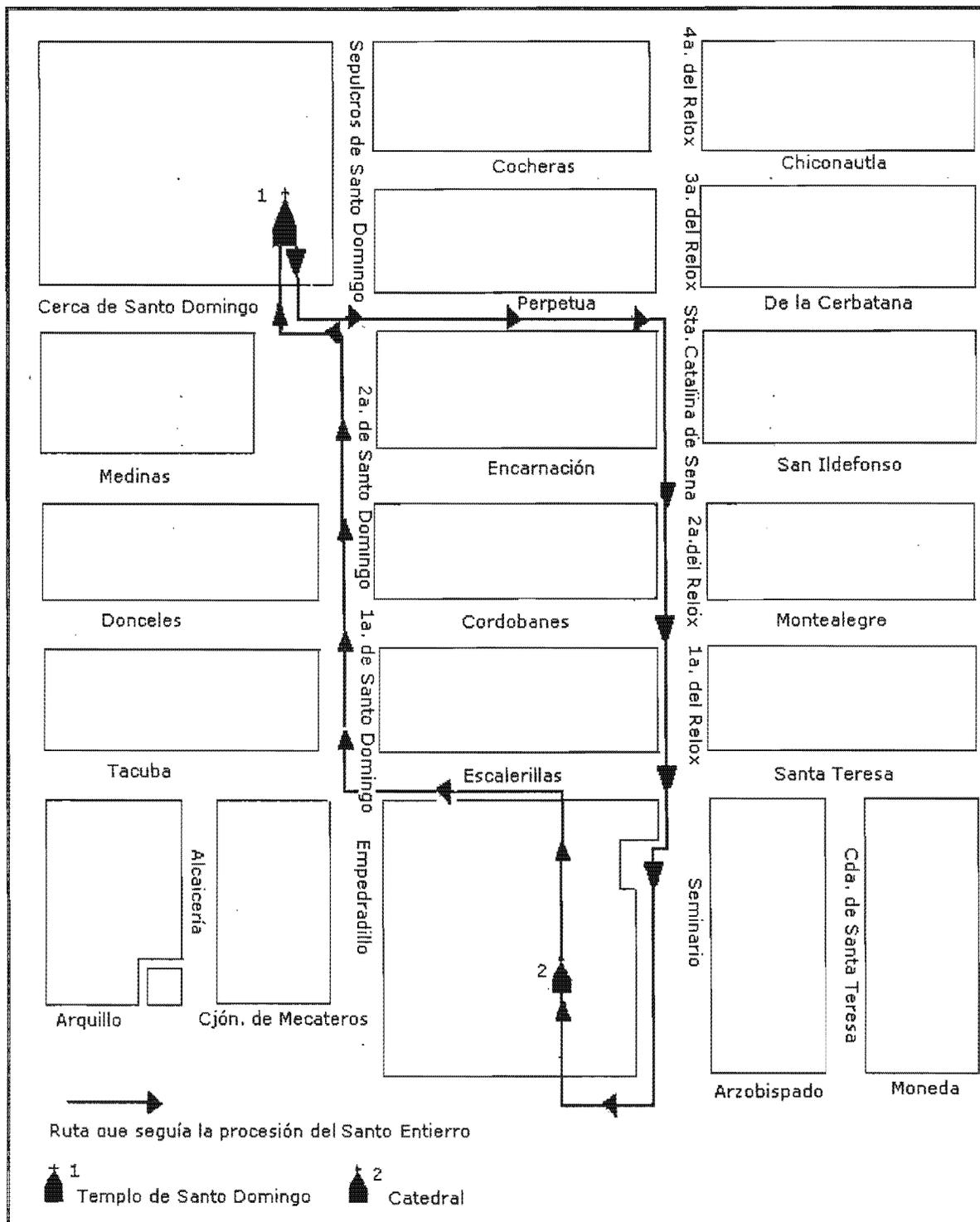
Plano # 1



Recorrido de la procesión que se realizaba el Jueves Santo, desde el templo de la Santísima, durante la primera mitad del siglo XIX, en la ciudad de México.

Basado en: *Plano retrospectivo de la ciudad de México, 1869*, México, Guía Roji, 1993.

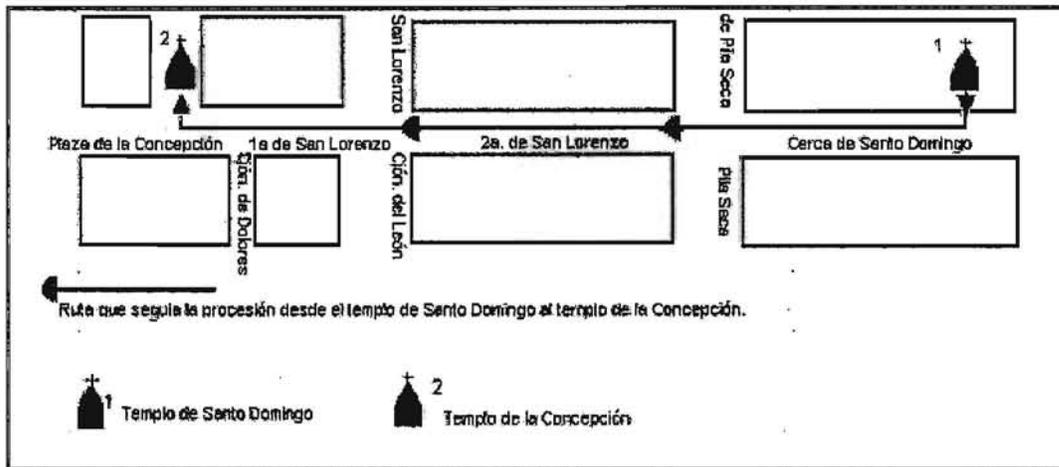
Plano # 2



Recorrido de la procesión del Santo Entierro que se realizaba el Viernes Santo, desde el templo de Santo Domingo, durante la primera mitad del siglo XIX, en la ciudad de México.

Basado en: *Plano retrospectivo de la ciudad de México, 1869*, México, Guía Roji, 1993.

Plano # 3



Recorrido de la procesión de Sábado de Gloria del templo de Santo Domingo al templo de la Concepción, durante la primera mitad del siglo XIX, en la ciudad de México.

Basado en: *Plano retrospectivo de la ciudad de México, 1869*, México, Guía Roji, 1993.

FONDOS DOCUMENTALES Y BIBLIOGRAFÍA

PRIMARIAS

Acervos

1. Archivo Histórico del Distrito Federal (AHDF)

Actas de Cabildo: vol. 162.

Diversiones Públicas: vol. 796, 797, 798.

2. Archivo General de la Nación Mexicana (AGNM)

Bandos: vol. 2.

Gobernación: s/s 431, caja 75.

Justicia Archivo: vol. 119, 121, 162.

Justicia Eclesiástica: t. 170.

3. Hemeroteca Nacional de México (HNM)

El Álbum Mexicano. Periódico de literatura, artes y bellas letras, México, 1849.

Correo de la Federación Mexicana, México, 1828.

El Cosmopolita, México, 1840.

Diario del Aviso, México, 1856.

Diario del Gobierno de la República, México, 1836.

El Duende, México, 1840.

El Eco del Comercio, México, 1848.

Gaceta de México, México, 1722, 1789.

El Monitor Republicano, México, 1850, 1851, 1856.

El Mosquito Mexicano, México, 1835.

El Museo Mexicano, México, 1843, 1844.

El Ómnibus, México, 1854.

El Patriota Mexicano, México, 1845.

Periódico de Ciencias, Literatura y Artes, México, 1840.

Repertorio de Literatura y Variedades, México, 1840.

Revista Científica y Literaria de Méjico, México, 1845.

Semanario de las Señoritas. Educación científica, moral y literaria del bello sexo, México, 1840.

El Siglo Diez y Nueve, México, 1842, 1843, 1844, 1849, 1850, 1852, 1853, 1854.

Don Simplicio. Periódico burlesco, crítico y filosófico por unos simples, México, 1846.

El Tío Nonilla, México, 1850.

El Universal, México, 1850, 1854, 1855.

Voz de la Patria, México, 1831.

Colonial y Decimonónica

*Altamirano, Ignacio, *Paisajes y Leyendas. Tradiciones y costumbres de México*, Porrúa, 1999. (Sepan cuantos...no. 275)

----- *Textos costumbristas* (V), pról. José J. Blanco, México, SEP, 1986.

*Bustamante, Carlos María de, *Diario Histórico de México 1822 - 1848*, Josefina Zoraída Vázquez, Héctor Cuauhtémoc Hernández Silva (editores), México, El Colegio de México, CIESAS, 2001, 2 CDs.

- *Calderón de la Barca, Madame, *La vida en México durante una residencia de dos años en ese país 1839-1842*, trad. y pról. Felipe Texidor, México, Porrúa, 1997, (Sepán cuantos....no. 79)
- **La ciudad de México en el siglo XVIII, (1690 - 1780), tres crónicas, Agustín de Vetancurt, Juan Manuel de San Vicente, Juan de Viera*, México, CONACULTA, 1990, pról. y bibliografía de Antonio Rubial García. (Colección Cien de México)
- *Dávila Padilla, Fray Agustín, *Historia de la fundación y discurso de la provincia de Santiago de México de la Orden de Predicadores*, pról. Agustín Millares Carlo, México, edit., Academia Literaria, 1955.
- *Dumas, Alexandre, *Diario de Marie Giovanni, Viaje de una parisiense*, trad. Jacqueline Covo, Banco de México, 1981.
- *Fossey, Mathieu de, *Viaje a México*, pról. José Ortiz Monasterio, México, edit. Con, 1994.
- *García Cubas, Antonio, *El libro de mis recuerdos. Narraciones históricas, anecdóticas y de costumbres mexicanas, anteriores al actual estado social*, México Porrúa, 1985.
- *Gemelli Carreri, Francesco, *Viaje a la Nueva España*, trad. Francisca Peruja, México, UNAM, 1976.
- *González Obregón, Luis, *México viejo época colonial: noticias históricas, Tradiciones, leyendas y costumbres*, pról. de Flor de María Hurtado, México, Alianza, 1991.
- *Marroquí, José Ma., *La ciudad de México*, México, J. Medina, 1969.
- *Mayer, Brantz, *México lo que fue y lo que es*, trad. Francisco Piane, pról. Juan Ortega y Medina, FCE, 1953.
- *México y sus alrededores, pról. Ricardo Pérez Escamilla; introd. Carlos Aguirre Anaya, México, Breve Fondo Editorial, 2000.
- *Mendieta, Fray Jerónimo de, *Historia Eclesiástica Indiana*, México, Porrúa, 1993.
- *Olavarría y Ferrari, Enrique, *Reseña histórica del teatro en México*, México, UNAM, 1985.
- *Prieto, Guillermo, *Actualidades de la Semana 1*, México, CONACULTA, 1993.
- *----- *Actualidades de la Semana 2*, México, CONACULTA, 1994.

- *----- *Cuadro de Costumbres 1*, pról. Carlos Monsiváis, México, CONACULTA, 1993.
- *----- *Cuadro de Costumbres 2*, México, CONACULTA, 1993.
- *----- *Memorias de mis tiempos*, pról. Horacio Labastida, México, Porrúa, 1997. (Sepan cuantos ... no. 481)
- *----- *Poesía popular, poesía patriótica*, México, CONACULTA, 1994.
- *Rivera Cambas, Manuel, *México pintoresco, artístico y monumental*, versión condensada de Carlos Macazaga, México, Innovación, 1980.

Libros y artículos contemporáneos

- *Alonso Pedroza, Martín, *Enciclopedia del idioma. Diccionario histórico y moderno de la lengua española (siglo XII al XX) etimológico, tecnológico, regional e hispanoamericana*, Madrid, Aguilar, 1982.
- *Aranda Doncel, Juan, "Cofradías penitenciales y Semana Santa en la diócesis de Córdoba: el auge de la etapa barroca", en *Demófilo. Revista de cultura tradicional de Andalucía*, núm. 36, 2000.
- *Bajtín, Mijail, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento: El contexto de François Rabelais*, trad. De Julio Forcat y Cesar Conroy, Madrid, Alianza, 1987.
- *Bonett Correa, Antonio, "La fiesta barroca como práctica del poder" en *el Arte Efímero en el mundo hispánico*, UNAM, 1983.
- *Burke, Peter, *La cultura popular en la Europa moderna*, versión española Antonio Feros, Madrid, Alianza, 1991.
- *Callejo, Jesús, *Fiestas sagradas: sus orígenes, ritos y significado que perviven en la tradición de los pueblos*, Madrid, Edaf, 1999.
- *Caro Baroja, Julio, *El Carnaval: análisis histórico cultural*, Madrid, Taurus, 1965.
- *Curiel, Gustavo, et. al., *Pintura y vida cotidiana en México, 1650-1950*, México, Fomento Cultural Banamex, CONACULTA, 1999.

- *Defourneaux, M., *La vida cotidiana en España en el siglo de oro*, Argentina, Hachette, 1969.
- *Díaz Muñoz, Ricardo, *El Carnaval. Gran fiesta de la sensualidad*, México, edit. Posada, 1976.
- *Fernández Basurte, Federico, *La procesión de Semana Santa en la Málaga del Siglo XVII*, España, Studia Malacitana, 1996.
- *Gonzalbo Aizpuru, Pilar, "las fiestas novohispanas: espectáculo y ejemplo", en *Mexican Studies*, University of California Press, vol. 9, n. 1, 1993.
- **Historia del arte mexicano*, vol. 10, México Salvat, 1986.
- **Historia de la vida cotidiana en México: bienes y vivencias: el siglo XIX*, dirigida por Pilar Gonzalbo Aizpuru, Anne Staples, coord., México, COLMEX- FCE, 2005.
- *Icaza Dufour, Francisco de, *El altar de Dolores, una tradición mexicana*, México, Porrúa, 1998.
- *Iglesias y Cabrera, Sonia, et. al., *La Semana Santa en México. Con la muerte en la cruz*, México, CONACULTA, 2002.
- * Le Goff Jacques, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Paidós, Ibérica, España, 1991.
- *Lemperiere Annick, "La ciudad de México, 1780-1860: del espacio barroco al espacio republicano", Esther Acevedo, coord., *Hacia otra historia del arte en México. De la estructuración colonial a la exigencia nacional (1780-1860)*, t. I, México, CONACULTA, 2001.
- *Mañón, Manuel, *Historia del teatro Principal de México*, edit. Cultura, 1932.
- *Montoliu Camps, Pedro, *Fiestas y tradiciones madrileñas*, Madrid, Sílex, 1990.
- *Ortiz Macedo, Luis, *Edouard Pingret. Un pintor romántico francés que retrató el México del mediar del siglo XIX*, México, Fomento Cultural Banamex, 1989.
- *Pérez Montfort, "La fiesta y los bajos fondos. Aproximaciones literarias a la transformación de la sociedad urbana en México", en Hernández Franyuti Regina, comp., *La ciudad de México en la primera mitad del siglo XIX*, t. II, México, Instituto Mora, 1994.
- *Quiroz Malca, Haydee, *El Carnaval en México: abanico de culturas*, México, CONACULTA, 2002.
- * Reyes de la Maza, Francisco, *Circo, maroma y teatro, (1810- 1910)*, México, UNAM, 1985.

- *Ricard Robert, *La conquista espiritual de México*, FCE, 2000.
- *Sánchez del Barrio, Antonio, *Fiestas y ritos tradicionales*, Valladolid, Castilla, 1999.
- *Schultz, Uwe, *La fiesta, una historia cultural: desde la antigüedad hasta nuestros días*, trad. José Luis Gil, Madrid, Alianza, 1993.
- **Sevilla Penitente*, t. 1, Sevilla, edit. Gever, 1995.
- *Vázquez Santa Ana, Higinio, *El Carnaval*, México, Talleres gráficos de la nación, 1931.
- *Viqueira Albán, Juan Pedro, *¿Relajados o Reprimidos?, Diversiones públicas y vida social, en la ciudad de México durante el siglo de las luces*, México, FCE, 2001.
- *William A., Christian, *Religiosidad local en la España de Felipe II*, trad. de Javier Calzada, Madrid, edit. Nerea, 1991.
- *Zárate, Verónica, Conferencia, "Del regocijo a la penitencia o del Carnaval a la Cuaresma en la ciudad de México en el siglo XIX", Coloquio *Gozos y Penalidades de la vida cotidiana*, México, COLMEX, 15-17 de marzo del 2004.
- *Zahino Peñafort, Luisa, *El cardenal Lorenzana y el IV Concilio Provincial Mexicano*, UNAM, 1999.

Obras auxiliares

- **Biblia de Jerusalén*, México, Porrúa, 1986. (Sepan cuantos...no. 500)
- **Plano retrospectivo de la ciudad de México, 1869*, Guía Roji, México, 1993.